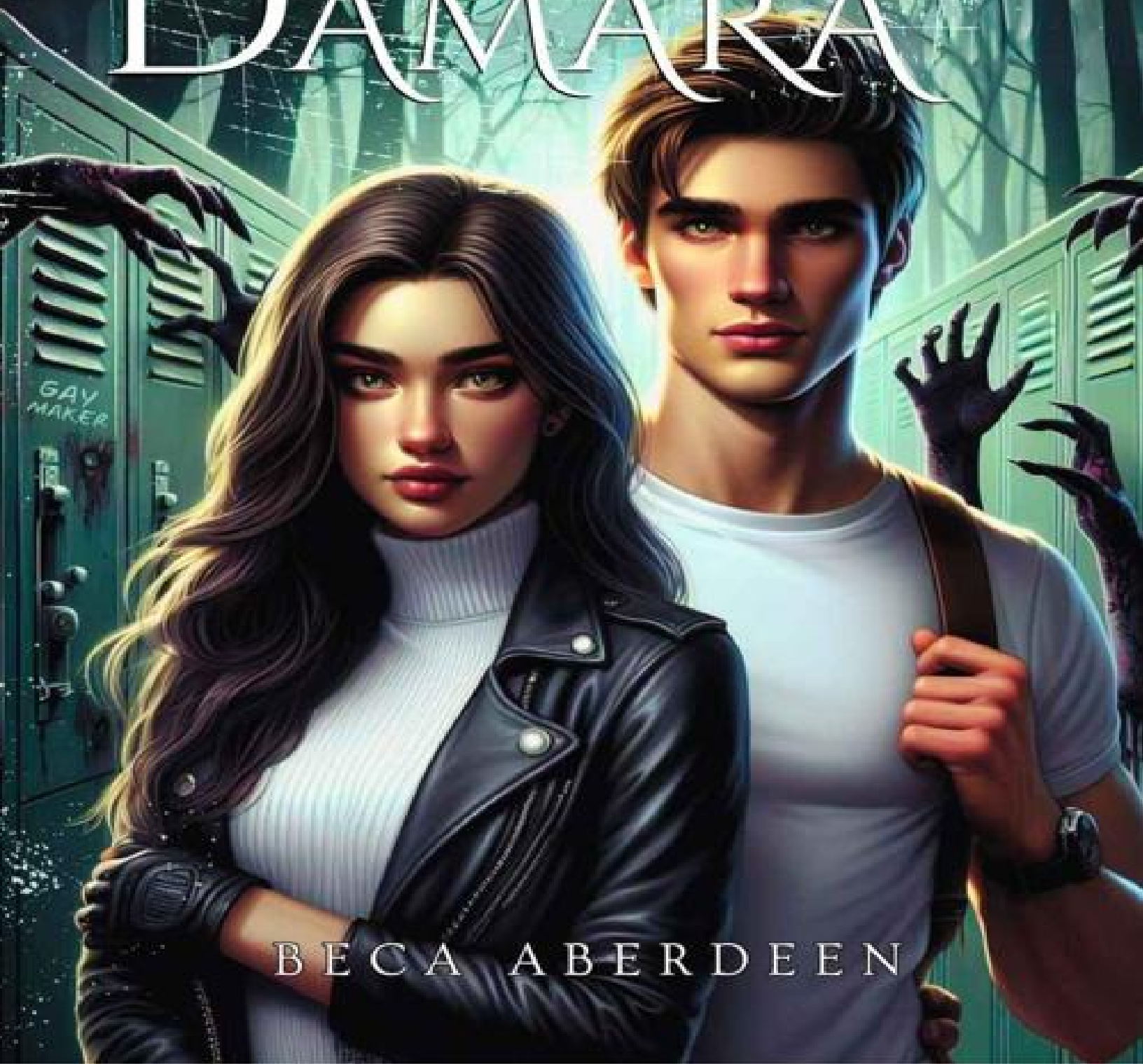


NADIE PUEDE TOCARLA. NI SIQUIERA EL DÁMARO MÁS PODEROSO

MI PIEL DÁMARO



BECCA ABERDEEN

Mi Piel Dámara

Libro 1: Gay Maker

BECA ABERDEEN

Copyright © 2024 Beca Aberdeen

Todos los derechos reservados.

Ilustraciones interiores: Lane Medusa. Instagram: Lane Medusa

Para los que alguna vez han sentido que no deberían haber nacido. Recuerda que el Universo te
creo a ti, concretamente, tal como eres.

Contents

[PRÓLOGO: DESPOJADOS](#)

[1: GUETO](#)

[2 LO IMPOSIBLE](#)

[3 TRECE BERRUGAS PELUDAS](#)

[4 LA LOCA DE LA GABARDINA](#)

[5 YADRA VS. ARMSTRONG](#)

[6 QUE NO DECAIGA LA FIESTA](#)

[7 NO TE ACERQUES A ÉL](#)

[8 ROJO EVANS](#)

[9 FRÍO MUERTE](#)

[10 LA CAJA](#)

[11 A VECES, LA MUERTE ES EL MAYOR CONSUELO](#)

[12 TU MUERTE ES MI FAVORITA](#)

[13 TORI BAKER, LA GAY MAKER](#)

[14 LENGUA Y SALIVA](#)

[15 DOWNTOWN BOY](#)

[16 YO SOY LA MUERTE](#)

[17 LAS COSTILLAS DE BARBIE](#)

[18 EL PLAN ES NO MORIR ESTA NOCHE](#)

[19 LA FÁBRICA DEL TERROR](#)

[20 LA TORNA INSTINTOS](#)

[21 EL VILLANO EN CASA](#)

[22 RESISTIRSE O NO](#)

[23 PELIGROSA](#)

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mis grandes apoyos:
Vianey Castillo, Flor, Ani, Franchesca Rodriguez,
Luna, Carol Rueda, Yuliana y Desiré.
Os adoro mucho mucho mucho.

PRÓLOGO: DESPOJADOS

CIUDAD HUMANA DE BÓLID

Sierra cerró la puerta principal de su casa con cuidado de no hacer ruido. Su madre no tenía ni idea de que, a veces, se escabullía pasada la medianoche para visitar a su mejor amigo o ni loca la hubiera dejado salir a esas horas, incluso si Pete vivía tan solo dos bloques más abajo.

Mientras caminaba, buscando a Pete en la lista de contactos habituales de su teléfono, notó que caía una fina llovizna visible solo alrededor de las aureolas de luz que emitían las farolas de la calle. Sierra se puso la capucha de su sudadera y se colocó el teléfono sobre la oreja.

—Voy de camino —anunció cuando Pete atendió la llamada.

—¿Traes eso? —preguntó su amigo y Sierra se detuvo en seco.

—Mierda —exclamo. Le había prometido prestarle Horizon para la PlayStation. Ella acababa de terminar el videojuego, y sabía que Pete no la dejaría en paz durante toda la noche si no se lo llevaba.

Volvió sobre sus pasos para ir a buscarlo. En lugar de usar la puerta principal, porque la luz del salón estaba encendida, optó por el callejón que separaba su casa de la del vecino para entrar por la cocina.

—Estaré ahí en diez minutos —informó a Pete antes de colgar y guardar el teléfono en el bolsillo de su sudadera.

Avanzó sigilosa por su jardín, acariciando los arbustos como era su costumbre. De repente, escuchó un estruendo detrás de ella y dio un salto del susto. Se giró y vio el cubo de basura de su vecino tirado en la acera y un gato pardo saliendo disparado de él.

Dejó escapar el aire que había estado conteniendo y esperó a que sus pulsaciones volvieran a la normalidad. El contenedor estaba a tan solo dos metros de ella, por lo que decidió ser una buena vecina y acercarse para recogerlo.

Después de colocarlo en su sitio, se dio media vuelta para volver a casa, pero esa vez chocó

contra alguien. Un hombre la sostuvo por los brazos en silencio. Cualquiera se hubiera disculpado y apartado de inmediato, pero él la mantuvo sujeta con firmeza y sin decir una palabra.

Sierra parpadeó, tratando de distinguir su rostro en la penumbra y averiguar si se trataba de un vecino. Tenía los ojos de un azul brillante y el cabello canoso asomaba por debajo de su capucha.

—Suélteme —forcejeó, segura de que no era nadie del vecindario que se había confundido de manzana. Aunque a veces ocurría, dado que todas las casas eran idénticas.

El hombre no cedió ni un atisbo y Sierra abrió la boca para gritar y pedir ayuda. Estaba tan cerca de casa, de la seguridad de su familia que eso le dio fuerzas para tratar de zafarse de las garras de aquel extraño. Pero lo que ocurrió a continuación fue rápido y confuso porque Sierra quedó paralizada como una estatua, incapaz de mover un solo músculo, incluso cuando el extraño le inyectó algo en el brazo.

Antes de desmayarse, tuvo tiempo para darse cuenta de dos cosas: que aquel hombre no era humano y que, de pronto, ya no se encontraban en su vecindario.

Cuando Sierra recobró la conciencia, su boca estaba tan pastosa y reseca que movió la lengua varias veces antes de centrarse en ningún otro pensamiento. Abrió los ojos y parpadeó perpleja al ver un sinnúmero de estrellas sobre ella ¿Cómo podía ver el cielo desde su cama? Se preguntó, desorientada.

La realidad le golpeó al entender que no estaba en su cama. La superficie sobre la que estaba tendida era dura y fría, y una brisa fresca acariciaba su piel. Intentó enderezarse al comprender que algo iba terriblemente mal, pero el simple cambio de posición le dio náuseas. Apoyó la frente en la mano y cerró los ojos, respirando lentamente para reponerse.

Cuando recuperó equilibrio y su estómago pareció asentarse, examinó su entorno con curiosidad, preguntándose dónde se encontraba. Un bosque se extendía a su alrededor, con millares de árboles separados por un sendero polvoriento. En el horizonte se veían las lejanas luces de la ciudad y supo que estaba en las montañas de Bodín, a las afueras de Bólid.

¿Qué despojados hacía en la montaña? Nadie en su sano juicio iría de excursión a ese lugar. La gente, como mucho, pasaba por allí en coche cuando algo les impedía utilizar los seguros túneles hacia Dámara.

Su corazón se aceleró al entender hasta qué punto estaba jodida. Se incorporó, pero al hacerlo se tambaleó. Sus músculos a penas lograban obedecer las órdenes de su cerebro.

¿Qué le ocurría? «¡El hombre del callejón!» recordó. ¿Qué le había hecho? Había utilizado un poder sobre ella, al paralizarla y luego la había teletransportado a ese lugar. Lo que significaba que no era humano, sino dámara. Normalmente solo tenían un poder especial cada uno, pero quizá aquel hombre no estaba solo cuando la asedió.

Examinó el entorno, preguntándose si sus secuestradores aún estaban presentes, pero no había ni rastro de él ni de ningún otro dámara. A menos que se escondiera entre las sombras de los árboles.

Sus exhalaciones sonaban demasiado fuertes en el silencio del bosque, solo roto por el viento que silbaba entre las hojas. Se le humedecieron los ojos y se mordió el labio para contener las lágrimas. Necesitaba ver con claridad y llorar no iba a ayudar en nada.

Quería agudizar el oído, pero su respiración agitada resonaba y su pulso la ensordecían. Se sentía perdida, sin saber qué hacer ni qué más podía esconderse entre los árboles.

Se decidió por seguir el sendero, ya que conducía de regreso a Bólid, donde podría pedir

ayuda a los guardias dámaros que custodiaban la muralla de la ciudad. Sin embargo, se notaba tan débil que se desesperó al pensar que no tendría fuerza para caminar tan lejos y a tiempo. Sierra sabía lo que se ocultaba en aquel bosque, dormidos en algún lugar de la montaña.

Se puso en camino, mareada y floja, y notó un dolor palpitante en su brazo derecho. Al observarlo, descubrió un vendaje manchado de un rojo oscuro. El dámaro la había herido, para después cuidar de la herida. ¿Qué sentido tenía eso? El miedo la inundó y no pudo contener el sollozo. Había algo extraño y macabro en toda esa situación.

«Vamos, Sierra, sé fuerte» se dijo, secándose las lágrimas con la manga, mientras avanzaba tan rápido como su debilidad le permitía.

Se topó con algo tirado en mitad del camino y cuando se aproximó para examinarlo, descubrió que era un trapo empapado en sangre.

—¡Dios mío! —exclamó, temblando de terror. Debía ser su sangre. Un gemido escapó de sus labios—. Tengo que salir de aquí.

Miró a su alrededor, temiendo que el hombre apareciera de la nada, o algo aún peor. Seis metros más adelante, encontró otro pañuelo ensangrentado. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué le estaban haciendo esto? ¿Quién podía ser tan siniestro como para llevarla a la montaña y hierla? ¿Y si olían su sangre?

Se tapó la boca para ahogar un grito desesperado al entender la verdad. Por eso la había herido. Por eso había marcado un camino de paños empapados en su sangre. Para atraerlos hacia ella. Sierra era un cebo.

—Dios mío —lloró, moviéndose con torpeza—. Su cuerpo temblaba, y su debilidad debía ser producto de toda la sangre que él había utilizado para crear un rastro que los atrajera hacia ella —. Dios, por favor —rezó, mientras progresaba a trompicones, lanzando miradas ansiosas por encima de su hombro para asegurarse de que no la perseguían. Sabía que nunca llegaría, estaba demasiado lejos de la ciudad, y sus pies tropezaban constantemente, con unas piernas apenas capaces de sostenerla.

Entonces, divisó una moto. Estaba allí, parada en mitad del camino, aparentemente abandonada.

Sierra frunció el ceño, confundida, y miró a su alrededor en busca del dueño. ¿Sería del dámaro? ¿O sería de alguien que podría ayudarla? ¿Pero quién en su sano juicio entraría en aquellas montañas por la noche y en moto? Ni siquiera un coche era protección suficiente si aparecía un despojado.

Desesperada y sin opciones, se acercó a la moto. Tenía las llaves puestas y había una nota pegada con celo en el asiento. Lo más extraño de todo es que ella conocía esa moto. ¡Era la moto de Pete! La había conducido muchas veces. Sierra echó otro vistazo a su alrededor y, sin ver a nadie, cogió la nota y la desdobló.

“Será mejor que te montes. Ya han olido tu sangre.”

—Joder... —chilló, tirando el papel al aire y subiéndose a la moto.

Activó la llave y el motor rugió, sonando a gloria y a esperanza. Pero había algo más. Otros ruidos aparte de la moto. Volvió la cabeza para comprobar de qué se trataba y, entonces, los vio emerger de entre los árboles. Sombras con forma humana, pero movimientos frenéticos y erráticos.

Sierra nunca había visto uno en persona.

Su figura era humana, pero cubierta de sangre porque su piel había sido arrancada por casi todo el cuerpo, dejando solo el músculo ensangrentado.

Rugieron como bestias al verla, sus ojos brillando en la oscuridad de forma inhumana, y comenzaron a correr hacia ella, el origen del olor que los había sacado de su estado de hibernación.

Sierra pisó el pedal y accionó el mando de la moto. Su cuerpo bombeaba adrenalina por todos sus nervios, compensando su falta de energía. La moto respondió a su llamada, pero Sierra estaba tan nerviosa que no mantuvo bien el equilibrio y cayó de lado.

—¡Joder! —chilló, atragantándose con su propia saliva. Oyó el rugido de uno de ellos de cerca, lo tenía casi encima.

Temblorosa, se incorporó y levantó la moto para volver a montarse. El despojado, el nombre por el que se les conocía porque habían sido despojados de su piel, su cordura y su humanidad, convirtiéndose en monstruos que solo pensaban en alimentarse y destruir, le rozó la sudadera con su mano ensangrentada justo antes de que accionara la moto y esta la impulsara hacia las luces de la ciudad.

Sierra fue todo lo rápido que pudo, concentrándose en no perder el equilibrio en lugar de mirar sobre su hombro.

Cuando divisó la muralla de Bólid, se atrevió a echar un vistazo.

—¡Mierda! —gritó. Unos diez despojados todavía la seguían. Corrían rápido y llenos de energía inhumana, aunque llevaran tiempo sin alimentarse.

Sierra volvió a mirar hacia delante y prosiguió con solo un objetivo en la cabeza: La muralla de Bólid. Habría guardias dámaros custodiándola. Ellos, con sus poderes sobrehumanos, sabrían que hacer con los despojados que la seguían o al menos tendrían más oportunidades de hacerles frente. Para eso estaban allí, protegiendo la ciudad de los peligros de las montañas de Bodín.

Cuando estuvo a diez metros de la muralla, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta, lo que estaba bien para ella. No obstante, conduciría a los despojados al interior de la ciudad. A no ser que los guardias la cerraran detrás de ella a tiempo.

En cuanto cruzó la entrada a la ciudad, paró la moto y sin bajarse se volvió hacia al puesto de vigilancia.

—¡Cerrad las puertas! —gritó. Nada— ¡Joder! ¡Cerrad las putas puertas! —Hizo aspavientos con los brazos.

Los despojados descendían por la colina y estaban casi allí.

Sierra se bajó de la moto, y corrió hacia la cabina de vigilancia. Cuando entró, comprendió que nadie le había hecho caso porque estaba vacía.

—¿Dónde están? —murmuró sin aliento para después gritar con lo poco que le quedaba de voz—. ¿Hay alguien?

Nada.

Estudió el panel de control de vigilancia, preguntándose cuál sería el botón de cierre de puertas. No había muchos. Uno verde y otro rojo.

Probó con el rojo primero y saltó una alarma.

—El sistema está desactivado —dijo una grabación con voz femenina.

No había guardias, el sistema de seguridad estaba desactivado... Sierra se dio cuenta entonces de que todo aquello había sido preparado con ella como cebo para traer a los monstruos a Bólid.

Aterrada e impotente, observó por la ventana del puesto de vigilancia cómo los despojados invadían su ciudad natal, sin que nadie percibiera su llegada y sin la protección de los guardias

dámaros. Previó que iba a ser una masacre y no supo qué hacer. Hasta que uno de ellos impactó contra el cristal, salpicándolo de sangre y arrancándole un grito.

A pesar de haber cerrado la puerta, el despojado aferró el pomo y lo arrancó de cuajo, invadiendo la cabina. Sierra se apretujó contra la pared por instinto y el monstruo la alcanzó, desgarrando su sudadera por la mitad. Siena supo que estaba a punto de experimentar una de las agonías más desgarradoras del mundo: ser despojada de su piel por una lengua llena de diminutos pinchos.

Su último pensamiento, antes de desmayarse debido al intenso dolor provocado por los lametazos de la lengua áspera de la bestia, fue que las historias con las que había crecido no hacían justicia al horror de la realidad de morir a manos de un despojado.



1: GUETO

DÍAS ANTES EN LA CIUDAD DE DÁMARA NOT

Abro el botón de mis pantalones, bajo la cremallera y deslizo los vaqueros por mi cintura. Son tan ajustados que se llevan consigo mis bragas. Entonces doblo las rodillas sin llegar a tocar el retrete. Nunca me siento en los baños públicos de la escuela porque, quién sabe, qué clase de gérmenes dejan esos compañeros degenerados que tengo.

Cuando empiezo a orinar escucho las risas y frunzo el ceño, tratando de detener mi vejiga. Me pregunto de dónde proceden las voces. Mi mente está nublada, confusa, como esas veces en las que al despertar no sabes bien qué es realidad y qué es sueño. De pronto, percibo una brisa en la piel de mi trasero y entiendo que algo no va bien.

Después de eso, me viene todo de golpe. No es un puto váter lo que tengo debajo de mí, sino césped. Levanto la vista y los veo... veo a mis compañeros tronchándose de la risa mientras me observan. Daniel Brown está frente a mí, con una sonrisa retorcida y un brillo malvado en su rostro cuadrado. El sol dibuja círculos sobre él al colarse entre las hojas de los árboles.

Casi me caigo de bruces intentando subirme los pantalones con toda la rapidez que puedo, y eso los hace reír aún más.

No tengo dudas respecto a qué acaba de ocurrirme, porque los conozco bien. He crecido con esos imbéciles, soportando su repugnante idea de diversión y presenciando sus macabras bromas. Una cree que en algún momento madurarán y desarrollarán algo parecido a una conciencia, pero siempre logran decepcionarme al respecto. Daniel Brown ha usado su poder para confundir mi mente y hacerme creer que me encontraba en la privacidad del servicio de chicas y que me hacía pis, cuando en realidad estamos en mitad del jardín trasero de la escuela.

Bienvenidos a Dámara, donde la combinación de poderes especiales con una educación moral ausente, hace que ocurran este tipo de cosas muy a menudo. No solía ser el blanco de sus bromas, pero hace un año que Evans Armstrong, el que un día fue mi mejor amigo, se marchó de

Dámara Not y... bueno, ciertas cosas han cambiado con su ausencia.

Echo un rápido vistazo a mi público que está sentado en el césped, y me doy cuenta de que son los idiotas habituales: Lara Sorensen, ¡qué sorpresa!, sin duda la idea ha venido de esa bonita y retorcida cabeza de pelo azulado. Drake López, su perrito. Vale, no es que sea un perro, es un dámaro también, que mide casi dos metros, pero sigue a Lara como si fuera un pequeño chihuahua amaestrado. En realidad, para ser justa, Drake es bastante decente de por sí solo. Ahora mismo, es el único que no se ríe y le ha propinado una patada a Brown para que me dejara en paz, cortesía de mi amistad con su hermana pequeña. Aun así, su relación con la zorra de Lara es imperdonable.

Mi atención regresa a Daniel Brown. Por mucho que me fastidie, me escuecen los ojos con la necesidad de echarme a llorar, pero no voy a hacerlo. Me trago las lágrimas y pongo los brazos en jarra.

—Es patético lo que tienes que hacer para poder ver genitales femeninos, Brown —me burlo, provocando la risa de sus camaradas. No son fieles ni entre ellos.

Daniel frunce la nariz con desprecio.

—Nadie quiere ver tus genitales, *gay maker* —espeta malhumorado. Odio ese apodo con toda mi alma.

—Ya está bien —dice una voz madura a mi derecha. Me choca descubrir que hay un adulto entre ellos ¿Cómo ha permitido que Brown me hiciera eso? —. Sigamos con la lección, Daniel.

Le dedico una mirada de reproche y una expresión de culpabilidad aparece en su rostro por un breve lapso. Debe ser el tutor de Daniel, lo que significa que es un dámaro adulto con el mismo poder que mi estimado compañero, y está encargado de darle lecciones sobre cómo usar su capacidad de manipular los pensamientos de otros.

“Lección número uno: cómo abusar de una chica y humillarla en público.” Aprieto los dientes.

—¿Cuál es su nombre? —exijo, aunque él ya me había dado la espalda. Mira por encima de su hombro con una expresión condescendiente. Sabe que no soy élite, porque Daniel me ha llamado *gay maker*. Soy la dámaro con el poder más ridículo de nuestra historia.

—Olvida que esto ha pasado —me sugiere con tono altivo, antes de regresar la atención al grupo. Debe estar de broma.

Me quito el guante y doy dos pasos hacia ellos con la palma de mi mano desnuda levantada hacia Daniel. Cuando me ve por el rabillo del ojo suelta una exclamación e intenta echarse para atrás con la mala suerte de tropezar con el hombro de Drake que sigue sentado sobre la hierba. Se cae de espaldas sobre este y Lara, y por las quejas que emiten parece que se han hecho daño.

Me río encantada.

—Eh, ponte eso de vuelta —me chilla el dámaro adulto con un dedo alzado hacia mí. Su tono es amenazante, pero hay un brillo de miedo en sus ojos. Me muerdo el labio para no mandarle a donde se merece. Si tiene el mismo poder que Daniel Brown significa que es un élite y que no quiero meterme en problemas con él. Me vuelvo a poner el guante, dejando al descubierto solo la piel de mi rostro.

Antes de alejarme, dirijo una mirada seria a los tres jóvenes que yacen en el césped.

—Dejadme en paz o voy a lamerlos la cara —los amenazo, centrando mi mirada especialmente en Lara Sorensen, porque sé que Daniel no es más que un peón descerebrado.

Sin esperar respuesta, me doy la vuelta y me dirijo hacia el edificio, que era mi objetivo antes de cruzarme con esas sabandijas. Lamentablemente, la escena se repite en mi cabeza en bucle y

tengo ganas de llorar.

—Ey, ¿qué te ha pasado? —Cas López, la hermana de Drake, aparece de repente a mi lado en las escaleras de la entrada al edificio.

¿Cómo sabe lo que ha ocurrido si no ha podido vernos desde ahí?

—Tu cuello —señala la zona, cuando intuye mi confusión—. Tienes una marca roja.

El escote de mi camiseta se ha doblado, dejando mi piel al descubierto, con los moratones de la noche anterior. Me lo subo rápidamente.

—¿Tori? ¿Qué te ha pasado? —insiste, con sus voluminosos labios apretados.

—Nada —miento y me ahueco el pelo, reanudando mi ascenso por los escalones. Le echo un vistazo de reojo y compruebo que no me ha creído.

—¿Cómo que nada? —extiende su mano hacia mi cuello para tirar de mi blusa.

—¡No me toques! —me espanto, deteniéndome en seco—. ¿Te has vuelto loca?

Cas relaja los hombros y tuerce la cabeza hacia un lado.

—Oh, vamos... Solo he tocado tu ropa. ¡No seas dramática!

¿Dramática? Me dan ganas de reírme. Si fuera dramática, lloraría cada noche hasta quedarme dormida.

—Tienes que tener más cuidado —le advierto, a pesar de que llevamos años siendo amigas. Cas conoce las reglas y las consecuencias de no tomarlas en serio.

—Me has asustado con esas marcas, ¿vale? —levanta las manos en actitud inocente. Nos ponemos en marcha otra vez, pero ella no se rinde—. ¿Vas a decirme de qué son?

Con una sonrisa maliciosa, me echo el pelo por encima del hombro de manera sugerente.

—De acuerdo, si insistes... resulta que anoche estaba teniendo sexo salvaje con un universitario de Deremen —comienzo, alzando las cejas de forma sugerente—. ¿Sabes lo que es la hipoxifilia?

Por la cara que pone mi broma no le parece nada divertida.

—¿Acaso alguien de la escuela te ha herido? —insiste. Niego con la cabeza.

—Es solo una reacción alérgica a la bisutería barata —miento, recordando los eventos de la noche anterior, mientras caminamos hacia el aula.

Cas y yo nos aburríamos mortalmente durante la clase de historia. Últimamente, el señor Dooley insiste tanto en la primera revolución Dámara, que estoy segura de que caerá en el examen. Aunque estoy distraída, por el familiar sentimiento de angustia que ya no debería experimentar. Mucho menos por culpa de Daniel, Lara o cualquier otro élite. Me recuerdo a mí misma que estoy hecha de piedra e intento concentrarme en las explicaciones del profesor.

—En el siglo XIX, las condiciones de vida de los dámaros eran muy precarias. Los obligaban a vivir en unas galereras similares a las prisiones que los humanos usaban para sus delincuentes. Las consecuencias fueron pandemias como el cólera, la peste bubónica, el escorbuto y la depresión, que azotaron duramente a la población dámara.

»Los sanadores trataban de curar a sus familiares y amigos, pero eso los dejaba débiles e inservibles para los humanos. De ahí surgió la ley Primea, que nos prohíbe usar nuestros poderes para el beneficio de otros dámaros sin una retribución económica que duplique el precio base.

»Murieron miles de dámaros por algo tan simple como la falta de sol y aire fresco. En aquel entonces, los humanos sacaban a los dámaros de esas galereras, llamadas damarinas, únicamente para usarlos y los devolvían al acabar con sus servicios.

La sirena interrumpe la explicación de Dooley, quien pestañea y mira el reloj de su muñeca sorprendido.

—Menudos capullos —suelta Cas, cerrando su libro de historia de golpe.

—Lo que no entiendo es por qué seguimos aplicando leyes que surgieron hace un siglo y que no tienen ningún sentido.

Cas ríe por la nariz.

—Suenas como la Reina Yadra.

Yadra tiene razón. Es ridículo que un dámaro no pueda usar su poder para beneficio de otro sin tener que cobrar cantidades absurdas, que duplican el precio que pagan los humanos. Sin embargo, se hace la vista gorda cuando un grupo de niñatos élités usa sus poderes para maltratar a sus compañeros.

Camino con pasos enfadados hacia la cafetería. Entre clase y clase, tenemos veinte minutos de descanso para poder ingerir algo de comida. Los dámaros, a diferencia de los humanos, necesitamos comer constantemente o nos debilitamos y podemos llegar a desmayarnos, sobre todo al usar nuestros poderes. Es una de nuestras mayores debilidades.

—Voy a comprar una cupcake de chocolate —anuncio de forma apasionada, mientras avanzamos en la cola hacia el mostrador.

—No, no vas a hacerlo —Cas sacude la cabeza.

—No trates de detenerme.

—Dijiste que nada de dulces entre semana, que no importara lo que dijeras, que solo te dejara comprar comida basura los viernes —me recuerda mi amiga, y suelto un bufido aburrido. Hoy necesito una recompensa en forma de calorías que no voy a gastar.

Lara Sorensen está en una de las mesas en la esquina del pasillo por el que avanzamos. Le echo una mirada envenenada.

—No entiendo qué hace tu hermano con la bruja malvada del este —me indigno. Cas se ríe del apodo porque Lara Sorensen es de Dámara Ot, la ciudad Dámara que está ubicada en la zona este del continente, aunque viva aquí desde pequeña.

Lara ha debido escucharme porque quita la tapa de su café para lanzarme el contenido a la cara. Lo único que mis estúpidos reflejos son capaces de hacer por mí es cerrar los ojos. Me preparo para que la bebida queme mi cara, la única parcela de piel de todo mi cuerpo que llevo al descubierto. Pero por alguna razón no llega a ocurrir.

Abro los ojos para descubrir qué lo ha evitado y en lugar de ver la cafetería, lo veo todo rojo. A la vez, me doy cuenta de que tengo un paraguas abierto entre las manos y que es eso lo que ha protegido mi rostro del café caliente. Miro asombrada los pequeños hierros, que configuran la estructura del paraguas por dentro, y mis dedos asidos al mango y hasta soy capaz de adivinar el café escurriéndose por el otro lado de la tela.

—¿Pero... qué mierda? —exclama Lara, dando voz a mis dudas.

—Tori, ¿Cómo despojados has hecho eso? —quiere saber Cas, atónita.

La cafetería se sumerge en un silencio inusual y descubro al bajar el paraguas que todos me observan enmudecidos.

—No tengo ni puñetera idea —respondo, contemplando el artefacto con el ceño fruncido.

—Lo has hecho aparecer de la nada —celebra Cas, sobreexcitada.

Yo estoy entre boquiabierta y asustada. No he hecho aparecer nada. Es el momento más raro de mi vida, y mira que mi vida no es muy normal para empezar.

—No he podido hacerlo yo —digo. El silencio en el que me observan los presentes comienza a molestarme. No es que no esté acostumbrada a vivir con la atención, pero en los últimos años había mejorado. Todos en la escuela de Dámara Not me conocen y ya se han hecho a la idea de

que yo... bueno, de que existe alguien como yo.

Giro sobre mis talones y me dirijo hacia la salida de la cafetería, y Cas me sigue de cerca. El pasillo está bastante más tranquilo y los que están aquí nos ignoran porque no han visto el numerito del paraguas.

—Enséñame lo que acaba de ocurrir —le ruego a Cas ansiosa por arrojar algo de luz al extraño suceso.

Mi amiga tuerce el rostro hacia un lado. Su mente es como una grabadora capaz de reproducir cualquier cosa que hayan presenciado sus ojos. La única pega es que, para mostrárselo a alguien, debe tocar su piel, y eso conmigo no es una opción.

—Reproduce las imágenes en tu teléfono —le sugiero, como le ha estado intentando enseñar su tutor, un anciano adorable con el mismo poder que Cas.

—Yo... —titubea—. Todavía no he conseguido hacer eso.

—Harry te explicó cómo lo hacía con una televisión. Concéntrate y recuerda sus indicaciones. —Me saco el teléfono de la mochila para entregárselo—. Vamos, inténtalo.

Cas suspira y lo acepta. Le quita la tapa de atrás y pone su mano justo contra las chapas del aparato. Cierra los ojos y pone una expresión concentrada. Permanecemos en silencio de esa forma durante un rato largo hasta que le brota una gota de sudor en la frente.

Cuando estoy segura de que nada va a pasar, la pantalla se enciende y doy un pequeño chillido de alegría. Le damos la vuelta para poder ver la imagen, y ahí está. La cafetería y yo, grabadas desde la perspectiva de los ojos de Cas.

—¡Me ha salido! —celebra pletórica.

Le devuelvo la sonrisa, pero estoy demasiado intrigada con lo que acaba de ocurrir como para apartar la mirada de la pantalla. Juntas, observamos cómo Lara se dispone a echarme el café por encima, pero, de pronto, tengo el paraguas en la mano.

—¡No lo entiendo! —exclamo frustrada, después de verlo dos veces—. ¿Cómo aparece ahí?

Cas toma el teléfono de mi mano enguantada y vuelve a poner el video, pero esta vez lo pausa a medias.

—¿Ves eso? —señala una mancha azul, casi imperceptible, a mi lado—. ¡Es él! ¡Ha vuelto!

Le echo una mirada extrañada.

—No puede ser...

—Sí, es Evans. Ha vuelto.

Me fijo con más atención y sí que es posible que esa mancha sea alguien, pero...

—No puede ser Evans. —La persona que me apodó como la *gay maker*, no me protegería de Lara, que además es su amiga.

Cas frunce el ceño, indignada con mi falta de fe en el infame Evans Armstrong.

—¿Quién más se mueve tan rápido?

Me muerdo el labio. Es cierto que la única persona capaz de moverse a esa velocidad, aparte de él, está muerta, pero me es imposible creer que Evans haría algo así por mí.

—Tiene que haber otra explicación —decido al fin. Cas sonríe.

—Evans ha vuelto y ha tenido un detalle súper bonito contigo... ohhhhh —canturrea con una entonación romántica.

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza.

—Quizá sea un fantasma —sugiero. Cualquier cosa me parece más lógica que la teoría de Evans—. Vamos, llegamos tarde a clase.

A la profesora de lengua bolidiana poco le importa el misterio que Cas y yo tenemos entre

manos, por lo que nos fulmina con la mirada al entrar con la clase ya empezada.

Me cuesta concentrarme. No puedo dejar de pensar en si Cas está en lo cierto. Cuando suena la sirena, prácticamente salto de la silla para ir a dar una vuelta por la escuela y ver si el caballero de brillante armadura aparece por algún lugar.

Tras un rato de dar vueltas en vano, salimos al jardín frontal y nos sentamos en un banco de madera. Tiene buena visibilidad a la entrada de la verja de seguridad que rodea el campus. Me siento un poco ridícula por montar guardia de esa forma, pero me está matando la curiosidad por saber qué ha ocurrido en la cafetería y si es verdad que Evans Armstrong ha tenido algo que ver.

Hay varios grupos de alumnos dispersados por el jardín, pero ni rastro de él. Algunos aprovechan los descansos entre clases para practicar sus poderes, aunque se supone que nunca deben hacerlo sin estar bajo la vigilancia de un tutor o un adulto responsable.

El cielo está nublado y corre una brisa fría que huele a tierra mojada.

—No sé qué hacemos aquí, seguramente esté en la cafetería —protesta Cas—. ¿Te acuerdas de lo mucho que comía? Su familia debe tener problemas para llegar a fin de mes.

Nos reímos de su broma. Los Armstrong son una de las familias más ilustres de Dámara, porque llevan generaciones gestando élite tras élite. Lo que se traduce en mucho respeto y aún más dinero.

«Evans, Evans... ¿dónde estás?» canturreo en mi cabeza.

—Va a llover —comenta Cas mirando hacia el cielo encapotado.

—Vámonos, no está aquí —propongo porque no quiero mojarme.

—¡Joder! —La exclamación de Cas suena a la vez que los gritos de otros alumnos. Su rostro es una máscara de horror y, aun así, me sorprende al girar la cabeza hacia el portón de la escuela y ver los tres seres que se han colado por este.

—¡Despojados! —brama Cas. Los gritos se suceden mientras observo atónita como acceden al perímetro del campus.

No muevo un músculo, por ilógico que suene. Todo lo contrario, me he quedado petrificada. Anclada al suelo y eso, cuando ves un despojado, es muerte asegurada. No sabes cómo vas a reaccionar al mirar a la muerte a la cara hasta que la ves correr hacia ti.

2 LO IMPOSIBLE

Solo hay una cosa que puedes hacer cuando ves a un despojado:
Correr.

Tus piernas son las únicas armas que, con suerte, pueden salvarte de esas criaturas malditas. Antes fueron dámaros, pero ahora, no tienen conciencia ni identidad. Solo les queda músculo sangriento, sin piel, que nunca cicatriza, pero que tampoco los mata. Están demasiado cargados de energía como para morir, porque acumulan la fuerza vital de cada una de sus víctimas.

Estoy paralizada viendo como esas figuras horrendas avanzan a velocidad inhumana hacia nosotros.

—¡Tori! —Cas grita en mi oído y el pitido que me provoca me saca de mi parálisis.

Nos dirigimos hacia el edificio, esquivando a otros estudiantes en las puertas estrechas. Recibo un codazo en las costillas, pero al menos no estoy a merced de un despojado. Eso debe doler mucho más.

Alguien cierra las puertas detrás de nosotras y escucho gritos y golpes al otro lado. No puedo creer que François, el profesor que nos ha empujado hacia el interior, dude sobre si abrir o no. Queda gente ahí fuera.

Escuchamos unos rugidos inhumanos y tan profundos que se me meten en el tímpano hasta que me pongo a temblar y noro la piel de gallina.

—¡Subid! —grita François, ignorando los ruegos de los que le piden que abra la puerta. Activa los cierres de seguridad de esta y varias barras de acero cruzan la superficie de un lado a otro.

Corremos hacia la planta de arriba y nos apretujamos contra uno de los ventanales que tiene vistas al jardín de la entrada.

Los despojados tienen a una chica tirada en el suelo cerca de la muralla que circunda la escuela. Le han arrancado la camiseta y entre los dos le lamen la piel del estómago con su lengua de lija mientras la joven aúlla de dolor y se retuerce. Se trata de Sofie Tucker, una estudiante de nuestra clase.

El tercer despojado ha llegado al edificio y se abalanza sobre el muchacho que suplicaba que

le abriéramos. Lo empuja contra la superficie y le levantan la camisa para lamerle la espalda, arrancándole la piel tira a tira.

Se me revuelve el estómago y noto un sabor a bilis en la boca...voy a vomitar. Las puertas están más blindadas que la cámara acorazada de un banco, pero los despojados parecen fuertes y en cuanto terminen con los dos estudiantes van a venir a por nosotros.

—Vamos a morir —murmura Cas.

—Tenemos que llegar al búnker —dice Harold a nuestro lado, pero soy incapaz de apartarme de la ventana.

—Demasiado tarde. El búnker ya está cerrado —nos informa Drake López, a nuestra espalda. Está sin resuello porque acaba de llegar corriendo del sótano, donde está situada la habitación de pánico de la que nos han dejado fuera.

—Esperad aquí. Voy a invisibilizaros a todos —anuncia el hermano de Cas. Salta los escalones de dos en dos hacia el grupito que gimotea junto al profesor.

—Drake —lo llama Cas. Debe estar preocupada por su hermano. Drake es el único élite entre los presentes y su poder le da ciertas responsabilidades, que pueden incluir sacrificar su vida para enfrentarse a los monstruos.

En ese momento, registro movimiento por el rabillo del ojo y vuelvo la vista al exterior. Evans Armstrong aparece justo en el centro del jardín. Lleva una camisa azul de cuadros con rayas negras que explica el destello que vimos en video de la cafetería.

Observa la escena con serenidad, como si no hubiera tres despojados y dos dámaros a punto de despojarse delante de sus narices.

—¿Qué coño haces, Evans? —murmuro más para mí misma.

Cas, que ya estaba tirando de mí, para ir hacia los demás, se detiene al verlo a través de la ventana. Al contrario que yo, reacciona enseguida y se asoma por encima de la barandilla de la escalera para gritar a la planta baja.

—Evans Armstrong está ahí fuera, tenéis que abrirle.

Yo me he quedado pegada al cristal incapaz de apartar mi mirada del suicido del rey de la escuela de Dámara Not.

Nunca pensé que fuera a verle morir de esa manera.

Se saca el teléfono móvil del bolsillo de los vaqueros como si nada, y me pregunto qué le habrá ocurrido en ese año que ha estado fuera de Dámara, para que haya perdido totalmente el juicio. Se lo pega a la oreja y le veo mover la boca, hablando con alguien.

Quizá se esté despidiendo de su familia, aunque no lo entiendo. Ninguno de los despojados le ha visto todavía, podría desaparecer de allí en un segundo con su habilidad para moverse más rápido que un rayo. ¿Por qué quiere morir de la forma más dolorosa que existe? ¿Acaso no escucha los gritos de las dos víctimas? ¿Acaso no entiende que en cuanto lo vean ese será el dolor que experimente? Y aún peor, ¿qué se convertirá en uno de esos monstruos?

Me dan escalofríos de pensarlo.

Entonces, Evans tira su teléfono sobre el césped y levanta ambos brazos en el aire con las manos en forma de garras. Tensa tanto los músculos que le da un tembleque. Los baja con fuerza, apuntando hacia la verja. Varios bultos salen volando, y yo suelto un grito. Mi respiración acelerada crea una película de vaho en la ventana.

Todo el que estaba en el patio, los tres despojados y sus dos víctimas han volado por los aires sin que Evans los haya tocado.

—¿Telequinesia? —No doy crédito a lo que ven mis ojos. Ha debido aprenderla durante ese

año de ausencia, pero nunca había visto a nadie usarla de esa forma, moviendo tanto peso al mismo tiempo.

Debo de estar soñado, comprendo cuando los cuerpos caen a dos metros por fuera del recinto vallado, provocando una gran explosión que hace retumbar el ventanal.

Evans se tambalea, por la fuerza de la onda expansiva, desplomándose segundos después sobre el césped. Se gira con dificultad sobre un costado y se queda ahí tirado.

François ha abierto la puerta y corre hasta agacharse junto al héroe caído. ¡Qué coño! Hasta yo estoy tentada de bajar a atender a Evans.

Pero mis ojos van más allá de los muros del campus, donde los cuerpos lanzados arden en una hoguera provocada por la explosión. Ahora sí que están muertos.

Corro escaleras abajo y salgo al exterior, ignorando los gritos de Cas y de los demás alumnos a los que ahora solo puedo escuchar. Drake ha debido invisibilizarlos para que tuvieran una oportunidad de esconderse si los monstruos lograban entrar en el edificio.

Fuera, François, que está de rodillas junto a Evans, le toca la sien y le hace preguntas. Evans se limpia sangre del labio con el dorso de la camisa. Tiene el pelo alborotado y manchas de tierra en la mejilla. Pero justo cuando está a punto de mirarme, desvío mi atención a un árbol cercano. Las raíces aparecen por encima de la hierba cubiertas con trozos de tierra fresca.

Anonadada, saco mi teléfono para hacerle una foto o nadie va a creerme. Evans, si es que aún es él, ha movido a tres despojados, dos dámaros y ha estado a punto de arrancar los árboles más cercanos de cuajo. Lo que acaba de ocurrir es lo más alucinante e imposible que he visto en mi vida.

—Tori. —El grito de Cas me saca de mi aturdimiento. Me doy media vuelta y la veo en la entrada de la escuela acucillada junto a Drake, que está desmayado. Corro hacia ellos y me agacho sobre el pálido muchacho. Me impacta verlo así, porque tanto él como Cas tienen una bonita piel morena que va de lujo con su voluminoso pelo castaño. Los rizos sobre la frente del chico le dan un aspecto adorable, pero ahora los tiene pegados a la cara por el sudor.

—¿Drake? ¿Estás bien? —Le doy un par de bofetadas suaves en la mejilla con los guantes puestos, claro. Me va el corazón a mil por todo lo ocurrido y todavía me tiembla todo el cuerpo.

—Necesita comer algo, se ha pasado usando su poder —explica Cas.

—Tengo un plátano en el bolso —recuerdo y rebusco en este. No va a ser suficiente para que se reponga del todo, pero al menos le subirá la glucosa.

Drake vuelve en sí de repente y, asustado, se incorpora de golpe con sus manos alzadas a la defensiva.

—Tranquilo, ya están muertos —le informa su hermana, empujándolo del hombro para que se recueste de nuevo.

Cas me echa una mirada extraña, entonces. Sus ojos abiertos con alarma y no entiendo a qué se debe. Voy a preguntarle, pero ella vuelve a centrarse en su hermano. Debe estar preocupada por él, deduzco, y le entrego el plátano.

Drake come y Cas lo observa con la mirada perdida y el ceño fruncido.

—Se va a poner bien —la tranquilizo

¿A qué viene tanta preocupación? Comerá como un oso y estará como nuevo. O quizá mi amiga aún esté pensando en los despojados y nuestros compañeros que acaban de perder la vida.

François entra, cargando con parte del peso de Evans para ayudarlo a caminar. Los contemplo mientras lo lleva hasta un banco del pasillo y río nerviosa cuando chocan contra alguno de los alumnos invisibles. Creo que estoy en *shock*. Se me borra la sonrisa al ver la palidez del rostro de

Evans. Está blanco como la pared.

Me saco una barrita energética del bolso y se la entrego a Cas.

—Ofrécesela —susurro y hago un movimiento discreto de cabeza hacia Evans y el profesor.

Cas frunce el ceño.

—¿Por qué no se la llevas tú? —replica, devolviéndomela.

Me mojo los labios, indecisa. Drake se ha acabado ya el plátano y le vendría bien más comida. Me gusta la idea de proporcionársela, ya que me ha defendido de Daniel Brown esta mañana. Pero el chico del banco acaba de salvarnos la vida y además me ha protegido del café caliente de la zorra de Lara.

Suspiro, me levanto y doy dos pasos hacia ellos. Evans está bebiendo agua de una botella y el profesor le estudia con preocupación.

Le entrego la comida al profesor y señalo a Evans con un movimiento de cabeza. Creo que voy a conseguir alejarme antes de que se percate de mi presencia, pero cuando estoy a punto de escabullirme sus ojos, de un gris casi azul, se posan sobre mí.

Mierda.

Mierda elevada al cubo.

—Voy a por más comida —suelto, incómoda y me doy media vuelta para huir hacia la cafetería. A cada paso, noto su mirada en mi espalda como si me hiciera cosquillas.

Hace un año que no le veía. Evans se fue de Dámara. No de un día para otro y nunca supe a donde. Tampoco esperaba que se despidiera ni me diera explicaciones. Habíamos sido amigos durante la infancia, cuando todos creíamos que Evans era un inválido, es decir, un dámara sin ningún poder. No obstante, cuando aprendió la hipervelocidad de su tío, demostrando que era el *copycat*, el único dámara capaz de aprender los poderes de otros, todo cambió para él y nos distanciamos.

—Gracias por la comida —lo oigo decir a mi espalda. Me detengo en seco. Llevo años sin escuchar su voz; en realidad, no es del todo la voz que yo recordaba. Se ha vuelto más profunda y madura.

Echo un vistazo por encima de mi hombro. Trato de parecer serena, pero mis brazos, caídos a ambos lados de mis caderas, se notan tensos y antinaturales.

—Gracias por el paraguas —replico con voz firme, a pesar de que su atención directamente sobre mí me inquieta. Quiero zanjar este reencuentro antes de que empiece siquiera—. Estamos en paz.

Me voy antes de que pueda responder.

Cuando regreso, diez minutos más tarde con comida para Drake, los pasillos están bullendo con los alumnos que han salido de la habitación del pánico y Evans ha desaparecido.

Drake y Cas me interrogan sobre los detalles de lo que ha ocurrido. Es increíble que en tan solo un cuarto de hora se hayan esparcido tantos rumores sobre el ataque. Algunos dicen que han bombardeado a los despojados con helicópteros, otros que Evans los ha explotado con sus manos desnudas. Al parecer, soy la única que ha presenciado lo ocurrido con sus propios ojos.

—¿Telequinesis? —repite Drake incrédulo, interrumpiendo mi relato—¿Desde cuándo Evans sabe telequinesis?

Ha debido aprenderla durante el año que ha estado fuera. Normalmente, a un *copycat* le lleva meses aprender un poder sencillo. Algo como la telequinesis suele tomar años, pero Evans ha superado todas las estadísticas.

—¿No es extraño que haya regresado el mismo día que nos atacan? —medito, horas más tarde, en el comedor. Han cancelado las clases debido a lo ocurrido, pero no nos dejan marcharnos hasta que hayan registrado todo el perímetro y cada rincón de Dámara Not en busca de más despojados.

Cas y yo estamos repantigadas en una de las mesas junto a la venta en la esquina más recóndita. Me gusta ese emplazamiento porque es más privado, y mis compañeros también prefieren mantenerse alejados de mi camino.

Con la sien apoyada en una mano, contemplo a Evans entre la marea de cuerpos que abarrotan la cafetería. Está sentado sobre la mesa con los pies en la silla mientras charla con su habitual grupo de amigos éliticos: Drake, Lara y Daniel, entre otros. Ha debido escabullirse a su habitación del campus porque tiene el pelo mojado y ha desaparecido la camisa con la manga manchada de sangre. Lleva un jersey fino de color malva que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel. Sea donde sea que se ha metido ese último año, es evidente que disponían de una sala de *fitness* con pesas.

—¿Quieres una servilleta para secarte la baba?

—¿Qué? —pregunto desviando mi atención a Cas.

Ella pone una expresión maliciosa.

Aprieto los dientes y me vuelvo para sentarme correctamente en la silla, de frente a mi amiga. Nunca confesaría esto en alto, pero desde hace años mirar a Evans me hace cosas por dentro. Normalmente, soy muy discreta, pero pensé que, debido a lo ocurrido hoy, sería seguro observarle de forma descarada. Todo el mundo parece estar haciendo lo mismo.

—Solo me preguntaba donde ha estado y porque ha vuelto hoy justamente. El día del ataque.

—Ha sido una casualidad —desecha Cas, pero yo no estoy tan segura. ¿Cómo ha hecho explotar a los despojados? Debía tener algo preparado. Ajena a mis pensamientos, mi amiga se inclina un poco más sobre la mesa antes de susurrar—. Quizá sea por los rumores sobre su hermana.

Parpadeo sin saber a qué se refiere exactamente.

—Dicen que es oficialmente inválida.

Me muerdo la uña y vuelvo a aventurar un vistazo hacia él, preguntándome como se estarán tomando los Armstrong esas habladurías. Ser un inválido, un dámaro que a cierta edad no ha manifestado ningún poder, es una desgracia y una deshonra. Sobre todo, para una familia tan poderosa y cuyo pedigrí de dámaros con poderes élite los ha catapultado a lo más alto de la pirámide social de las cuatro Dámaras. Se me corta el aliento al toparme con sus ojos, incluso cuando estamos lo suficientemente lejos como para que pueda estar mirando cualquier otra cosa que no sea yo.

Los recuerdos vienen a mí de golpe. *Tenemos doce años y estamos en la cocina de la casa de los Armstrong. Evans y yo intentando hacer las galletas de mi madre porque tiene una obsesión con ellas y es capaz de comerse kilos de una sentada. Cecily Armstrong, la madre de Evans, se está dando una ducha y nos ha pedido que vigilemos a Karen, su hermana de cuatro años. La niña está subida en un taburete y juega con la harina que hemos derramado sobre la encimera.*

—Tu madre nos va a matar cuando vea la cocina —le advierto a Evans.

—Ponte a limpiar —me sugiere.

—Sabes que no me quito los guantes en tu casa —le recuerdo. Su padre, Parker Armstrong, ya me mira como si fuera un gato callejero que va a pegarle sarna o alguna otra enfermedad

infecciosa a sus hijos. Si me viera sin guantes cerca de su prole le daría un patatús.

Evans suspira y se dirige a su hermana.

—Me encantaría que te manifestaras hoy, Karen, y que tu poder fuera limpiarlo todo en un segundo —bromea, manchándole la nariz de harina.

La mayoría de los dámaros manifiestan su poder de bebés o como mucho de niños, dependiendo del poder, y es extraño que Karen aún no lo haya hecho. Al igual que Evans que, con doce años, todavía no se ha manifestado. Lo que debe significar que no tiene ninguno. La célebre familia Armstrong va camino de su segundo hijo inválido. Todo un escándalo y una desgracia para ellos.

—¿Qué han dicho tus padres sobre... su retraso? —le pregunto con discreción. Si necesita desahogarse conmigo quiero que sepa que estoy ahí para él.

Evans me dedica una mirada penetrante, pero es Karen la que protesta. Está en esa edad en la que aún crees que es un bebé que no se entera de nada, pero que empieza a sorprenderte con su forma de razonar.

—Tengo un poder —grita con su voz infantil—. Puedo sentirlo en mis cojones.

—¿Qué? —Estoy divertida y chocada a partes iguales. Evans se ríe.

—Es de una serie de televisión de Glinen—me explica—. Va de un grupo de jóvenes que después de una tormenta desarrollan un poder especial. Pero hay uno que no parece tener ninguno. Es como el gracioso del show y suele decir esa frase.

—¿Y es cierto? —pregunto—. ¿Tiene un poder como lo siente en sus... en sus partes masculinas?

—Es inmortal —me informa Karen con el mentón alzado—. Como la reina Yadra.

Tomo asiento en un taburete frente a la niña.

—¿Y tú también eres inmortal? —le pregunto con una sonrisa. Ella lo medita por un instante.

—Quizá algún día —responde entonces—. Mi poder es más como un bonito regalo de Navidad.

Han pasado ocho años desde aquel día, pero aún recuerdo sus palabras. Karen ahora tiene once años. Si no se ha manifestado todavía, salvo raras excepciones como su propio hermano que resultó tener el mayor poder de todos, significa que es una inválida.

—¿No te parece horrible que los llamemos inválidos? —cuestiono y Cas parece confusa—. Inválido, Cas. Significa “no válido”. Sin valor. Es terrible que etiquetemos a los dámaros que no tienen ningún poder de esa forma. Que les digamos con su propio nombre que no tienen valor... son humanos también, al fin y al cabo. Tienen sentimientos y otras virtudes.

Mi amiga reflexiona durante unos instantes.

—Nunca lo había pensado de esa forma. Es decir, he escuchado la palabra inválido desde pequeña y no me había parado a analizarla.

—Quizá ese sea el problema —la interrumpo—. Que no analizamos el significado de todas las mierdas que nos venden mientras crecemos. Sobre todo, si tiene que ver con la Fylgja.

—¿Vas a abandonar la creencia como la reina Yadra?

Nuestra reina no ha abandonado oficialmente la religión dámara, pero sí que hay rumores que la tildan de hereje porque sus propuestas de reforma social van en contra de muchos de los preceptos ridículos y prehistóricos de nuestra religión.

—Si es lo que hace falta para que mejoren las cosas —replico. Me importa un bledo que sea una hereje. Si está intentando mejorar las condiciones de vida de la población más castigada de las cuatro Dámaras, yo soy fan de Yadra.

3 TRECE BERRUGAS PELUDAS

Cuando te levantas de la cama un día de clase cualquiera, no piensas que vas a enseñar el culo en público en medio del jardín, y tampoco adivinas que, de ahí en adelante, las cosas van a ponerse más y más extrañas. Son solo las cuatro de la tarde y han muerto dos alumnos.

Uno podría pensar que los ha asesinado Evans, al lanzarlos contra los explosivos, que sigo sin comprender como han llegado hasta ahí, cuando esa misma mañana no había nada en la zona, pero lo cierto es que Evans no podía salvarlos. La saliva de los despojados contiene una toxina que penetra por la piel rasgada y si la suficiente cantidad contamina a la víctima, entonces no hay vuelta atrás. Si la persona, siendo despojada, es humana muere y si es dámara pierde su alma. O al menos eso dice la Fylgja, en mi opinión está más relacionado con procesos químicos en el cerebro del dámara que con su alma animal. Pero el resultado es el mismo, el dámara pierde su identidad y se convierte en un monstruo de fuerza imparable y apetito voraz.

Ahora sí, si según nuestra religión, los inválidos no llevan dentro el alma de un animal, ¿por qué también pueden volverse despojados? Deberían simplemente morir como hacen los humanos. Otra prueba de que la Fylgja no tiene la razón en todo o ha sido malinterpretada.

A pesar de lo peligrosos que son, los dámaros nunca matamos a un despojado a no ser que sea en defensa propia. Nuestra tradición exige respeto por los guerreros que un día fueron. Vivirán para siempre en ese estado y, por lo general, hibernan en las cuevas de las montañas. Sus víctimas ocasionales suelen ser humanos que se aventuran donde no deberían y guardias dámaros cuya función es proteger a los humanos de estos monstruos. En la actualidad, rara vez atacan los exteriores de la muralla de las ciudades cercanas a las montañas. En el último siglo, ha sido una plaga bastante controlada, que causa muertes eventuales.

Lo peculiar es que hayan llegado a Dámara. Llevaban décadas sin entrar en las ciudades, donde siempre hay guardias dámaros apostados en las murallas. No tengo ni idea de cómo han podido llegar esos tres ejemplares a la escuela.

Sin embargo, lo que tiene mi cabeza dando vueltas en espiral es Evans. ¿Cómo predijo el

ataque? ¿Cómo ha podido matar cinco monstruos él solo? ¿Qué hizo para detonarlos?

La única forma de asesinar a un despojado es destrozándole el bazo. Sí, el bazo, ese órgano que en los humanos no es indispensable para la vida. Si extirpas el bazo de un humano, su hígado le echaría una mano para suplir algunas de sus funciones. Sin embargo, por alguna razón, los dámaros y los despojados no podemos vivir sin el bazo, y es literalmente el único punto del cuerpo de un despojado que los hace vulnerables. Por eso la Fylgja asegura que el alma del animal que te posee habita ese órgano.

Quizá no los detonara él, sino la persona con la que estaba hablando por teléfono. Pero, aun así, tendrían que saberlo con antelación. Solo un vidente puede predecir un evento antes de que ocurra y esos no están a disposición de nadie. Suelen ocultar su poder del mundo y vivir entre los humanos, fingiendo ser uno de ellos. Es la única forma de que los dejen en paz y de que nadie los use para sus intereses personales.

—La chica iba a nuestra clase y el chico al nivel inferior —dice Cas a mi lado, sacándome de mi ensimismamiento—. Ella estaba a punto de graduarse.

Suspiro, guardando mi teléfono en la mochila. Solo hay una escuela en Dámara Not, así que somos tantos que no nos conocemos todos bien, pero lamento sus terribles muertes.

El chico debía tener quince años o menos. Las clases en nuestra escuela se dividen en grupos de cuatro años, por eso Cas va a mi mismo nivel, aunque yo tenga veinte años y ella solo dieciséis.

—Las noticias no especifican cómo ha podido ocurrir, ni el porqué —me lamento, preguntándome si ha sido un ataque aislado o si tenemos que preocuparnos porque se repita.

—Ni lo de Evans... —completa Cas. Su voz está llena de la misma curiosidad que me invade. Acabo de enseñarle las raíces de los árboles, que casi ha arrancado de cuajo con telequinesis.

—Evans es un Armstrong —me recuerda Cas —, la familia con mayor tradición de élites en su estirpe desde hace siglos. Su padre, aunque no es un Armstrong de sangre, es un bloqueador. No me parece tan extraño que Evans tenga habilidades fuera de lo habitual.

Todas esas alabanzas sobre los Armstrong y sobre un Armstrong en particular me están poniendo de mal humor, por lo que decido cambiar de tema.

—No van a dejar que nos vayamos a casa, ¿verdad? —pregunto, echando un vistazo al portón cerrado. Me falta la respiración de saberme encerrada en un campus lleno de cabrones. Cas se encoge de hombros y sacude la cabeza.

—¡Ahí viene! —exclama. Se muerde el labio y mira por encima de mi hombro—. No parece muy débil.

Está hablando de Evans, deduzco.

Se me acelera el corazón y frunzo el ceño sin entender a qué viene esa mierda de reacción. Evans siempre ha sido el rey de la escuela, venerado por todos, menos por mí. A mí él me importa un bledo. Nunca me he puesto a temblar ni a dar palmas con la vagina como hacen las otras chicas, y no voy a empezar ahora, por muy telequinesis nivel Dios que se haya vuelto.

Aun así, no me atrevo a echarle un vistazo. Me fijo en el rostro de mi amiga y por el movimiento de sus ojos veo que está cada vez más cerca.

—¿Quién es el que va con él? —murmura Cas. La curiosidad me puede. Vuelvo la cabeza y veo que junto a Evans hay un chico alto y delgado. Tiene el pelo de un rubio platino con un flequillo altísimo, y los pelos más cortos de sus sienes están alborotados, como si se hubiera revolcado con su almohada. Su piel es casi del mismo tono que su pelo. No es ninguno de los élites con los que Evans suele codearse y nunca lo había visto antes por la escuela. Lleva unos

skinny jeans negros y una camiseta suelta del mismo color, que lo hace palidecer aún más. Su labio superior es más grueso que el inferior, y su nariz un tanto abultada para su rostro delgado y alargado, aunque sus mejillas conservan la redondez de la niñez, dándole un aspecto joven y dulce. Lo que no es dulce en absoluto son sus ojos, enmarcados por unas cejas gruesas de un rubio más oscuro, que delatan que lleva el pelo teñido, son probablemente los ojos más bonitos que he visto en mi vida, y hay algo en ellos que solo puedo denominar como lo opuesto a la inocencia.

No me siento físicamente atraída hacia él, pero sí muy curiosa. Es enigmático y nos tiene a Cas y a mí deslumbradas. Hasta que Evans nos pilla contemplándolo fijamente, e intercambia una mirada entre nosotras y el muchacho.

Se me escapa una sonrisa, Evans no está acostumbrado a que nadie le robe protagonismo, sobre todo entre las mujeres; y tampoco puedo culparle por eso. Tiene todo lo que hace falta para que se te bajen las bragas con verlo aparecer.

Cuando están casi a nuestra altura, aparto la vista satisfecha de que me haya pillado mirando a otro. Agarro el paraguas que me puso en la mano esa misma mañana y lo abro justo cuando pasan por nuestro lado. Estoy protegida bajo su sombra, aunque veo sus pies alejándose.

Cas los sigue con la mirada y parece divertida.

—¿Qué? —no me resisto a preguntar.

—Evans ha sonreído cuando ha visto el paraguas.

Me es imposible mantenerme seria.

—Antes eráis amigos, ¿verdad? —Me sorprende su pregunta, porque nunca le he hablado de mi pasado con Evans—. Lo he escuchado por los pasillos. La gente rumorea que fue él quien te puso el paraguas en la mano —explica.

Me muerdo el labio. Normalmente, ni loca saco mi turbio pasado a relucir, pero lo que ha ocurrido hoy me motiva a hablar de Evans.

—Cuando éramos pequeños —le confieso, y se le ilumina la cara—. Tú no te acuerdas porque tienes cuatro años menos que nosotros dos, pero Evans no siempre ha sido el rey de la escuela. Se manifestó muy tarde, a los doce años.

—Lo normal en un *copycat* —Cas encoge un hombro—. ¿Te imaginas que su hermana también es un *copycat*?

—Nah, nunca ha habido dos copicats vivos a la vez —descarto. Han llegado a pasar cien años sin que ninguno apareciera. Por eso nadie sospechó de Evans—. Todo el mundo creía que era un inválido. No tenía tantos amigos entonces, incluso siendo un Armstrong. Mientras que yo era la niña con habilidad más absurda y ridícula de la toda la historia dámara, así que nos hicimos amigos, aliados, incluso. —Sonrío ante los recuerdos—. Éramos los apestados de la escuela.

Cas frunce el ceño.

—Nunca le he visto dirigirte la palabra.

—Eso es porque no lo hace —explico, cerrando el paraguas y dejándolo caer sobre el césped. Debe pertenecer a algún estudiante, pero ahora que está manchado de café, dudo que lo reclamen—. El día que Evans aprendió a moverse tan rápido como su tío, descubrimos que era el primer *copycat* que habíamos tenido en siglos. Su vida cambió por completo. Pasó de ser el chico inválido de los Armstrong a ser el dámara más importante en varias generaciones. Ya no necesitaba, ni quería nuestra... asociación.

—¿Te dejó de hablar de un día para otro?

Niego con la cabeza. Aunque ya no me duele, recordar ciertas cosas me resulta desagradable.

—Fue gradual. Hubo varias peleas y terminó con él apodándome Tori Baker, la *gay maker*, delante de la gente equivocada. —Sonrío sin diversión alguna. El apodo me hizo odiar mi vida incluso más.

—No sabía que el mote te lo había puesto él. —Cas está sorprendida—. Siempre he pensado que no sabía que existíamos.

—Te gusta Evans, ¿verdad? —le pregunto resignada.

Ladea la cabeza.

—Sé que detestas adorarlo como si fuera un Dios, como hace el resto de la escuela, y ahora entiendo por qué. Debido a tu desagrado por él, tenemos este acuerdo implícito de no mencionar que Evans Armstrong está para echarle nata y sirope de chocolate y lamerlo hasta despojarlo de su bonita piel —bromea—. Que no lo mencionemos, no quiere decir que no sea cierto, Tori.

Resoplo antes de asentir, derrotada. Tampoco estoy ciega.

—¿Le odias?

Medito su pregunta durante un instante.

—Nah... —decido al fin—. Pero me gustaría que tuviera trece verrugas peludas en la cara.

Cas se ríe.

—¿Por qué trece?

Me encojo de hombros, soñando con esa idea. Así, al menos, sabría lo que es ser intocable, como yo.

4 LA LOCA DE LA GABARDINA

No todos los héroes llevan capa. Algunos solo llevamos puesta nuestra propia piel, y es mi piel justamente lo que se ve por todas partes. Mi escote es pronunciado, mi falda corta.

Intento no encogerme al notar el aire fresco de la noche que me pone la piel de gallina. No estoy acostumbrada a que se vea mi cuerpo, ni a llevar la ropa que se pondría cualquier chica para salir de fiesta. Me hace sentir completamente desnuda.

En Dámara, siempre llevo mangas largas remetidas bajo mis guantes y blusas de cuello alto. Incluso en verano. Lo único que muestro al salir de casa, desde que me alcanza la memoria, es mi rostro. Pero hace unos meses que eso ha cambiado. No en Dámara, por supuesto, o todos saldrían corriendo horrorizados. Pero sí en noches como esta, cuando me escabullo de las murallas de la ciudad al mundo de los humanos.

Creí que esta noche no podría hacerlo. Después del ataque de los despojados, no tenemos permiso para salir de la escuela, mucho menos de la ciudad. Pero esa idea me agobia. Odio quedarme a dormir en el campus. Después de lo ocurrido, preferiría irme a casa de alguno de mis padres, desconectar de ese lugar y fingir que mi vida es alguna historia en una película o libro lejos de la realidad.

Tampoco se supone que debemos salir de Dámara al mundo de los humanos por nuestra cuenta, pero yo llevo meses haciéndolo. Si hay oxígeno, hay salida, y yo siempre la encuentro.

Estoy en la ciudad humana de Deremen.

Apoyo mi trasero sobre el capó de un coche aparcado justo frente a la casa donde están celebrando una fiesta que ha empezado a descontrolarse.

Dos chicas se ríen como hienas y se caen sobre el césped cada vez que intentan avanzar. Las observo con atención porque quiero mejorar mi actuación de borracha y que sea creíble.

Analizo la fachada de la casa. Las puertas y las ventanas están abiertas permitiendo el paso de la música y el constante flujo de gente que entra y sale.

Distingo a Tim Lewis entre sus amigos. He visto suficientes fotos suyas en redes sociales como para reconocerle a pesar de no habernos conocido en persona.

Me tiemblan las manos con la anticipación de la caza, pero respiro hondo para intentar serenarme.

El árbol que hay junto al coche me mantiene oculta de la luz de la farola y ninguno de ellos se percata de mi presencia. Se sientan en el porche con sus vasos de plástico barato en la mano. Se ríen y gritan, están borrachos.

Bien, es el momento.

Me quito la gabardina, la dejo sobre el capó del coche y camino hacia ellos, hasta que estoy a tan solo cinco pasos. Mi piel reluce en los brazos, el estómago y las piernas bajo la luz de la farola. Me paro y me toco el pelo, mirando de un lado y otro, fingiendo estar desorientada.

Me ven.

—¿Qué te pasa guapa? —me pregunta alguien y pongo cara de ir bebida.

—Está muy buena —comenta alguno como si yo fuera una tarta en el escaparate de una pastelería y no una persona.

Me rio y me toco el flequillo.

—No sé dónde están mis amigas... —vuelvo a reírme tontamente, escaneando los alrededores con la mirada, cegada por alcohol.

Uno de ellos da un paso hacia mí y se me acelera el corazón. No es el que quiero y si me llega a tocar...

«No la cagues, Tori».

Doy un paso atrás para asegurarme de que tengo espacio para retroceder y salir pitando en caso de que el chico equivocado intente ponerme las manos encima.

—¿Por dónde se va al centro? —pregunto haciendo pucheros y apuntando con una uña pintada de rojo. Sé que es la clase de detalle que los hombres no registran, pero que los hace verte atractiva.

Noto sus miradas recorriéndome el cuerpo, y me provoca un escalofrío que nada tiene que ver con la temperatura de la noche.

—Yo te acompaño —dice él, Tim Lewis, hablándome por primera vez.

Bingo.

«Eres mío».

—Noooo... —hago un morrito y pestañeo —estás de fiesta con tus amigos y no te quiero joder la noche.

Lewis ya se ha puesto de pie y lo tengo frente a mí. Doy otro paso atrás. No quiero que me toque hasta estar segura, y no en público.

—¡Ay, mi abrigo! —chillo, animada, y corro al coche como si acabara de acordarme de él.

Lewis me sigue y me lo pongo rápido. Veo en su cara que tiene ganas de tocarme. Dejo que las mangas me cubran las manos y me aprieto las solapas del cuello contra el pecho como si tuviera frío, cubriendo toda la piel que puedo.

Entonces él alarga la mano y la pone en mi espalda para empujarme hacia la calle. Menos mal que me he puesto el abrigo a tiempo y no es mi piel lo que está tocando.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta sonriente y me da asco su aliento alcoholizado. Aunque es más que eso, me dan asco sus dientes...y él en general, por lo que le hizo a esa chica de su escuela.

Quiero escupirle, pero me contengo.

—Eres guapo —digo en su lugar y le brillan los ojos, creyendo que va a tener algo de acción. Hace un movimiento con la cabeza, indicándome que lo siga y cruzamos la calle. En lugar de seguir por la acera bajo la luz de las farolas, me lleva a través del césped hacia un parque oscuro.

Aprieto los labios.

—Por aquí es más rápido —me explica, intuyendo mi preocupación.

Saco mis guantes de los bolsillos de la gabardina y me los pongo.

—Ey... ¿tanto frío tienes? —me dice burlón y me rodea los hombros con un brazo para empujarme entre los columpios del parque infantil. Me guía entre dos franjas de arbustos que van a parar a la pared de un edificio.

Donde nadie nos ve, me doy cuenta.

Pego la espalda a la pared. Él me aprisiona con sus caderas y me sonrío.

—Eres muy guapa...

No estoy acostumbrada a qué me digan cumplidos, no porque no lo sea, sino porque nadie gana nada diciéndoselos a la *gay maker*. Los chicos dárnoslos no se molestan en decirte cosas bonitas si no creen que existe la más ínfima oportunidad de que les hagas una mamada. Es así de triste.

Pero en este momento, sus palabras me repugnan más que otra cosa.

Lewis me mira el pecho donde me sujeto las solapas de la gabardina como si mi vida dependiera de ello. Me doy cuenta de que le molesta y que está empezando a cabrearse.

Aun así, no es suficiente. Tengo que estar completamente segura antes de dar el paso.

—Tú también me pareces guapo, pero...

—Qué frío te ha dado de repente, ¿no? —me interrumpe cogiéndome de la muñeca —antes nos enseñabas las tetas sin reparos.

Imbécil. Estoy tentada de darle una bofetada... ¡sin guante! Pero no puedo hacerlo solo porque sea un cerdo machista, tengo que probar que es un agresor sexual.

Río tímidamente en respuesta a su comentario asqueroso.

—Estoy mareada... mejor dame tu número y quedamos mañana —me froto la frente, fingiendo que estoy azorada.

Lo veo apretar los dientes.

—No vamos a quedar mañana. —Su mano va a parar a mi cadera y empieza a manosearme por encima de la gabardina—. Quítate ese abrigo, morena...yo te voy a dar calor.

—Pero es que no me apetece ahora... yo solo me quiero ir a casa —se lo digo con un tono de voz más serio y firme; incluso sin fingir que estoy borracha. Le estoy dando una oportunidad de retirarse.

Suelta una risotada áspera.

—En un rato te acompaño a casa, pero ahora sé buena y ábrete la gabardina. Ya verás cómo te va a gustar.

Baja su cara hacia mí para besarme, pero yo se la aparto a tiempo y sus labios van a parar a mi pelo.

—Te estoy diciendo que no, ¿estás sordo?

Mi pelo no va a hacerle daño, pero su sordera ante la falta de consentimiento de las mujeres sí. De eso voy a encargarme yo misma, si vuelve a ignorar esa última petición.

—¡Apártate de mí, por favor!

Se echa hacia atrás para mirarme enfadado, pero sus caderas siguen aprisionándome contra los ladrillos del edificio.

—Eres una niña... vienes a calentar con tu ropa de puta y luego te quieres ir a casa. Eso no está bien.

Me aprieta mucho la muñeca para tirar de mi brazo y que no pueda taparme más, y lo veo claro. Entre su actuación de esa noche y la declaración de esa chica es la clase de persona que busco por las noches. Voy a dejar que me toque.

Le permito abrirme la gabardina y me mira el pecho con lascivia y ajeno a mi disgusto por su comportamiento. No me ve como una persona sino como una herramienta para su propia diversión. La misoginia en su estado más puro.

—Si me tocas en contra de mi voluntad vas a arrepentirte —le explico una última vez con mucha seriedad. Quiero que se tome mi advertencia en serio. No lo hace, se ríe sin diversión. Parece que le molesta el hecho de que hable.

—No hay nadie aquí para ayudarte, guapa, mejor sé buena, relájate y así te gustará... —se burla de mí y cuando va a inclinarse para besarme el cuello y cambiar su vida para siempre, noto que se separa de mí de forma violenta y sale volando por los aires.

Parpadeo varias veces, confusa con la imagen de ese humano repugnante volando de espaldas hasta caer por el otro lado de los setos.

¿Qué coño ha pasado?

Sin moverme de la pared, agudizo el oído y examino los setos, pero solo escucho el latido desbocado de mi corazón y mi respiración agitada.

Nada, ni un solo movimiento que delate porque Lewis de pronto ha volado.

Cuando me dispongo a separarme de la pared para investigar, una ráfaga de aire se agita y lo que aparece frente a mí es mucho más aterrador que una manada de diez despojados hambrientos.

Mierda elevada al infinito.

Conozco a la perfección esos ojos grises, aunque lleve tiempo sin verlos tan de cerca.

Evans lleva una sudadera negra, con una gorra de visera y la capucha puesta por encima. Su barba de varios días empeora el aspecto de sus profundas ojeras.

—¿Estás completamente loca? —ruge, con el rostro desencajado por la incredulidad.

Me saca una cabeza de estatura, pero esa no es la razón por la que Evans Armstrong me intimida tanto. Tampoco porque sea el dímame más importante de nuestra generación. Lo que hace que me tiemble todo el cuerpo son las cosas que le he visto hacer esa misma mañana.

—¿Qué haces aquí? —musito tontamente, sin poder creer que hayamos coincidido en Deremen por pura casualidad.

Él pone los ojos en blanco y mira por encima de su hombro, quizá preguntándose si Lewis se ha levantado o sigue desmayado por la caída.

—Te he seguido. —Su expresión dice que le parece una respuesta obvia y que no me cree muy inteligente. Me agarra del brazo por encima de la gabardina y me separa de la pared enladrillada.

Giro la cabeza, preguntándome donde está Lewis, y Evans me da otro tirón brusco.

—No pienses que vas a acercarte otra vez a ese tipo —me amenaza, entrecerrando los ojos. Sigue enfurecido.

—Me haces daño —le recuerdo, mirando significativamente la zona de mi brazo que tiene agarrada.

Evans se detiene y sacude la cabeza. Está indignado, como si hubiera insultado a su banda favorita.

—Vas a ir a la cárcel por esto —me explica, marcando las palabras para que comprenda la gravedad de mi delito—. ¿Lo has hecho antes?

Suelto un suspiro irritado. ¿De verdad se piensa que salgo a cazar chicos inocentes?

—Escucha, te estás confundiendo —le suelto y me niego a seguir andando.

Evans se resigna a pararse y me observa con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza ladeada. Cuando se enfada tiende a fruncir los labios en un morrito. Lo hacía de niño y al parecer no ha perdido el gesto.

—Ibas a dejar que ese idiota te tocara, Tori.

Mi nombre en sus labios suena tan extraño y a la vez familiar que se me remueve algo dentro. Una parte de mí no creyó que lo recordara después de tantos años.

—Sí, iba a hacerlo —admito, y él me mira de arriba abajo con los ojos, intentando evaluar mi grado de locura—. Pero no es un tipo cualquiera, Ev, ha violado a una chica de su escuela, e iba a violarme a mí ahora mismo.

He conseguido chocarle, sus ojos están fijos en los míos, abiertos como los de un búho. Cuando al fin reacciona se frota la cara y pone los brazos en jarras.

—¿Estás diciendo que sales a cazar violadores?

Aprieto los dientes, porque me fastidia que lo haga sonar tan estúpido cuando es la primera vez en mi vida que me he sentido útil e importante, en lugar de una patética aberración. Afirmo con un movimiento de cabeza y levanto la barbilla, mostrando todo el orgullo que puedo, pero él se echa a reír y sacude la cabeza.

—Debo de estar soñando —dice para sí mismo. Se frota un ojo, parece exhausto y quizá se esté planteando que nada de esto es real.

Me abro la gabardina y le enseño mi cuerpo. Él deja de sonreír inmediatamente, nunca ha visto tanto de mi piel.

—Tiene que haber una puta razón para que yo haya nacido —replico seria, ahora que he captado su completa atención—. Pues bien, la he encontrado. Mírame, soy una tentación de hombres andante y mi piel puede hacer que el mundo sea mejor.

Evans me observa y mueve su mandíbula, y me doy cuenta de que ese es un gesto nuevo. Más del hombre en el que se ha convertido. Tuerce la cabeza inhalando una bocanada profunda de aire y mira hacia el parque donde un bulto sigue tendido en el suelo.

—Tu juego es demasiado peligroso.

—Somos dámaros —razono—. El peligro es nuestra forma de vida. Lo que has hecho tú esta mañana...

—No nos compares, Tori —me interrumpe.

Pongo los ojos en blanco, invocando mi propia paciencia.

—Oh, no... ¿Cómo va la *gay maker* a compararse con el *copycat*? No debería ni respirar el mismo oxígeno que tu maravillosa nariz y tus potentes pulmones.

Hay suficiente sarcasmo en mi voz como para que él esboce una sonrisa arrogante y se cruce de brazos de nuevo, esperando a que yo termine mi numerito.

—He encontrado algo que me hace sentir orgullosa de lo que soy —suelto atropelladamente, y se me acelera el pulso al notar que estoy a punto de llorar. Toda mi vida he sido una vergüenza para mí misma, mi familia y todo Dámara. No hay un segundo de mi existencia en el que no sienta que no debería haber nacido, excepto por esos últimos meses desde que salgo a buscar a agresores sexuales—. No pienso parar... y tú no vas a denunciarme.

—Oh, sí vas a parar —me asegura él con determinación y vuelve a agarrarme del brazo para

tirar de mí hacia la calle.

—Eres un prepotente, Evans —le digo al perfil de su rostro mientras me empuja y cruzamos la calle—. Si me denuncias el mundo será un lugar peor por tu culpa. Da igual que servicios prestes a los humanos después de eso, no podrás compensarlo.

Sin hacerme mucho caso, se saca unas llaves del bolsillo de la sudadera y hace sonar un bip que abre el Audi RS que hay aparcado frente a nosotros.

Contengo la respiración al ver el coche que le han dado. Me obliga a entrar en el asiento del copiloto como si fuera un policía y yo una delincuente.

Cuando se sienta detrás el volante, vuelvo a la carga.

—Si ese asqueroso viola a alguien esta noche o la semana que viene será tu culpa —espeto.

Evans traga saliva y en lugar de activar el motor, apoya el antebrazo sobre el volante y se gira hacia mí.

—Aunque lo hubieras tocado... podría violar a hombres.

—Oh, vamos. Hay pocas posibilidades de que eso ocurra. Los hombres tienen más fuerza para defenderse... Además, un poco menos de testosterona en el cerebro hace maravillas en los comportamientos sexualmente agresivos.

Veo que no me está haciendo caso porque sus ojos están fijos en mi cuello. Frunce los labios de nuevo.

—¿Quién te ha hecho eso? —gruñe.

Me toma unos segundos recordar las marcas de mi cuello. Las he cubierto con maquillaje antes de salir de Dámara, pero el roce de la gabardina ha debido quitar gran parte.

Cierro los puños con fuerza antes de confesar.

—Hace dos noches fui a por un tipo... bueno era un poco mayor que nuestro amigo Lewis aquí... —comienzo a explicar, mirando por la luna delantera mientras intento ignorar los ojos grises que me perforan la sien—. Había violado a tres chicas, pero lo han soltado tras siete años de cárcel. Incluso sin estar reformatado, pero así es nuestro sistema penitenciario. Me pasé por su casa, aguardé en el portal de su edificio y cuando llegó, le dije que estaba esperando a que mi novio viniera a buscarme y que tenía frío. Me dijo que podía esperar dentro y se fue en el ascensor... pero luego volvió.

No añado nada más, me dan escalofríos recordar cómo se abalanzó sobre mí, y su confusión al empezar a perder las ganas de agredirme sexualmente. Se enfadó mucho, no porque entendiera que yo le había hecho algo, sino porque creyó que la cárcel había fastidiado su deseo sexual. Me acabó cogiendo por el cuello, no sé si para ver si lograba excitarse de esa forma o para pagarlo con alguien. Por un momento, pensé que no iba a contarle, pero algún vecino de la primera planta abrió la puerta y él me soltó, asustado con volver a prisión.

Miro de soslayo a Evans, que se ha quedado quieto e inquietantemente callado. Después de un instante de silencio incómodo, se sienta correctamente y pone el coche en marcha. No dice absolutamente nada, mientras se incorpora a la carretera. Estoy incómoda en el silencio entre nosotros, por lo que acaricio el lujoso cuero y me fijo en los detalles que tiene el salpicadero. Un montón de botones y una pantalla enorme. Me atrevo a poner la radio.

Cuando Imagine Dragons resuena a través de los altavoces, Evans me echa un vistazo, pero vuelve a concentrarse en la conducción sin comentar nada.

Pasan dos minutos y salimos de las murallas de la ciudad de Deremen, camino a Dámara Not.

—Supongo que sería mucho pedir que me explicaras lo que ha ocurrido hoy, ¿no? —tanteo.

No me responde.

Es una auténtica pena. De pequeño, cuando creía que era inválido, era una persona agradable. No tenía esa prepotencia que parece haber echado a perder su personalidad con los años.

—Podemos empezar con algo simple ¿Dónde has estado todo este tiempo? —La curiosidad me puede y aprovecho ese extraño instante de cercanía entre nosotros para preguntarle al respecto.

Evans despega la vista de la carretera para echarme un rápido vistazo.

—¿Me has echado de menos?

Arqueo una ceja.

—Sí, he extrañado no tener nuestras largas conversaciones antes de irme a la cama, o las sesiones de Netflix los domingos por la tarde... te confieso que he terminado *StrangerThings* sin ti. Espero que puedas perdonarme.

Con eso, al menos, sonrío.

—He estado aprendiendo —explica, ignorando mis ironías.

—Eso ya lo he visto esta mañana... ¿cómo despojados telquineas así?

—Ese verbo no existe, Tori —censura, aunque parece divertido.

—Pues debería.

Hemos llegado al puesto de seguridad de la muralla a la ciudad de Dámara, y eso es muy distinto a escabullirme por los huecos de la ciudad. Aquí tendré que identificarme y declarar las razones por las que salí.

Contengo el aliento. Evans puede denunciarme inmediatamente y hacer que mi intento de charla sea aún más patético. Sin contar con que daría inmediatamente con mis huesos en una cárcel dámara. Que es como una especie de Gran Hermano, donde el mundo entero puede ver lo que haces día y noche, por televisión.

Baja la ventanilla, reduce la velocidad y para frente a la puerta blindada. El guardia se aproxima al coche y se inclina.

—Evans —lo saluda. Después se percata de mi presencia y abre la boca para preguntarme quien soy o para pedir mi identificación.

—¿Me abres? —lo interrumpe Evans, logrando que el hombre no llegue a decir nada. Vuelve a echarme un vistazo inseguro, pero acaba por asentir y hacer un gesto con el brazo a alguien. La puerta de acero blindado se desliza y unos segundos después estamos dentro.

—Vaya... ser el *copycat* tiene sus ventajas —exclamo anonadada.

Él sonrío, pero continúa prestándome tan poca atención como puede.

Suspiro al ver las características casas dámaras de estilo colonial y tejados picudos de pizarra negra. Árboles de tronco ancho y ramas frondosas separan el jardín delantero de la acera, y hay setos de tonos rojizos, ocres y verdes que combinan con el ladrillo de las fachadas, y separan unas de otras.

No hay nadie por la calle a esas horas, pero fantaseo con que pase gente de la escuela y me vea sentada en el asiento copiloto del RS de Evans Armstrong. Lo sé, patético, pero soy medio humana, al fin y al cabo.

Sacudo la cabeza ahuyentando mi momento de debilidad y me giro hacia él.

—¿Quién era el chico con el que estabas hoy?

Evans se pone serio.

—No te acerques a él.

Tuerzo el gesto y me toco la barbilla con el dedo índice.

—Noteacerquesael, que nombre tan peculiar.

—Lo digo en serio.

Chasqueo mi lengua fingiendo decepción.

—Y yo que pensaba lamerme la cara —ironizo.

Evans sabe mejor que nadie que no puedo “acercarme” a ningún chico. Si lo hiciera, mi piel cambiaría su orientación sexual y yo ya no le interesaría de todas formas. Él mismo me apodó la *gay maker* hace años.

—Me refiero a qué no hables con él.

—¿Puedo lamerle la cara sin hablar con él? —bromeo, pero tampoco surte efecto. En fin, por lo visto ha perdido todo su humor junto con la infancia. Triste—. Lo que ordene, mi amo y señor —le respondo.

—Buena chica —responde y he debido imaginar el brillo malicioso de sus ojos.

Pasamos cerca de mi barrio y veo la oportunidad de no regresar al campus.

—¿Puedes dejarme en casa de mi madre?

—No.

Espero un momento a que añada algo más, pero es en vano.

—Eh... ¿por qué no?

—¿Sabes lo que eran esas cosas que han entrado hoy en la escuela? ¿Eres consciente de que podría haber más?

Empiezo a cansarme de que me hable todo el rato como si fuera una niña de tres años.

—Sí, deben estar deseando atrapar a la *gay maker*. De hecho, soy el número uno de su lista y tienen fotos mías por todas las paredes de su madriguera. He oído que se han sorteado el honor de pobrar mi piel porque había muchas peleas al respecto.

Evans aparca el coche justo frente a los dormitorios de la escuela. Son filas de pequeños adosados de dos plantas, pero cada planta es para una pareja de alumnos. Menos yo que tengo uno para mí sola porque nadie quería compartir conmigo. Las ventajas de ser una marginada... tenía que haber alguna.

En lugar de bajarme del coche, prosigo con mi interrogatorio.

—¿Noteacerquesael era la persona con la que hablabas por teléfono durante el ataque? ¿Tiene el poder de explotar despojados en el aire?

Evans inspira profundamente por la nariz como si tratara de reunir paciencia.

—Tori, existen ciertas ventajas en ser una válida, y es que tu vida va a ser mucho más tranquila y segura que la de un élite. Te recomiendo que te olvides de todo este asunto de despojados y ni hablar de salir a cazar violadores. Nadie espera que seas una heroína. ¿Por qué no te concentras en cuidar de ti misma? En estos tiempos parece que es algo cada vez más difícil.

¿Tranquila y segura? Debe estar de broma. Es cierto que a un válido no se le requiere que se enfrente a una horda de despojados, como ha hecho Evans hoy. Con su poder, tendrá que dedicar su vida a la guardia Dámara y a la seguridad de los demás. Pero me fastidia que hable como si mi poder garantizara que mi vida sea un paseo por el parque. Con un poder tan peculiar y repudiado, que además no puedo vender a nadie, mi existencia es lo contrario a tranquila y segura.

Así que pongo los ojos en blanco, dándome por vencida con él. No quiere compartir sus asuntos de élite con una válida que es casi inválida, genial. Ya me enteraré de lo ocurrido por otros medios.

—Muy bien, doctor Armstrong. Haré lo que me indica e iré a cuidar de mí misma. —Abro la puerta del coche, pero antes de bajar le dedico un último comentario—. Te llamaré, si no puedo dormir para que me aburras.

Me marchó satisfecha, al notar que casi sonrío. Todavía queda algo de humor en ese cuerpo pecaminoso.

5 YADRA VS. ARMSTRONG

A la mañana siguiente no me queda otra que echarme dos capas de anti ojerías. Para compensar, mi cabello negro está de lo más brillante. Me pongo un jersey blanco de cuello alto más ajustado de lo que suelo llevar. Me pregunto si Evans se imaginaba mis curvas antes de verlas anoche o si le tomé por sorpresa.

Al salir de mi dormitorio, me topo con un mendigo que ha pasado la noche bajo el resguardo que ofrecen mis escaleras. Extiende la mano hacia mí para pedirme algo de dinero y le entrego unas cuantas monedas, consciente de que algún día puedo verme en su situación.

Se trata de un dámaro inválido, que al no tener un poder que ofrecer como servicio, tampoco percibe un salario. La costumbre dámara prohíbe que los inválidos trabajen de cualquier otra cosa. Toda retribución que reciba un dámaro por sus servicios va directamente al gobierno central de las cuatro Dámaras; y este lo reparte a su discreción en forma de pagas fijas. Estas pagas son desorbitadas para los élites, muy buenas para los sanadores, míseras para los válidos e inexistentes para los inválidos. Ridículo ¿verdad? La humanidad es capaz de inventar las normas sociales más absurdas. También los humanos las han tenido. A las mujeres no se les permitió estudiar y trabajar en ciertos puestos durante siglos. Después de que se aboliera la esclavitud, la gente de color no podía afiliarse a sindicatos para hacer algo tan normal como ser fontanero. No obstante, esas estúpidas costumbres humanas han ido desapareciendo con el progreso de la sociedad, mientras que los dámaros continuamos más estáticos que un retrato medieval.

Cas me espera en la entrada de la escuela y parece agitada.

—No hay clase a primera hora —me informa y me detengo en seco.

—No fastidies, me podía haber quedado durmiendo —protesto. Estoy de mal humor por la falta de sueño y esa noticia termina de irritarme.

Ella entrelaza su brazo con el mío y tira de mí hacia el edificio. Es de las pocas personas que me tocan. Los demás se van apartando a nuestro paso como si fueran el mar rojo y yo Moisés. Es algo que ya no noto, pero esta mañana vuelvo a fijarme.

—La reina Yadra ha convocado al Parlamento —me informa—. Tenemos que ir al salón de actos para ver la retransmisión.

Suelto un bufido largo. Lo último que quiero es asistir a un Parlamento. Son tremendamente aburridos y me quedará dormida. Doy un giro de ciento ochenta grados.

—Me voy a dormir.

Cas me suelta, pero no me lo pone fácil.

—Es obligatorio, Tori.

Me detengo fastidiada, no me queda otra que ir con Cas. Cuando la reina Yadra o algún miembro del Parlamento declara la asistencia obligatoria, todos tenemos que presenciarlo. Tenía que haber adivinado que se celebraría uno después del ataque de ayer.

El salón de actos ya está abarrotado cuando entramos y tomamos asiento. Veo que Evans está sentado en la primera fila del palco y tiene los brazos apoyados sobre la barandilla. Noteacerquesaél está sentado a su lado.

Doy un par de toques con mi dedo en la espalda del muchacho que tengo en diagonal. Cuando se da la vuelta y ve que se trata de mí, me mira horrorizado con el hecho de que lo haya tocado, aun llevando mis guantes puestos. Le dedico mi sonrisa más seductora. Si no fuera por mi poder estaría babeando por mi culo.

—Dame el número de Evans —solicito, sabiendo que son amigos.

—Ni lo sueñes. —Arruga la nariz, fingiendo que yo soy lo más repugnante que se ha encontrado en su vida. Sonríe y me saco un guante.

El chico se levanta de un salto de su asiento, pegándose al pupitre de delante todo lo posible. No tengo que añadir nada más para que saque el teléfono del bolsillo y, después de buscar en su agenda, empiece a cantar números como un canario.

—Gracias —le respondo con una sonrisa de inocencia, nadie pensaría que acabo de amenazarlo.

Cas se ha encargado de apuntarlo por mí, pero ahora tiene una ceja levantada.

—¿Para qué lo quieres? —Está muerta de la curiosidad.

—Para enviarle un mensaje... —respondo como si fuera lo más normal del mundo y copio los dígitos de su pantalla. Le pongo el nombre de Narciso, en lugar de Evans y le envío el enlace del artículo sobre la violación que perpetró Tim Lewis.

Lo veo sacar su teléfono y leer antes de levantar la vista y buscarme entre el público. Cuando me encuentra, niega con la cabeza de forma casi imperceptible.

—¿De qué habláis? —Me pregunta Cas con voz chillona.

—Le he preguntado si quiere echar un polvo más tarde —respondo, más para los idiotas que están fisgoneando a nuestro lado. Me encojo de un hombro—. Se ve que no.

Cas se ríe, pero está confusa.

—Vale, no me digas a qué viene eso —susurra más bajo—, pero pregúntale quién es el rubio.

—Ah, ese es Noteacerquesaél —pronuncio de carrerilla. Aunque está acostumbrada a mis ironías, no entiende esa referencia—. No te molestes, no va a darnos información sobre él.

La sala se sume en un silencio repentino cuando la pantalla se enciende y aparece Yadra en el interior del Parlamento. La niña sube por las escaleras con parsimonia y se deja caer en la silla presidencial. La cual está en su tope de alto para que alguien de la estatura de Yadra no quede oculta por el atril.

No es que Yadra sea una niña. Tiene más siglos de los que consigo recordar, pero tiene el aspecto de una niña de diez. Al igual que yo, vive con su propia maldición, la de no envejecer en su caso, y todos sabemos que la odia.

Tiene el pelo de un castaño claro precioso y lo lleva por el culo de largo. Sus ojos azules son grandes y bonitos, y sus labios los de una muñeca. Hubiera sido una mujer guapísima de haber envejecido. Pero no, tendrá siempre el aspecto de una niña, y verá como todos envejecen y mueren.

—Buenos días —dice con su voz angelical. Es en sus ojos donde no queda ni pizca de inocencia—. No me voy a alargar. Sabéis que estoy aquí por lo que ocurrió ayer, y que murieron dos estudiantesdámaros por culpa de ese ataque inesperado. Aún no entendemos cómo ha podido ocurrir algo semejante, pero lo que sí puedo aseguraros es que vamos a investigar este asunto a fondo y se castigará a los responsables.

Un murmullo de protestas recorre una sección concreta del Parlamento en respuesta. La reina acaba de insinuar que lo ocurrido ha sido negligencia de alguien y a los Armstrong no les ha

gustado.

—¿Yadra? —reprocha una voz al otro lado de la sala. La cámara se mueve y vemos que se trata de Cecily Armstrong, la madre de Evans. Tiene el poder de congelar el tiempo, y es, por lo tanto, una de las élites más poderosas de las cuatro Dámaras. Además de miembro del Parlamento, es la Hersir, la jefa de defensa y seguridad, por lo que es natural que se haya tomado el comentario de Yadra como una ofensa personal.

A la niña no parece gustarle nada la interrupción, pero aguarda pacientemente a que la Hersir prosiga.

—El protocolo de seguridad se siguió con total precisión y eficiencia —se defiende Cecily—. ¿Puedes molestarte en leer el informe en lugar de acusar a nadie de negligencia e iniciar rumores?

—Ayer entraron tres despojados en Dámara y llegaron hasta la escuela. Es evidente que el protocolo de seguridad está fallando. No necesito leer un informe para deducir eso —replica Yadra, mirando al resto de asistentes. Después se gira hacia la madre de Evans con una sonrisa ladina—. Entiendo por qué no quieres hacer caso de rumores, Cecily, teniendo en cuenta todos los que circulan sobre tu familia.

Un murmullo recorre la sala y Cecily trata de sonreír con templanza. La calumnia de Yadra puede referirse a que Karen es inválida, a que Evans se largó de Dámara Not por disputas en su casa o... incluso, se murmura que el padre de Evans se está radicalizando. Una fama que se asentó con el artículo que salió hace unos meses, destapando la crueldad con la que Parker trataba a sus propios padres, ambos inválidos, cuando todavía tenía relación con ellos. En la actualidad, la pareja de tercera edad subsiste con la ayuda de unos parientes por parte de la madre, porque, según aseguraba el periodista, Parker no les pasa ni un duro. ¡A sus propios padres!

—¿Por qué no hablamos del rumor sobre Yadra y Víctor Dobrev? —susurra Cas a mi lado.

Pongo una mueca de disgusto.

Yadra ha debido tener una vida muy solitaria, pero hace un tiempo que no se separa de Víctor Dobrev, e incluso ha logrado meterlo en el Parlamento. No es extraño que Yadra tenga a su propio séquito de confianza a su alrededor. Por lo que no estoy segura de cómo se iniciaron los rumores sobre ellos, pero se remontan al tiempo en el que Dobrev se separó de su mujer. Ella y su hijo, Kyle Dobrev, desaparecieron de Dámara Not.

Aparto esa idea de mi cabeza, porque me revuelve el estómago y me doy cuenta de lo hipócrita que me hace eso. Yo mejor que nadie debería entender lo que es tener una habilidad que te impide compartir tu vida con otra persona. Yo, menos que nadie, debería juzgarles.

Parker Armstrong, el padre de Evans, no se encuentra presente, por lo que no es capaz de defenderse a sí mismo de las acusaciones de la reina. No obstante, me viene un recuerdo a la cabeza de cuando tenía ocho años y estaba cenando en casa de los Armstrong.

Cecily hizo un comentario sobre la posible invalidez de Evans relacionado con el hecho de que sus abuelos paternos también eran inválidos. Tras esas palabras, su expresión cambió totalmente y se quedó extrañamente callada. La sutileza del momento se le hubiera escapado a mi mente infantil, de no ser porque se me cayó la servilleta y, al agacharme a por ella, vi que Parker le estaba clavando un tenedor a su mujer en la pierna.

Nunca he sido una gran fan de Parker. Cuando era amiga de su hijo, me miraba como a un perro sarnoso, y con el tiempo fui siendo cada vez más consciente de los comentarios elitistas que soltaba, del prejuicio que llenaba sus palabras, y, en ocasiones, hasta podía detectar

verdadero odio por los inválidos. No sé si fue el hecho de ir madurando lo que me fue abriendo los ojos o que Parker iba a peor con el paso de los años, pero el caso es que se ha ganado esos rumores sobre su cordura con comparencias en el Parlamento que rozan lo discriminatorio. Y para que los dámaros crean que eres radical, tienes que ser muy pero que muy retrógrado.

Por esa razón, Yadra y Parker son los polos opuestos del Parlamento. La tensión entre ellos no ha hecho más que crecer con el tiempo. Tal vez, ahora que ha ocurrido algo grave, ese antagonismo que se ha estado cociendo a fuego lento, explote de una vez.

6 QUE NO DECAIGA LA FIESTA

Me gusta tumbarme de espaldas en la cama y poner las piernas para arriba en la pared. Desde que empecé la pubertad y se me ensancharon las caderas, mis piernas no han vuelto a ser las mismas. Tiendo a retener líquidos y las noto pesadas. Esta posición, además de proporcionarme un gran alivio, me da cierta paz mental, porque parece que todo el estrés del día se me escurre por el pelo hasta salir de mi cuerpo.

Cas está a mi lado, a más de dos palmos de mí, en la misma posición que yo.

—¿Vas en serio? —me pregunta. Lo único bueno de quedarnos en la escuela es que podemos pasar la tarde charlando en mi habitación hasta la hora de la cena. Cas se lleva fatal con su compañera de dormitorio y yo... bueno, yo lo tengo para mí sola.

—Si consigo dinero online con otra identidad, mis padres no tendrán que mantenerme para siempre —respondo, fijándome en una mancha de mi techo que parece un barco de vela. Otros días, veo una mariposa deforme.

Estamos hablando del canal de youtube que he empezado de forma anónima, donde explico detalles de la vida dámara. Es una de mis tácticas para evitar ser una carga para mis padres durante toda mi vida. No pienso confesarle que tengo otras ideas de cómo servir al mundo con mi peculiar habilidad. Con lo ocurrido con Evans, tendré que dejarlo durante un tiempo. Además, sus palabras me han hecho dudar y quiero ver cómo evolucionan mis víctimas anteriores, si dejan de agredir o les da por violar a otros hombres, antes de seguir con mi misión. Mi intención es limpiar el mundo, no desplazar el problema. Me encantaría que funcionara y saber que mi poder sirve de algo. Todo dámara vive del servicio que presta a los humanos con su poder particular, y ese es nuestro honor más grande, nuestra razón de ser. O eso es lo que nos han enseñado. No tener nada que ofrecer me llena de impotencia y vergüenza.

—Que fuerte lo que ha dicho Yadra de los Armstrong —comenta Cas, interrumpiendo mis pensamientos.

«Razón no le falta» pienso. Desde la sesión de Parlamento de esa mañana, me han ido viniendo más recuerdos sobre sucesos con Parker que normalicé en su momento, pero que, en realidad, son algo perturbadores.

—Yadra odia a los Armstrong.

—¿Por qué?

—Porque a ella le gustaría modernizar la sociedad Dámara y ellos no se lo permiten. —Hay tres Armstrong en el Parlamento y, aunque Yadra controle el voto de Víctor Dobrev, sigue estando en desventaja numérica. Lo que quiere decir que sus propuestas de ley o enmiendas casi siempre son rechazadas, y eso lleva años frustrando a la reina.

Cas agita los dedos de sus pies, pensativa.

—Es que algunas de sus ideas... —Suelta un bufido—. Como lo de que los humanos nos paguen los mismos precios que se pagan en Dámara.

Levanto la cabeza del colchón, apoyándome en mis codos para poder mirarla mejor.

—¿Crees que es una mala idea?

—Mis padres dicen que es una deshonra. Que existimos para servir a los humanos.

—¿Es una deshonra cobrar dignamente por hacer nuestro trabajo? —la corrijo, marcando la palabra trabajo—. Que te paguen lo suficiente para comer y recargar pilas... eso es una deshonra. ¿A qué te recuerda?

Mi amiga arruga la nariz confusa.

—¿Esclavitud? —Propongo al fin, y la veo sopesar nuestra situación con nuevos ojos—. Además, si los humanos nos pagaran directamente a nosotros, sin dárselo todo al gobierno central, tendríamos independencia y libertad para ir y venir o decidir qué queremos hacer. Qué trabajos tomar y cuáles no. Pero si te dan lo suficiente solo para mantenerte vivo estás sometido a tu cliente.

—Pero yo no querría hacer otra cosa que ayudar al que lo necesite —duda ella reacia a una idea tan nueva. Nos han taladrado en la cabeza que servir es lo mejor que hay en nuestras vidas. El propósito de nuestra existencia. Pero somos humanos también, tenemos los mismos sentimientos que ellos.

Suspiro y dejo caer mi cabeza de nuevo en el colchón.

Yadra es más vieja que ningún otro Dámara, pero es la más moderna. La mayoría de gente en Dámara no está preparada para cambios tan revolucionarios.

—¿Entonces el padre de Evans...?

El teléfono de Cas interrumpe nuestra conversación y se sienta.

—Auch, no siento las piernas —se queja. Alcanza el aparato y lee el mensaje que acaba de llegarle.

—Hay una fiesta esta noche en el gimnasio de la escuela.

—¿Funeraria? —pregunto, aunque no me sorprende. Los dámaros estamos acostumbrados a vivir con la muerte. Es algo muy normalizado. ¿Por qué perder tiempo de tu preciosa vida por dos compañeros abatidos cuando puedes ser tú al día siguiente el que la palme?

—Vamos a echar un vistazo —propone Cas.

—Échalo tú y luego me lo enseñas. —Prefiero ver a gente sociabilizar a través de la pantalla que hacerlo yo misma en piel y hueso.

—Hablando de eso, tengo algo que mostrarte —me informa con cierta culpabilidad—. No sabía si hacerlo o no porque... bueno, no quiero incitar algo que luego te haga sufrir.

—¿De qué hablas, Cas?

—He visto a Evans y a Diana discutiendo —confiensa, sin poder contenerse más. Diana es nuestra profesora del dialecto de Damara Ot. Se supone que Evans estaba liado con ella antes de marcharse, según los rumores.

—Seguro que ha sido una discusión profesora alumno —sonríe maliciosa—. ¿Le estaba echando la bronca por haberse ido un año, descuidando su asignatura?

Cas hace una mueca.

—Si por asignatura te refieres a él, dándole duro contra el muro... sí estoy segura de que eso era exactamente sobre lo que discutían.

No quiero hacerlo, pero no puedo resistirme.

—Bueno, enséñame lo que has visto —pido, señalando su móvil. Ahora que sabemos que puede reproducir escenas en aparatos electrónicos, no pienso perdérmelo.

Cas toma el aparato entre sus manos y se concentra. Esta vez ni siquiera le hace falta tocar la chapa de dentro y le felicito por su progreso. Trato de no parecer demasiado ansiosa, pero mis ojos se ensanchan cuando aparece la pareja en la pantalla. Presenciar una pelea entre Evans y

Diana está tan mal, que tiene que estar bien. La escena comienza a reproducirse en su teléfono más nítida que la última vez.

—Ves como estás mejorando... —la animo—Te amo, Cas y tu habilidad para alimentarme de cotilleos. ¡Podría darte un morreo!

Cas se ríe.

—Y lo irónico de tu habilidad es que no quiero que me des un beso, pero si lo hicieras, tal vez no querría que pararas.

Sí, decimos muchas tonterías cuando estamos aburridas y nadie nos escucha. Es un don.

Cas activa el video. El problema es que el volumen está muy bajo, ya que ella no alcanzaba a escuchar la conversación correctamente desde donde estaba.

—Súbelo —insisto con vehemencia.

—Te vas un año, me pides que te espere... —logramos distinguir lo que dice Diana.

—Yo no te pedí que me esperaras —la interrumpe Evans con calma. Tiene el culo apoyado sobre el pupitre que hay frente a la mesa de la profesora y los brazos cruzados. La camiseta se ciñe en sus tríceps y en sus pectorales, y me odio a mi misma por fijarme en eso.

—Tampoco me dijiste que habíamos terminado.

Evans suspira y se acaricia la barba.

—Lo siento si te hace daño, Diana, pero se ha acabado.

Cas chilla, suelta el teléfono sobre la cama y se pone a hacer un baile de rodillas un tanto desagradable de presenciar. Es como una lombriz buscando el sol. Un segundo después se para y me mira indignada.

—¡Pero no ves que es por ti! —me espeta, decepcionada con mi falta de entusiasmo. Entorno los ojos y después opto por ofrecerle una mano enguantada.

—Hola, soy Tori Baker, la *gay maker*, encantada de conocerte.

Cas le da un manotazo despectivo a mi mano.

—Aunque no podáis tocaros... creo que él te ama.

Me rio de ella, no puedo hacer otra cosa.

Se pone de pie entonces, invadida por una vitalidad que no comparto.

—¿Qué te vas a poner para la fiesta? —Su cabeza parece ir muy rápido de pronto.

—El traje de buceo.

Chasquea la lengua irritada, pero también divertida.

—Lo digo en serio.

—No voy a ir —aclaro, aunque me parece obvio. Cas abre la boca indignada.

—¡Pues claro que vamos a ir!

—Tengo planes esta noche —digo, entre dientes.

—Ver videos en Youtube de la historia de amor completa entre Jess y Rori no son planes, amiga mía.

—¿Y de la historia de amor completa entre Clair y Dan? —pruebo y Cas niega con la cabeza.

En realidad, mis planes son bastante más importantes que Youtube, porque tenía pensado salir y echarle un ojo Tim Lewis. Ver en que anda metido y si tiene el ojo echado a alguna otra víctima a la que yo pueda advertir.

—¡Ajá! —Exclama Cas, mirando la pantalla de su teléfono—. Drake dice que Evans le ha pedido que nos invite. ¿Lo ves? Lo del paraguas, lo de Diana y ¡ahora esto!

Noto un cosquilleo en el estómago que está totalmente fuera de lugar. La única razón por la que Evans me quiere en la fiesta es para evitar que salga a cazar. Maldito sea, por mucho que lo

sepa ahora me noto inquieta y la opción de quedarme en mi dormitorio ha perdido atractivo.

¿Quién le da el derecho de jugar con mi cabeza? Sobre todo, sabiendo que no puede haber nada entre nosotros.

Intento pensar en formas de vengarme de Evans y entonces se me ocurre algo.

—¿Crees que Noteacerquesael estará allí? —le pregunto a Cas, ignorando su perorata.

—Espero que sí —dice ilusionada—. ¿Entonces...?

Sonrío misteriosa.

—Entonces voy a acercarme todo lo posible.

7 NO TE ACERQUES A ÉL

Espero a Cas en la puerta del gimnasio, que es donde se organiza la fiesta. Se escucha el rítmico *beat* de la música a través de las paredes y no para de llegar gente.

A Cas le choca mi atuendo. Es un bodi negro, con escote en palabra de honor, y deja el resto a la vista, pero con la piel cubierta por una gasa semitransparente. Lo he combinado con unos pantalones de cuero granate y unas botas de punta fina y tacón.

—Guau, ¿y ese modelito?

Me encojo de hombros, al fin y al cabo, vamos a una fiesta.

—Me lo regaló Ellie —explico, refiriéndome a la novia de mi madre. Recoloco mis guantes y río al recordar sus palabras exactas—. Dice que estoy demasiado buena para ir siempre tan tapada. Aunque no pensé que fuera a tener ocasión de ponérmelo.

En realidad, es una mentira, porque usé ese bodi la primera vez que salí a cazar.

—Vas a hacer que esos capullos se arrepientan de haberte tratado mal jamás en sus míseras vidas.

Sonrío, aunque sé que no es cierto.

Nada más cruzar las puertas dobles del gimnasio, hago una visual del lugar. Han colocado a un DJ, justo en el centro, y dos mesas en los laterales con bebidas. No puedo creerme que la escuela permita esto, pero quizá prefieran darnos el gusto que arriesgarse a que escapemos del campus, muertos de aburrimiento, y acabemos muertos de verdad.

Las colchonetas están apiladas a nuestra izquierda y Evans tiene el trasero apoyado en estas con una chica delgada y alta entre las piernas. Tiene un precioso cabello castaño largo y lacio que le cae por la espalda hasta la cintura y Evans se lo está despeinando mientras la besa como si fueran a procrear dármaros perfectos, allí mismo.

Cas también lo ha visto y parece dolido. Reprimo una sonrisa.

—Tranquila, seguro que está pensando en mí —la consuelo. Pasa de decepcionada a resignada en un segundo. Lo superará.

—Vamos a beber algo —me sugiere, con un movimiento de cabeza hacia la mesa más cercana.

Como es de esperar, las decenas de cuerpos que están intentando llegar hasta las botellas se apartan al reconocermelo. Es gracioso, hace años me hubiera dolido, ahora sonrío y me abro paso entre ellos para colarme y alcanzar los vasos de plástico.

Get out of my way bitches!

No tengo mucha experiencia en estas cosas, pero en la boda de mi primo Henry alguien me pasó un ron con Coca-cola, por lo que me decanto por la botella de Cacique que está a mi derecha.

—No irás a beberte eso, ¿verdad?

Tardo un instante en levantar la cabeza hacia la voz, simplemente porque no estoy acostumbrada a que se dirijan a mí. Al menos, cuando estoy en la escuela. Un rostro bonito me observa con cierta diversión.

—Obviamente no, voy a rociarme con él y a quemarme a lo bonzo.

El chico se ríe, pero su expresión denota que piensa que mi respuesta es rara y que estoy loca.

—Veo que no tienes ni idea de lo que estás haciendo —continúa y alarga el brazo para coger otra botella—. Elegir Cacique cuando tienes Brugal Añejo justo al lado... eres una aficionada. Sacude la cabeza, mostrándose decepcionado.

Es humano. Por eso no sabe quién soy. Por eso habla conmigo.

A los humanos más salvajes les encanta venir a fiestas dármaras porque cuando nos emborrachamos nos pasamos un poco por el forro la norma de no usar los poderes a la ligera y, a veces, las cosas se descontrolan.

Asiento, imitando a los gánsteres de las películas de mafia, y dejo la botella de Cacique donde estaba para quitarle la otra de la mano.

—Bonitos guantes —aprecia divertido, y noto una punzada de tristeza. Está tonteando y a mí... a mí me gustan sus labios. Aunque fuera por un segundo, querría experimentar la anticipación de pensar que al final de la noche voy a probarlos y que va a recostarse en las colchonetas conmigo entre sus piernas.

Eso no va a ocurrir.

Por eso no salgo de fiesta, porque solo me hace odiar mi vida aún más. Ver todo lo que me estoy perdiendo y plantearme la existencia solitaria que me espera.

Cas le echa una mirada emocionada al humano que no despega sus ojos de mí y con su vaso en la mano anuncia que va a saludar a su hermano.

Le advierto que no lo haga con la mirada, pero me ignora. Sabe igual que yo, que él y yo no vamos a ninguna parte. De hecho, mi obligación es decirle en ese mismo momento qué soy, para que pueda alejarse de mí a algún lugar más seguro. Pero al ver la sonrisa que asoma sus ojos por el hecho de que mi amiga nos dé intimidad, no puedo hacerlo.

Nos apartamos de la mesa para acercarnos a la torre del DJ.

—Soy Robert —se presenta.

Tardo unos segundos en contestar, debatiendo conmigo misma.

—Tori.

—Tori, la de los guantes.

—Siempre tengo las manos frías —miento. Tal vez le parezca extraño que lleve guantes de latex, que no quitan el frío, y que sean de color granate como mis pantalones. Debe deducir que tiene algo que ver con mi habilidad Dámara, pero no parece preocupado. Aún.

Robert sonríe dulcemente y mi corazón vuelve a encogerse de tristeza. Una fantasía en la que somos novios y me calienta las manos me pasa como un flash por la mente. Lo sé, soy patética.

—Yo siempre las tengo calientes —dice antes de dar un trago a su copa sin apartar la vista de mí con una sonrisa cargada de promesas emocionantes.

Me quedo prendada de sus ojos, y cuando me doy cuenta de que lo he estado mirando embobada, paseo la mirada por el público.

Sin previo aviso, me coge de la cintura y me sube a la mesa del DJ para sentarme sobre esta.

—Ahí ves mejor, ¿no? —razona, guiñándome un ojo.

El DJ me sorprende pinchando Hit'Em Up de Tupac.

I ain't got no motherfuckin friends, empieza la canción que conozco como si la hubiera escrito yo. Me hace recordar viejos tiempos.

A través de la pista de baile, veo pasar a Evans. Se mueve entre las decenas de cuerpos, que danzan y charlan, hacia la mesa de bebidas y la chica del pelo brillante va tras él, cogida de su

mano.

Me pregunto si escuchar ese tema también le trae recuerdos.

Debe sentir mi mirada, porque gira el rostro y sus ojos me encuentran. Después de años de hacer como que no existimos el uno para el otro, me sorprende que levante una mano hacia mí con el dedo medio y anular cruzados, al estilo del rapero. El gesto y la mirada solo duran un segundo, pero es suficiente para hacerme sonreír.

—¿Es tu novio? —me pregunta Robert, pendiente del intercambio. Niego con la cabeza.

—Un amigo de la infancia... solíamos escuchar este tema una y otra vez—le explico. Recibo recuerdos nítidos de los dos rapeando encima de su cama.

Recito la canción en voz alta y Robert me contempla incrédulo y divertido al ver que realmente me la sé. Después de decir que no tiene amigos, Tupac se explaya mandado a tomar por culo a básicamente todo el mundo. A Evans y a mí nos servía de desahogo cuando ambos éramos los apestados de la escuela.

Era muy feliz entonces, porque tener a Evans a mi lado, comprendiendo en parte como me sentía, cambiaba las cosas por completo. No era una chica solitaria, sino que éramos un club de perdedores. Hasta que me quedé sola en el club.

—¿Quieres otra copa? —ofrece Robert, dejando la suya casi terminada a mi lado en la superficie donde estoy sentada. Asiento y él se aleja hacia la mesa de bebidas.

Cas ha debido de estar observándonos, porque aparece unos segundos después.

—Madre mía —chilla entusiasmada—. Menudo bombón... ¿te gusta?

Sonrío, pero la triste realidad vuelve a golpearme.

—¿Crees que estar con él un rato más me hace mala persona? —dudo cabizbaja.

—Claro que no—refuta Cas por encima de la música, dándome un apretón en la mano—. Alárgalo todo lo que puedas, relájate y disfruta del tonto.

Hace el ademán de irse, pero le sujeto la muñeca.

—Quédate, no voy a dejarte sola más tiempo.

—No te preocupes, estoy con Drake y sus amigos élitos —me tranquiliza—. Está siendo interesante escuchar las tonterías que pueden llegar a soltar.

Cas ve a Robert y se apresura en alejarse, lanzándome un beso en el aire.

Vuelvo la cara hacia él, que está a diez pasos de mí. En cuanto distingo la expresión de su rostro, sé que algo va mal. Está muy serio y me aparta la mirada justo antes de perderse entre la multitud en la dirección opuesta.

Me duele como hacía tiempo no dolía. Aunque lleve toda la noche preparándome para ese momento, me hace daño su rechazo. Hubiera preferido explicárselo yo misma a verlo huir de mí como si fuera una leprosa.

Miro hacia la mesa de bebidas, preguntándome cuál de esos imbéciles se lo ha dicho, y me encuentro con los ojos de Evans. Alza su botella de cerveza hacia mí, celebrando su victoria.

Aprieto los dientes, resignada. Evans cree que me he vuelto loca y que planeo convertir en gay a todos los humanos, y él va a impedirlo como el gran héroe que es.

¡Que le jodan!

Rebusco entre la gente, recordando a qué he venido. ¿Dónde estará Noteacerquesael?

Al no divisarlo, me bajo de un salto de la barra del DJ donde me había sentado Robert. Hay gente fuera en el jardín, así que decido dar una vuelta a ver si puedo encontrarlo por allí.

La noche es agradable y cálida, al menos para mí que siempre he sido muy calurosa. Quizá por el hecho de que tengo que ir más tapada que una monja.

Hay un grupo sentado en el borde de la piscina con las piernas dentro. Una de las chicas levanta pequeñas partículas de agua por los aires delante de un grupo de humanos admirados. Ese uso indiscriminado de poderes era de esperar después de horas de consumo de alcohol. Si alguien sale herido, un humano me refiero, habrá represalias para todos. Pero por el momento, charlan animadamente y apenas se percatan de mi presencia.

Camino por el césped preguntándome quién será el nuevo amigo de Evans. No le he visto nunca en nuestra escuela, aunque somos muchos, una cara así no se nos hubiera escapado ni a Cas ni a mí. Además, he notado que todo el mundo lo mira, y no solo porque está con Evans, sino porque nadie sabe quién es. Y porque es muy guapo, claro.

Metida en mis pensamientos, casi piso a una pareja que está tirada en el césped liándose apasionadamente. Están tan absortos el uno en el otro que no se dan cuenta de que tienen público, pero el pelo oscuro que la chica agarra con tanto ardor no tiene nada que ver con el rubio platino que busco.

Doy la vuelta a la piscina y cuando estoy casi segura de que él no está allí veo un destello de piel pálida refulgir en el césped, que no han debido cortar en un tiempo. Su cuerpo serpentea sensual entre la hierba y por eso estoy segura de que está acompañado. Al agudizar la vista, me doy cuenta de que no. Me acerco a él, despacio, extrañada por su comportamiento. Me detengo a dos metros cautelosos, ¿quién sabe qué le ocurre o de qué es capaz? Estoy casi segura de que ha incinerado a los despojados que Evans lanzó por los aires.

Tiene una expresión de placer en el rostro, mientras se frota el delgado torso desnudo con sus propias manos.

—¿Estás drogado? —pregunto, riéndome al entender lo que ocurre. Él no abre los ojos, ni me mira.

—Claro, ¿tú no? —Me sorprende con un acento glinean denso y urbano. Es humano, entiendo anonadada. ¿Por qué ha traído Evans un humano a la escuela? Ha debido conocerle durante su año fuera. Ha debido estar viviendo en Glinen, una isla húmeda y fría al suroeste de Brunem. Los glineans son conocidos por sus cielos lluviosos, su buena música y un acento encantador.

Me dejo caer sobre el césped, a su lado, y apoyo los antebrazos en mis rodillas. Él acaricia la hierba con una sonrisa extasiada.

—No —respondo divertida. Lo normal es no estar drogado, aunque su forma de decirlo indique lo contrario—. ¿Qué has tomado?

—Éxtasis. —Esta vez gira la cara hacia mí y abre los ojos. Sus ojos son la definición visual de la belleza, y hay algo en ellos que provoca escalofríos.

—¿Qué se siente?

Se ríe, una risa un tanto embriagada y patética. Nunca me han atraído las drogas porque creo que sacan lo más bajo del ser humano y nos despojan de nuestra dignidad. Pero, aun así, le pregunto porque quiero escuchar más de ese acento y para vengarme de Evans, claro.

Noteacerquesael se da la vuelta para apoyarse sobre sus codos y me apunta con sus ojos azules. Su pelo es casi blanco bajo el reflejo de la luna y su flequillo está imposiblemente levantado. Me pregunto cuanta laca tendrá que usar para mantenerlo ahí.

—Es como el momento justo antes de echar un polvo, cuando estás tan cachondo y lleno de ganas que te sientes más vivo que nunca ¿Sabes lo que digo?

Niego con la cabeza y miro hacia la piscina. Tuerce el gesto extrañado, hay algo inhumano en su expresión, porque me recuerda más a un gato curioso.

—¿Por qué no? ¿Es que nunca has hechado un polvo? —Pone cara de sorpresa. No digo

nada, mientras él me examina y entonces parece darse cuenta de algo—. Tori Baker, la *gay maker* —sonríe fascinado por conocerme en lugar de repugnado. Me analiza con atención y entendimiento, como si, de pronto, algo en su cabeza tuviera sentido.

—Evans te ha hablado de mí —comprendo, un tanto avergonzada.

Sus labios se curvan en una sonrisa ladeada. Su acento es un manto exótico que completa su peculiar persona.

—No, yo le he hablado a Evans de ti —dice y se ríe de mi expresión desconcertada.

Para alguien que está drogado, se mueve con una rapidez pasmosa al sentarse a mi lado, imitando mi postura. Hay algo salvaje en él. Me recuerda a los niños que te observan e imitan porque aún están aprendiendo a comportarse en sociedad.

Espero a qué explique su extraña afirmación, pero guarda silencio.

—¿Qué quieres decir con que tú le hablaste a Evans de mí? —curioso, al ver que no va a añadir nada.

—Quiero decir exactamente eso.

Frunzo el ceño, frustrada por sus frases enigmáticas.

—Pero si no me conocías hasta ahora, y obviamente eres de Glinen. Que yo sepa, nunca he estado allí...

—No me hace falta conocerte para hablarle de ti, *gay maker*.

—Ese no es mi nombre.

—Cariño, sí que lo es —se carcajea de mí. Sus dos paletas dentales son más grandes que el resto de sus dientes, pero tan blancos que no puedo creerlo cuando se enciende un cigarro—. No soy de Glinen, soy tan de Dámara, como tú.

Su acento extranjero al decirlo hace que su afirmación parezca una burla. Se ríe al darse cuenta de eso mismo.

—Nací aquí, pero me mandaron lejos hace tiempo.

Ahora sí que estoy confusa.

—Eres dámaro... ¿pero te mandaron a Glinen a vivir con humanos? —recapitulo. Nunca había conocido a un exiliado. Aunque he escuchado hablar de ellos.

Él asiente y le da una calada a su cigarro. Nunca me he sentido especialmente atraída por la gente que tira por la borda su salud por hacer gilipolleces como fumar, pero debo admitir que sus pómulos y sus labios embellecen al dar esa calada. Sus gestos relajados y confiados atraen la vista como un imán potente.

—Nadie me quería cerca.

Me quedo callada un momento, intentando adivinar por su rostro risueño si habla en serio.

—¿Y tus padres?

—Especialmente mis padres, cuando me cargué su matrimonio.

Algo se mueve en mi interior al saber que él ha pasado por lo mismo que yo.

—¿Eres un inválido? —Voy al grano, poniéndome seria. Muchos matrimonios Dámaros se separan al tener un hijo inválido, devastados por la presión y la deshonra. Para una familia dámaro, tener un hijo inválido, sin poder alguno, es una gran desgracia, pero nadie nunca es tan cruel como para deshacerse de su propio hijo. O al menos eso creía yo.

Noteacerquesael observa a un chico que pasa por nuestro lado con más interés del que le pone a nuestra conversación profunda. ¿De verdad es tan indiferente a la crueldad de los suyos? Cuando el chico ya no está a la vista, vuelve a mirarme.

—Y tú... ¿cómo de virgen eres? —salta de la nada. Se inclina hacia mí con la barbilla hacia

abajo y sus preciosos ojos azules alzados para mirarme—. ¿Ni un beso?

Niego con la cabeza y se me acelera el corazón por lo cerca que está de mí. Debería alejarme de él, ya que no parece estar muy bien de la cabeza ni ser consciente del peligro que corre. Además, está drogado. Mañana cuando se le pase el efecto va a odiarme por hablarle siquiera.

Noteacerquesael chasquea la lengua dos veces, mostrando reprobación por mi inocencia sexual.

—Eso está muy mal, *gay maker*—dice y lo siguiente que noto son sus labios calientes sobre los míos.

Me quedo tan aturdida que no me muevo siquiera. Él se separa de mí y pone una expresión de hastío, como si tuviera que enseñar a alguien muy torpe.

—Abre la boca, cariño.

Sin darme oportunidad a reaccionar, vuelve a la carga. Frota sus labios, con sabor a whisky y a tabaco, contra los míos y en cuanto nota un mínimo espacio su lengua se abre paso al interior de mi boca. Me besa con determinación y yo estoy completamente confusa.

Antes de que consiga reaccionar o poner mis ideas en orden, él se separa de mí y esboza una sonrisa amplia.

—Soy Electric Blue —se presenta, dándole otra calada a su cigarrillo como si nada hubiera ocurrido—y tú no sabes besar.

Lo contempló boquiabierto un instante, hasta que se ríe de mi expresión horrorizada.

—Tranquila, cariño. Soy el mismo que hace diez minutos, no me has cambiado.

Me alivia escucharlo, pero sigo confundida. Una idea cruza por mi mente.

—¡Eres inmune a nuestros poderes! —Me pongo de pie.

Electric Blue se carcajea, mientras se toma su tiempo en levantarse, un tanto tambaleante. Apoya los antebrazos en mis hombros y pega su frente a la mía.

—Estás imaginando a nuestros hijos, ¿verdad? —se burla y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Quieres que tengan mis ojos.

No me importaría que tuvieran su acento, pienso, aunque estoy demasiado alucinada como para imaginarme nada. Un grupo de gente ha empezado a hacer un corrillo a nuestro alrededor y nos contemplan anonadados ¡Un chico está tocando a la *gay maker*!

—No soy inmune, cariño, soy homosexual. —Lo dice alzando la cabeza hacia nuestro público, y no parece incomodarle que estén ahí, observándonos descaradamente—. Es triste que nunca te hayan besado. Así que quería ponerle remedio.

Él me guiña un ojo, ajeno a lo humillante que me resulta la escena. Me sonrojo consciente de que no para de llegar gente, atraídos por la curiosidad que incita un corrillo. Nos miran divertidos y con los ojos hambrientos de cotilleo.

Evans surge de entre varias personas. Se cruza de brazos y aprieta la mandíbula al verme de la mano con Electric Blue. Sé que cabrearlo era justo lo que me proponía, pero me recorre un escalofrío al notar su cólera. Evans Armstrong puede matarme con un movimiento de su mano.

Electric Blue sonríe, parece que le gusta tener público. Me coge por la cintura.

—¿Sabes? Creo que llevo suficiente éxtasis en el cuerpo como para... —se detiene como si acabara de tener una idea brillante—. ¿Quieres que intente follarte?

Ignoro las risas a mi derecha. Llevo años practicando que me importe un comino, pero descubro que no soy tan inmune como me gusta pensar. Estoy avergonzada. ¡Abochornada!

—¿Qué chica rechazaría esa propuesta? —le respondo con mi habitual sarcasmo. Bajo la voz para que lo siguiente solo lo escuche él—. ¿Puedes dejar de humillarme?

Electric Blue me mira con sus profundos ojos azules.

—Cariño, si visualizas tu muerte a diario, la vergüenza no tiene cabida en tu vida.

Ahora sí que me ha dejado descolocada. ¿Visualiza su muerte a diario? ¿Es una especie de terapia o es que ese es su poder? Electric Blue lo tiene peor que yo y, la verdad, no me extraña que esté un poco loco.

He debido malinterpretarle, su poder tiene que ser explotar cosas por los aires. Quizá se refiere a que piensa en su muerte de forma filosófica, tipo *Carpe Diem*, para que le importe una mierda lo que piensen los demás de él.

Mi nuevo amigo nota la presencia de Evans y sonríe maliciosamente. Vuelve a parecerme un gato.

—Quizá Armstrong pueda ayudarnos, *gay maker*—propone sin quitar sus ojos de Evans pero acariciando mi cadera—. Ambos estaremos más... "motivados" con su participación.

El murmullo cesa de inmediato y lo único que se escucha es la lejana música del interior del gimnasio y los grillos nocturnos. Nadie puede creerse que le haya soltado algo así al rey de la escuela.

Evans mantiene el rostro impassible, pero le dedica una dura mirada de advertencia al lunático que tengo al lado.

—Oh, vamos... *copycat* caliente, ninguno de los dos vamos a tocarte. —Vuelve a demostrar que no le teme a nada, ignorando el aviso silencioso de Evans—. Solo tienes que observarnos mientras follamos.

Estoy boquiabierta y patidifusa. Una cosa es ser forastero y no entender cómo funcionan las cosas en Dámara, incluso puedo entender que alguien no tenga un gramo de vergüenza en su cuerpo. Pero confesar ser gay, mientras tocas sugestivamente a la *gay maker* y le propones un trío a Evans Armstrong delante de media escuela, es pasarse dos kilómetros de la raya.

Electric Blue acaba de convertirse, intencionadamente o no, en el *trending topic* de la fiesta. Los afortunados que están ahí para presenciarlo apenas respiran, y estoy segura de que no parpadean para no perderse nada.

—¿Es eso un sí? —pregunta con ese acento pomposo y conduce mi mano a su... ¡Por todos los despojados!

No llego a tocar su paquete.

Evans hace un aspaviento y manda a Electric Blue directo a la piscina que está justo detrás de nosotros.

Me giro para comprobar que la caída no lo ha matado. Lo veo emerger del agua y auparse en el borde sonriente, apartándose el flequillo de la cara con un movimiento de cabeza. Es ridículamente bello. Cuando miro por encima de mi hombro, Evans ha desaparecido.

Diez minutos más tarde, el gentío se ha dispersado, pero la mayoría permanece en el jardín. Me divierte que nos echen miradas de soslayo sin querer perderse otra posible escena del *show* de Electric Blue.

Tampoco quiero hacerlo yo.

Sentada en el césped con las manos apoyadas detrás de mí, estudio al muchacho que tanto revuelo ha causado. Acaba de quitarse la ropa mojada, quedándose solo en boxers blancos y en su pálida piel glinean.

La enorme isla siempre está cubierta de nubes y como consecuencia casi todos sus habitantes suelen ser muy blancos, bebedores empedernidos y muy fiesteros.

—Te vendría bien tomar un poco el sol —sugiero, contemplando su delgado cuerpo. También

le vendría bien comer más. Y a mí me vendría bien dejar de juzgar el cuerpo de los demás solo porque el mío es intocable o voy a convertirme en una amargada.

Me encanta la forma en la que se estira y sonríe, le importa una mierda que lo miren, que se vean sus defectos y le admiro por eso. Hay algo muy bello en su imperfección y la forma en que la exhibe. Sabes, de inmediato, que nunca volverás a conocer a nadie como él. Ni siquiera, parecido.

—Yo soy el sol, cariño —alza los brazos a los lados con las palmas hacia arriba—. Y he venido porque os vendría bien por aquí tomar un poco de mí.

Me rio de su afirmación, hasta que diviso a Cas por encima de su hombro. Se detiene al verme sentada frente al chico nuevo, que, dicho sea de paso, está semidesnudo, y su mandíbula casi toca el suelo.

Drake también mira a Electric Blue de arriba abajo con el ceño fruncido. Probablemente porque se le transparenta un poco los calzoncillos mojados.

—Eh... ¿qué estáis haciendo? —nos interroga Cas.

—El nuevo está drogado.

—Y mojado —intercede Drake, dando un cauto paso hacia atrás, hasta ponerse junto a su hermana.

—Y mojado —concedo yo —. Ha intentado poner mi mano en su... pene.

—Polla —corrige Electric Blue, y me señala serio igual que haría una institutriz, amenazando con castigar a su estudiante por no decir palabrotas.

—...y Evans le ha lanzado a la piscina.

—¿Con telequi? —se interesa Drake y asiento.

—¡Mierda! Y nos lo hemos perdido —se lamenta Cas fastidiada.

—No deberías haberme dejado sola en una fiesta —le recrimino. Me mira demasiado dolida como para estar sobria.

—No te he dejado sola, te he dejado con un chico...y te encuentro con otro, que además está desnudo: Eres un putón.

Me río. Está definitivamente borracha.

—Esa soy yo —admito con fingido dramatismo—. La que va de cama en cama.

—Oh, estás siendo sarcástica porque sufres—dice Electric Blue, haciendo un puchero. Se abalanza sobre mí y me abraza de lado, torpemente. Un segundo después me lame la mejilla.

Cas da un grito al verle entrar en contacto con mi piel.

—Tranquila, es gay —dice Drake, sorprendiéndonos a todos. Electric Blue posa sus enormes e intensos ojos sobre él y se queda mirándolo tan fijamente que el muchacho traga saliva— ¿Verdad? —vacila preocupado con haber metido la pata.

Electric Blue no le responde, sino que sale con algo totalmente distinto.

—Tengo hambre, cariño —me informa—. Vamos a comer algo.

Noto el cosquilleo de su largo flequillo en mi frente, un tanto incómoda por el contacto. Solo mis padres me tocan y me resulta extraño y a la vez agradable que un chico de mi edad lo haga.

Intento no buscar a Evans mientras cruzamos el abarrotado gimnasio hacia la salida, pero no puedo evitar que mi mirada se pasee. Me imagino que estará en algún rincón aspirándose mutuamente con su nueva amiguita, o quizá ya se hayan ido a un lugar privado donde acabar lo empezado.

No me da envidia.

No me importa morir virgen, ni acabar la noche con un homosexual drogado que me toca por

caridad sexual.

Salimos del gimnasio y Drake nos guía hacia Dorios. Es una pizzería dentro del campus que está cerca de su dormitorio y suele abrir hasta tarde.

Drake le habla a Electric Blue de los mejores sitios para comer del campus y los alrededores. Van dos pasos por delante de nosotras y me resulta extraño verlos interactuar. Es como si pertenecieran a realidades distintas. Drake es guapo, masculino, atleta, popular y muy normal. Mientras que Electric Blue es... bueno, lo contrario a normal, aunque igual de guapo.

—¿Qué ha pasado con el humano? —susurra Cas, aprovechando que los chicos están inmiscuidos en su propia conversación. Me decepciona recordarlo.

—Evans le ha explicado lo que soy —murmuro, pero noto que Electric Blue tiene la oreja enfocada hacia nosotras. Cas suelta una risa que suena más a bufido.

—Está celoso.

—No, está preocupado con que me vuelva loca y convierta a todos los hombres.

—Eso no sería tan malo, cariño. Más para mí. —Electric me dedica una sonrisa por encima de su hombro. Drake reprime un mohín incómodo y mira para otro lado. La homosexualidad no está bien vista en Dámara, donde la reproducción y los genes lo son todo.

Llegamos a la pizzería cuando ya están recogiendo, pero el simpático dueño no nos niega nuestra necesaria cena tardía. Electric Blue, Cas y Drake discuten sobre los ingredientes, y los hermanos López se ríen de la versión glinean con la que se refiere a algunos alimentos.

Cuando nos entregan una caja de cartón con la pizza Frankenstein que hemos creado para suplir los gustos de todos, Drake nos invita a su dormitorio. Dice que Paul, su compañero y colega, sigue en la fiesta y que dormirá con Janet esta noche.

Drake nos habla de su círculo de amistades, los élitos con los poderes más impresionantes, como si fueran famosos y todo el mundo supiera de sus asuntos aun sin ser sus amigos. Lo que, me doy cuenta, es cierto. Nunca he hablado con ellos, pero sabía que Janet y Paul estaban liados.

El dormitorio de Drake no es tan cliché como esperaba. Tanto él como Paul tienen todo ordenado y limpio, y la decoración es neutra. No hay calcetines sucios por el suelo ni fotos de tías en pelotas, como dan a entender en las películas.

Cuando cruzamos la puerta, Cass me dedica una sonrisa emocionada.

—¡Tenemos amigos! —celebra bajito, solo para mis oídos.

—Yey—. Mi tono no acompaña mis palabras—. No importa que sean tu hermano y el nuevo raro.

Me dedica una mirada de fastidio que me hace reír.

Electric Blue va directo a una batería que hay en un rincón del lado de Paul y se sienta en el taburete, mientras busca las baquetas.

—Están a la derecha —le indica Drake un tanto remiso—. No irás a romper nada, ¿verdad?

El rubio sonríe ausente al encontrarlas y se pone a tocar con lo que, desde mi ignorancia, parece la destreza de un verdadero músico. Miro a Drake para corroborarlo. Este lo observa con los labios entreabiertos y una expresión de grata sorpresa.

Electric Blue toca y lanza las baquetas en el aire con maestría.

—Eres muy bueno —aprecia Drake extasiado. Eso debe ser todo un espectáculo de batería a juzgar por la emoción de su rostro.

—¿No te molesta que Paul toque aquí? —le pregunto a Drake al comprobar el estruendo que causa el instrumento.

Me dedica una mirada fugaz antes de volver su atención a Electric Blue.

—La batería es mía —aclarar, pero se dirige a su nuevo amigo, quien le devuelve una sonrisa que podría hacer temblar un edificio bien cimentado—, Paul me deja tenerla a ese lado porque hay mejor acústica.

Electric Blue mira hacia la pared y Drake se acerca para explicarle a qué se refiere. Se acaban de conocer, pero la química que intuyo entre ellos anuncia una bonita amistad.

Cas aprovecha para pedirme detalles de lo ocurrido esa noche con el humano y Evans. Se lo cuento omitiendo los detalles que hacen parecer que siento algo por Evans, porque no es cierto, y no quiero alentar su imaginación de casamentera.

—¡Hostia! —me interrumpe, con la vista fija en la esquina de la habitación. Sigo su mirada para descubrir que Electric Blue ha besado a Drake, y este lo toma por el cuello de la camisa y lo empuja.

—¿Qué coño haces, tío? —le enfrenta Drake, enfurecido. Parece nervioso, moviéndose sobre sus pies como si no supiera bien cómo reaccionar. Si pegarle o no—. Yo no soy gay, ¿vale? —le dice un poco más pacífico.

Me alivia que Drake no vaya a agredirle, pero, entonces, Electric Blue me sorprende convirtiéndose él en el agresor. Coge a Drake por el cuello con una mano y nosotras soltamos un grito.

A pesar de que es mucho más escuálido, Drake no se mueve. Sus ojos se entrecierran y respira en jadeos, como si le hiciera daño o le asustara.

Estoy completamente paralizada, y me quedo aún más fuera de combate, al ver que los ojos de Electric Blue se vuelven negros. Pero no sus pupilas, sino toda la cuenca. Es una especie de líquido pegajoso lo que brota de ellos. Un líquido de un azul eléctrico que se derrama por sus mejillas como lágrimas densas mientras Drake sigue respirando entrecortadamente.

Cuando al fin lo suelta, se limpia la sustancia negra con las mangas y se sienta en el taburete de la batería como si nada hubiera ocurrido.

Drake se toca el cuello, donde la mano del joven lo estaba asiendo y abre mucho los ojos, con una expresión horrorizada. Un instante después, se aproxima a Electric Blue y le da un puñetazo en la cara que tira al rubio del banquito del instrumento.

Cas y yo soltamos un grito, pero Drake parece no vernos de lo nervioso que está. Se pasa la mano por el pelo, se mueve inquieto sobre sus pies y acaba por salir a grandes zancadas de la habitación. “Su” habitación.

—¿Qué despojados acaba de pasar? —pregunta Cas, marcando cada palabra despacio.

—No tengo ni idea.

El extraño chico nuevo está sentado en el suelo y se toca el labio ensangrentado.

Le observo con cautela, debatiéndome entre mis deseos de socorrerle y el miedo a acercarme a él.

—Ves, cariño —alza sus ojos resignados hacia mí—. Te dije que nadie me quería cerca.

8 ROJO EVANS

Son las dos de la mañana cuando llego a la puerta de mi habitación. No estoy muy segura de lo que acaba de pasar y ni siquiera sé si en realidad deseo saberlo. Lo único que Cas y yo tenemos claro es que Electric Blue le ha hecho algo a Drake.

Cas ha intentado llamar a su hermano repetidas veces para saber si estaba bien, pero Drake no le ha cogido el teléfono, hasta que, al fin, después de media hora de intentarlo, le ha enviado un mensaje explicándole que se había ido a casa de sus padres.

Se supone que no debemos salir del campus y hay guardias patrullando toda la ciudad. Si se ha topado con alguno, tal vez les ha dicho que está enfermo. Quizá... quizá lo esté.

La expresión de Drake mientras Electric Blue lo sostenía del cuello con los ojos poseídos ha sido muy intensa... y después de soltarlo, el chico parecía haber pasado por algo totalmente demoledor. Aunque le han quedado fuerzas para asestarle un puñetazo a su "agresor" por lo que parece que no le ha hecho ningún daño físico.

Antes de marcharme de la habitación, interrogué a Electric Blue acerca de lo que le había hecho a Drake, y cuál era su poder, pero el extraño chico nuevo no me respondió nada. Debo admitir que estaba acojonada. Me temblaban las manos y me daba miedo acercarme a él o presionarle con preguntas. Por lo que me limité a indagar sobre si estaba bien y, cuando me indicó, moviendo una mano en círculos, que daba el tema por zanjado, me excusé con ir a ver si Cas me necesitaba para salir de allí. Hay algo en la actitud de Electric Blue que me dice que esta acostumbrado a que le peguen puñetazos.

Tiene que haber una razón para que le hayan exiliado de Dámara siendo muy pequeño, y me empieza a quedar claro que radica en su poder. Sea lo que sea.

Abro la puerta de mi habitación, con la vista fija en la pantalla del teléfono. Cas, incapaz de irse a dormir, acaba de escribirme un mensaje con otra teoría sobre lo que ha ocurrido. Hemos estado elucubrando teorías durante casi una hora antes de despedirnos. Cada cual más descabellada.

Ya está, ¡lo tengo! Electric Blue provoca un dolor agudo en los demás al envenenarlos con ese líquido que le salía por los ojos.

Pienso en la conversación que he tenido con él durante buena parte de la noche y descarto la teoría de que hace explotar cosas por los aires.

Es posible, o más bien se trata de un malestar psíquico. Creo que muestra algo perturbador a su víctima porque tu hermano parece un tanto trastornado.

Entro en mi cuarto, tecleando y cierro la puerta, sin apartar la vista de la pantalla. Mi habitación debería estar a oscuras a excepción de la luz azulada de mi teléfono, pero me doy cuenta de que me he dejado la luz de la mesita de noche puesta.

—¿Dónde estabas?

La voz a mi espalda me hace dar un salto sobre mí misma y se me cae el teléfono de la mano. Me doy la vuelta para buscar a la persona que ha hablado.

—¿Evans? —Pregunto lo obvio con los ojos entornados como si no me fiara de mi propia vista. Está apoyado en la pared justo al lado de mi puerta con los brazos cruzados. Si no hubiera estado distraída con mi teléfono le hubiera visto por el rabillo del ojo— ¿Qué despojados haces aquí? —Si alguien me preguntara cuál es el último sitio donde buscaría a Evans Armstrong, diría, sin lugar a dudas, que mi dormitorio. Además, estaba segura de que a esas horas estaría entre sábanas con la chica de la fiesta—. ¿Te has perdido?

Evans pone una mueca de fastidio y desvía la mirada un momento.

—Te he preguntado que dónde estabas.

Me relajo al entender que está ocurriendo.

—Tranquilo, no he salido a cazar esta noche —digo y me agacho para recuperar mi teléfono. Con Evans en mi habitación mis ganas de chatear se han reducido a menos doscientos, por lo que lo lanzo sobre la cama— ¿Vas a ser mi niñera ahora? Pobre Evans... no vas a poder ni echar un polvo tranquilo.

Le observo de reojo al ver que no responde.

—¿Estabas con Blue? —insiste él.

Asiento con indiferencia. Me duelen los pies de los tacones, por lo que me quito las botas. No voy a fingir que no intento hacerlo con cierta gracia y sensualidad. Cuando estoy sola, me tiro en la silla espatarrada y me las arranco con menos delicadeza que un camionero, pero Evans no tiene por qué saber eso.

—¿Te ha tocado? —Su voz sale tensa, pero no se mueve de la pared. Debe estar horrorizado por estar en mi habitación. Seguramente le salga un sarpullido psicosomático mañana.

—Me ha besado —le respondo con sinceridad, pero sin mostrar mi opinión sobre ello. Observo su reacción de reojo.

—¿Te ha be...? —empieza a decir con incredulidad, pero se detiene a mitad de frase y sacude la cabeza, recordando que él está por encima de esas trivialidades—. ¿Cuándo te ha tocado has sentido algo?

Tuerzo el gesto y me giro del todo para enfrentarlo. Me alegra ser buena actriz y no mostrar lo mucho que me afecta verlo en mi cuarto, con su gran presencia masculina llenándolo todo.

—Sí, he sentido su lengua en mi boca.

Evans aprieta los labios, disgustado con mi réplica.

—Me refiero a si has sentido alguna otra... cosa ¿Has visto algo?

—¿Visto algo? —repito, muriéndome de curiosidad.

—Bueno, no ver, ver, sino... déjalo, está claro que no. —Se frota la cara con la mano y yo sopeso sus palabras.

—¿Cuál es el poder de Electric Blue?

—Te. Dije. Que. No. Te. Acercaras. A. Él —me recuerda, marcando cada palabra, y se separa de la pared en una pose más agresiva—. Estaría bien que me hicieras caso, Tori.

E exaspera su actitud.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que hacerte caso? Ni siquiera somos amigos y no me has dado ninguna explicación.

—Es peligroso.

—Si es tan peligroso, ¿por qué le has traído a la escuela?

Parece pensativo. Sé que está replanteándose si decirme la verdad o no.

—Le necesito.

—¡Qué romántico! No me digas que al final rocé tu piel... —me burlo.

—No, nunca me has rozado. —Su tono al decirlo es tan suave que me siento momentáneamente avergonzada. Consciente de mí misma.

Me aclaro la voz antes de volver a la carga.

—Él te ha ayudado con el ataque... ¿Cómo? ¿Cuál es su poder?

—He tenido ayuda de otros dámaros —concede—. No estoy completamente solo. No tienes que preocuparte por mí, Tori. Solo tienes que mantenerte al margen de todo esto y alejada de Blue.

—¿Dámaros exiliados? —insisto, ignorando sus recomendaciones.

Evans cierra los ojos y se masajea el puente de la nariz. Parece verdaderamente agotado.

—¿Videntes? —prosigo y me mira sorprendido.

—¿Qué te ha contado Blue?

—Nada, es incluso más críptico que tú —refunfuño—. Solo estoy sacando conclusiones. Su acento es de Glinen, ha crecido allí. Los videntes suelen acabar exiliados y tú debías saber lo del ataque con antelación.

La expresión de su rostro muestra que no voy tan mal encaminada.

—He conocido a varios exiliados durante este año —reconoce.

—¿Por qué te fuiste? —Prosigo al ver que parece un poco más dispuesto a colaborar y responder a mis preguntas—. ¿Buscabas a exiliados? ¿Buscabas algún poder en particular para copiarlo?

Leo en sus ojos que he dado en el clavo. Pero no tiene sentido que se haya ido a otras zonas del mundo para aprender telequinesis, ya que hay muchos dámaros con esa habilidad aquí mismo en Dámara Not. Debe tratarse de otro poder lo que anda buscando.

Por alguna razón, Evans me mira con cierta cautela como si me estuviera acercando a alguna verdad que todavía no está preparado para rebelar.

—Tori, ¿puedes simplemente hacer lo que te pido por el momento y quedarte al margen hasta que la ciudad vuelva a ser segura? ¿Puedes mantenerte alejada de Blue y también de mí hasta que...?

—¿Hasta qué... —lo insto al ver que se ha detenido.

Suspira y el muro que hace años levanto al alejarse de mí vuelve a erigirse. Cuadra los

hombros con determinación.

—Tu vida es más fácil ahora —me recuerda.

—¿Te refieres a ahora que no somos amigos? —indago, comenzando a irritarme con su comunicación codificada, pero él asiente. Resoplo y me llevo las manos a las caderas— ¿Estás diciéndome que dejaste de ser mi amigo para hacerme un favor?

Inclina la cabeza de un lado a otro, como si no supiera cómo comunicarse conmigo de forma efectiva.

—¿Sabes qué? Genial, Evans. No tienes que darme explicaciones, si te es tan complicado. No voy a acercarme a ti, tranquilo. Pero si no somos amigos estaría bien que dejaras de ponerme ositos de gominola en la mochila. —Cruzo los brazos sobre el pecho.

Evans relaja un poco los hombros y se roza la boca. Es tan endemoniadamente masculino y atractivo que tengo ganas de golpearle muy fuerte con un cojín.

—No sé de qué me hablas.

Pongo mi mueca más irónica.

Por supuesto que lo sabe. Los ositos rojos de gominola que, de vez en cuando, aparecen en mi mochila son obra de Evans. Cuando éramos pequeños y su madre nos daba una bolsa de gominolas para ver una película, yo solo quería comerme los rojos, y Evans los reservaba para mí. Durante los años de incomunicación, de vez en cuando, encontraba unos cuantos en mi mochila. Excepto por ese último año en el que él ha estado fuera.

—Estoy cansada, Evans... —le doy la espalda, volviéndome hacia mi cama.

—¿Vas a alejarte de él?

Resoplo, indignada. No quiere darme ningún tipo de información. Solo quiere que le obedezca a ciegas. Me irrita su arrogancia, y también me irrita la parte de mí que está con los nervios a flor de piel por su presencia en mi cuarto.

—No me acercaré a ti, pero no te incumbe en absoluto lo que hago con el resto de la humanidad —le espeto.

—Tori... —su tono de ruego me entenece e irrita a partes iguales.

—Si tienes alguna otra petición tendrá que ir acompañada de explicaciones. ¿Por qué es peligroso que me acerque a Electric Blue?

Parece que va a decir algo, pero acaba por apretar los dientes y fruncir los labios.

—Buenas noches —le indico, señalando la puerta de mi cuarto. Él no se mueve y yo pongo los ojos en blanco—. Tienes diez segundos antes de que empiece a desnudarme —le advierto, dándole la espalda. Me quito los pantalones y el bodi, para demostrar que voy en serio. Me quedo solo en mi juego de ropa interior roja. Sin duda la visión de mi piel maldita lo mandará fuera de mi habitación como un rayo. Aguardo un momento, pero el silencio a mi espalda me incomoda. Casi me pica la piel por saber que sigue ahí.

—Tori...

Me doy la vuelta a pesar de que tengo los pechos grandes y mi sujetador de encaje es de lo más provocativo. Le he avisado.

Evans no baja los ojos. Los mantiene en mi rostro y soy plenamente consciente de los dos metros que nos separan.

—Sé que tienes... necesidades —se atreve a decirme con el tono más suave que le he escuchado poner en mucho tiempo—, pero Blue no es la respuesta. Es homosexual, no puede apreciarte como mereces.

No sé exactamente qué parte de lo que ha dicho me ha enfurecido tanto, pero el caso es que se

me nubla la mente.

—Gracias por tu preocupación, pero mis... necesidades y como las suplo no son de tu incumbencia. —Trato de mantener un tono neutro y ocultar el remolino de emociones que tengo dentro. Mis antiguos sentimientos por él, los nuevos ante el hombre tan jodidamente atractivo en el que se ha convertido, mi frustración sexual, la intimidad de mi habitación, la tensión que brota de él por la visión de mi semi desnudez. Me siento como si fuera una olla exprés a punto de explotar.

Evans se queda callado y su forma de observarme me está comenzando a superar. Una mezcla de cautela, tristeza y, si no me está engañando mi imaginación, de anhelo.

—A no ser que quieras que lo sea... —sugiero, aunque mi tono es más enfadado que erótico. Sea lo que sea, quiero que se decida de una vez, que se marche o que se sincere. Lo que voy a hacer a continuación, va a inclinar la balanza de forma definitiva.

Cuelo mis dedos por debajo del tirante de mi sujetador y los deslizo hacia abajo. Estoy segura de que, después de eso, va a marcharse, pero Evans me contempla en silencio sin moverse lo más mínimo hacia la puerta, y esta vez sus ojos no pueden evitar echar un vistazo al sur.

—Tori... —me advierte con los labios apretados.

—Tienes la puerta a la derecha —le recuerdo sin aliento, mientras mis dedos acarician el encaje de mi sujetador. Nunca había hecho nada así en mi vida. Tengo veinte años y mi experiencia se reduce a mis fantasías—. ¿No sabes que mi habitación es el lugar más peligroso de Dámara?

—No pasa un día sin que me lo recuerde.

Sus palabras hacen que me dé un vuelco el corazón. Llevo tiempo trabajando en ser fría y cínica, pero esas malditas palabras atraviesan el hielo de mi coraza y van directas a mi alma. Me vuelven loca, y aunque mi insinuación de tocarme frente a él era solo una pose para lograr que se fuera pitando, algo se enciende dentro de mí.

Doy varios pasos hacia atrás y me siento en el borde de mi cama. No puedo creer lo que se me está pasando por la cabeza, pero la sangre corre con fuerza por mi cuerpo y late en zonas que me hacen sentir más viva que nunca.

Me llevo las manos a mi espalda y me desabrocho el sujetador bajo la atenta mirada, que ahora es atónita, de Evans Armstrong, el dámara más deseado de nuestra generación.

Espero las palabras de protesta que me detengan o que se marche indignado, pero no hace ni una cosa ni la otra.

Me quito el sujetador y me embargan dos sensaciones muy potentes: una es la vergüenza de lo que supone desnudarme delante de un chico por primera vez en mi vida, y otra es una gran excitación por lo que estamos haciendo. Porque lo estamos haciendo. Yo me estoy desnudando y él sigue ahí parado, junto a la pared, contemplándome con toda su atención.

Me gusta la forma en que su barba cubre su potente mandíbula, y lo imagino rozándome con ella el cuello y las clavículas. Me acaricio con mis propias manos y Evans se remueve sobre sus pies. Aparta la vista hacia un lado durante un segundo, como si no aprobara todo esto, pero sus ojos vuelven a mí con rapidez.

Lleva la chaqueta remangada y me gusta la cantidad justa de vello que cubre sus antebrazos, me gusta la vena en relieve en su desarrollado músculo. Me gusta como le quedan el reloj de plata y el brazalete negro de su muñeca, y definitivamente me gustan sus grandes manos. Llevo las mías a mis tetas y me imagino que son las suyas. Lo escucho inhalar y veo como sus manos se contraen como si por un momento fuera a acercarlas a mí. Pero las detiene antes de que se

muevan siquiera.

Sus malditos labios perfectos se abren y creo que va a decirme que deje de hacer locuras, pero no dice nada mientras rozo mis pezones con las yemas de mis dedos.

Evans vuelve a tragar saliva y tengo tantas ganas de ir hacia él que lo imitó. Dejo que mis manos se deslicen por mis costillas hasta la goma de mis bragas.

La expresión de él ya no es su acostumbrada arrogancia, sino que me estudia con la barbilla bajada y el rostro tenso.

Doblo mi rodilla para apoyar un talón en la cama, descanso una mano en el muslo y la otra la deslizo por dentro de mis bragas, donde inicio un lento masaje, imaginando que es él quien me lo hace.

Mi cambio de respiración parece ser el colmo para Evans porque, con una expresión entre enfadada y resignada, vuelva a recostarse contra la pared y se abre los pantalones.

Va a darme un ataque cuando lo veo colar su mano por la goma de sus calzoncillos y acariciarse mientras me mira.

Estoy tan excitada que no puedo evitar hacer ruido con mi respiración, a la vez que escucho el sonido grave y rítmico de la suya.

Alguien golpea la puerta y ambos nos detenemos de golpe.

Horrorizada, doy un salto y me pongo a remover las sábanas y las almohadas de mi cama en busca de mi pijama. Me apresuro en vestirme y se escucha la voz de Cas al otro lado.

—Abreee —protesta—. No te ha dado tiempo a dormirte.

—Espera. —Mi voz sale como si hubiera corrido por toda la escuela.

Evans se ha abrochado los pantalones y, tras frotarse la cara, se vuelve hacia la puerta y la abre cubriendo el vano con su cuerpo ancho.

—¿Por qué no me... —La frase de Cas se queda a medias por la sorpresa. Evans se cuela por el lado que ella ha dejado libre y se esfuma.

—¿Qué... qué despojados estaba pasando aquí? —me interroga Cas, con la boca abierta.

Me late el corazón a mil y me arden las mejillas. Sin estar en estado de responderle, giro sobre mis talones y me dejo caer de boca sobre el colchón. Ojalá mi poder fuera hacer que las camas me tragarán.

9 FRÍO MUERTE

A la mañana siguiente, llego diez minutos antes de que empiece la primera clase. Me gusta la historia, pero eso no es lo que me ha llevado a levantarme antes. Llevo tanto tiempo durmiendo poco que mi cerebro me despierta después de cinco horas de sueño.

Como es habitual, mis compañeros más madrugadores me dejan paso en mi ascenso por la escalera que divide la clase en dos. Cas no está en su pupitre habitual al lado del mío. La muy petarda debe haberse quedado dormida y no va a aparecer hasta la segunda o tercera clase. La envidia, porque estoy tan necesitada de sueño que quiero llorar. Después de que Cas se marchara, no pude pegar ojo. Me pasé el resto de la noche dando vueltas entre mis sábanas prendidas en llamas mientras imágenes confusas de Evans flotaban por mi mente. Creo que logré dormirme media hora antes de que sonara el despertador.

Gracias a Dios que existe el maquillaje.

Greg se aparta más de lo necesario para dejarme pasar por el estrecho pasillo hasta mi sitio. Tomo asiento y apoyo la cabeza en la mano. Cada vez que parpadeo me cuesta volver a abrir los ojos. ¿Por qué no habré intentado dormirme otra vez? Pero sé porqué, hay electricidad recorriendo los nervios de mi cuerpo, a pesar de mi agotamiento. Maldito Evans.

Ojeo el libro de historia, fijándome en la bonita foto en blanco y negro de Yadra en los años veinte, pero noto que me observan. Levanto la vista y me encuentro con los ojos de Evans fijos en mí. El muy idiota no es capaz de levantarse feo ni después una noche sin dormir. Entra en la sala despeinado, con una barba desaliñada y el ceño fruncido mientras provoca espasmos vaginales a media clase.

Me muerdo la cara interna de mi mejilla bajo su atenta mirada. Me alivia la distancia que nos separa porque me he puesto más roja que una compresa usada. Sí lo sé, es una expresión de Cas que se me ha acabado pegando. Todo lo malo se contagia.

Le aparto la mirada a Mr. Moja Bragas. Él se sienta en su habitual pupitre en la parte inferior de la derecha. Lo malo de que la clase tenga la forma de un anfiteatro es que nos vemos las caras muy bien, por lo que la mayoría de las chicas seguirán contemplándole aun después de que se siente. No sé cómo Evans soporta tanta atención, incluso aunque sea admiración, es demasiado.

«Vamos Tori, concéntrate en el libro de historia» me ordeno a mí misma. Intento imaginar cómo ha tenido que ser para Yadra vivir tantas épocas distintas. Distinta ropa, distintos peinados, pero los mismos ideales rancios. Asistiendo a la frustrante y lenta evolución de la sociedad Dámara. Le queda bien el vestido blanco que lleva en una de sus fotos de los años sesenta. Blanco como la camiseta que lleva hoy... freno mis ojos justo antes de que se muevan hacia la zona donde se sienta Evans con los élités. Es cierto que me gustaría volver a apreciar cómo se ciñe la camiseta a sus bíceps, es cierto que lo de anoche me ha dejado un tanto... alterada, pero por suerte tengo el autocontrol de un pastelero diabético. Para mi propia tranquilidad, no he vuelto a mirarle desde que entrara por la puerta.

Todo iría bien si no fuera por la acuciante sensación de que me observan. Me acabo rindiendo y le echo un vistazo con disimulo.

Como me había temido, Evans me está contemplando ajeno a la conversación de sus amigos. Su rostro no delata emoción alguna. No es como si me mirara boquiabierto, apasionado y desprendiendo corazones rosas, simplemente me observa y su templanza me enfurece. Le doy varias oportunidades de que pare, volviendo mi atención al libro, pero no lo hace, por lo que me saco el teléfono de la mochila y le escribo un mensaje.

¿Qué coño miras, Armstrong? ¿Tengo tetas en la cara?

Levanto el mentón con una expresión desafiante y él se saca el teléfono del bolsillo. Sabe que el mensaje proviene de mí, pero su expresión no cambia hasta que lo lee y una pequeña sonrisa curva sus labios.

No.

Debo admitir que me decepciona su escueta respuesta, pero intento que no sea demasiado. Entonces, llega otro mensaje y comprendo de qué va todo esto.

Pero tienes tetas en las tetas

No pienso jugar a este juego.

No voy a fingir que un chico guapo que está a rebosar de testosterona después de que le pusiera caliente anoche, está tonteando porque tiene sentimientos por mí. No pienso engañarme de esa forma. Ni voy a romantizar algo que son solo hormonas masculinas en ebullición.

Finjo indiferencia y me guardo el móvil de vuelta en la mochila. Apoyo el codo en la mesa y mi frente en las almohadillas de la palma de la mano para enterrarme en las páginas de mi libro.

Pero mi teléfono vuelva a sonar.

Y el sujetador desabrochado...

Analizo las partes de mi cuerpo que corroboran que esa afirmación no es cierta. Después le echo un vistazo, sacudiendo la cabeza con expresión de “¿Qué drogas tomas?”

Él se ha dejado caer más en su silla, con la cabeza hacia atrás, y me dedica una sonrisa arrogante.

Acto seguido hace un movimiento con los dedos en el aire y por arte de magia mi sujetador se abre en la espalda, ambos laterales replegándose en mis costados y liberando la presión de la tela en mis pechos.

No puedo creer lo que acaba de ocurrir.

Evans Armstrong me ha desabrochado el sujetador en medio del aula sin siquiera tocarme. Miro a mí alrededor, preguntándome si alguien ha notado algo, pero mis compañeros parecen ajenos a los hechos.

El que no está tan ajeno es mi cuerpo. Me excita que Evans pueda "tocarme" al otro lado de clase, sin que nadie sepa lo que está pasando. Hay algo caliente en que un chico te desabroche el sujetador. No hace falta decir que es mi primera vez.

Nuestras miradas se enroscan y me noto arder. Como de costumbre voy más tapada de lo que requiere la temperatura de la habitación y, de todas formas, esta parece haber subido diez grados

en un segundo.

Intento abrocharme el sujetador de vuelta con todo el disimulo que puedo, pero las dos chicas sentadas detrás de mí intercambian una mirada extrañada. No me molesto en darles explicaciones, la verdad es tan increíble como emocionante.

Evans se ríe de mi dificultad para abrochármelo de vuelta, pero en cuanto nuestras miradas se encuentran de nuevo, su sonrisa se disipa dejando solo el fantasma de esta. ¿Qué coño está pasando?

—¿Está libre?

Casi me atraganto con mi propia saliva al encontrarme con Electric Blue a dos pasos de sitio vacío de Cas. Estaba tan concentrada en lo que Evans le está haciendo a mis constantes vitales que no le he visto acercarse.

El miedo acude a mi garganta en forma de ansiedad. Le digo que sí. Cas no va a venir y no pienso mentirle a ese muchacho.

El nivel de ruido en el aula no era muy alto. La mayoría de alumnos están demasiado dormidos después de la fiesta de anoche como para tener ganas de conversar, pero ahora mismo nos hemos sumido en un profundo silencio y todos contemplan al nuevo.

Él da un paso hacia el pupitre de Cas, pero antes de que pueda apartar la silla esta levita de golpe, hasta pararse dos metros por encima de nuestras cabezas. Todos levantamos la vista hacia el mueble flotante. Estoy muy segura de que alguien está grabando un video para los que aún no han llegado.

Electric Blue sonríe de lado. Sus largos dientes son el único defecto de toda su cara, pero le dan personalidad. Si no sería demasiado guapo, demasiado irreal.

—¿No odias cuando las sillas hacen eso? —me pregunta y extiende su mano hacia mí.

Me quedo inmóvil, recordado el color casi negro, como el cielo de la madrugada, que llenó toda la cuenca de sus ojos, la noche anterior mientras le hacía algo a Drake.

Él parece saber exactamente lo que pienso, pero no le veo ofendido por mi miedo. Me sonríe con tranquilidad.

—Eso que veo en tus manos son guantes, ¿verdad? —Es su forma de recordarme que su piel no puede hacerme daño a través de estos. Aprecio el sarcasmo del momento. Es la primera vez en mi vida que soy la que se asusta de tocar a otra persona.

Extiendo mi mano y acepto la suya. Entonces, él tira de mí para levantarme de la silla y tomar mi lugar. Inmediatamente después, me sienta en su regazo.

—Verás que rápido vuelve la silla a su sitio —susurra travieso.

Sabe, al igual que yo, que ha sido Evans el que la ha hecho levitar con telequinesis para evitar que se sentara a mi lado.

—Señorita Baker, ¿qué despojados está haciendo? —La voz del profesor Dooley me hace dar un bote. Le sorprende que se trate de mí, ya que nunca nadie se me acerca, y también se le ve hastiado.

—No sé de qué va eso, pero voy a castigarlos a ambos si no...

Electric Blue se inclina hacia delante para mostrar su rostro al profesor de historia y este enmudece al ver quién es el joven cuyo regazo estoy usando.

Enmudecer es poco. Parece tan acongojado que la piel se le pone un poco verde. Carraspea y se vuelve hacia la pizarra, dejando el asunto a medias.

—Los años veinte —exclama y lo escribe a tiza, con voz estrangulada y hombros tensos.

Miro a Electric Blue boquiabierto, pero él se encoge de hombros con una sonrisa angelical.

La silla desciende con violencia, chocando con el borde de la mesa hasta caer estruendosamente con el respaldo hacia atrás. El señor Dooley ni siquiera interrumpe la clase, se limita a fingir que esa zona del aula no existe.

—Ves —señala él, incorporándonos. Se agacha para levantarla y se pasa los dedos por el larguísimo flequillo platino que ha volado rebelde. Toma asiento como alguien que está repantingado en el sillón de su casa y me pregunto si habrá ido a clase alguna vez en su vida—. Te dije que la silla volvería.

A pesar de lo inquietante que es ver el miedo que Electric Blue genera en una figura de autoridad como nuestro profesor, no puedo evitar sonreír divertida. Me gusta su forma de manipular a Evans. El mimado de Evans que siempre se sale con la suya y maneja a todo el mundo con un dedo. Literalmente.

El profesor de historia continúa parloteando, aunque en ningún momento parece relajarse del todo.

—¿A qué ha venido eso? —curioseó, a pesar de que no debería.

Él sonríe y se pasa uno de mis bolígrafos entre los dedos de una mano.

—Digamos que el señor Dooley tiene dos intereses muy cercanos a... a mi persona.

No he entendido nada.

—¿Tienes que ser siempre tan misterioso?

Me echa un vistazo de reojo con sus grandes ojos de brujo, y me pregunto si es consciente de la belleza que tienen. De la fuerza que poseen y de que todo el mundo está pendiente de él.

—Enigma Blue sabe mucho y habla poco.

El mote me saca una sonrisa. Creo que he conocido al mismo demonio en persona... Estoy asustada, pero irremediablemente interesada.

—No es cierto que hables poco —bromeo—. Así que al señor Dooley le gustan los jovencitos rubios.

Es una obvia deducción. Ha seducido al profesor y ahora lo chantajea. Le sonrío maliciosa y orgullosa de lo rápido que he desmontado su misterio.

—Frío, frío...

Chasqueo la lengua fastidiada porque me gustaba la fantasía que he montado en mi cabeza. Me había imaginado a Electric Blue con una chaqueta vaquera sobre una camiseta blanca un tanto escotada, arrinconando a Dooley contra la mesa de su despacho. El pobre hombre intentando resistirse fútilmente al magnetismo y la belleza juvenil de ese demonio.

—Dame una pista —ruego, fingiendo que presto atención a la lección. Normalmente, historia es mi clase favorita, pero creo que esa mañana todos estamos un tanto distraídos. Evans nos lanza miradas que podrían volver a congelar las islas del norte hasta solucionar el deshielo.

—Esa era la pista.

Lo último que ha dicho ha sido "Frío, frío"

Se me pone la piel de gallina, aun cuando no sé bien por qué. Mi instinto parece presentir algo. Guardo silencio e intento concentrarme en la clase. Lo logro durante media hora hasta que los bips de los teléfonos comienzan a inundar la clase. Algunos alumnos se los sacan para comprobarlos abiertamente y el señor Dooley se indigna con la interrupción.

—¿Ha cambiado la política de teléfonos en esta escuela y no me he... —su queja se ve interrumpida por la vibración de su propio aparato. Ceñudo, da dos pasos para sacarlo de su maletín.

Una chica sentada a nuestra izquierda chilla justo antes de que un murmullo invada la clase.

Pronto, se transforma en exclamaciones y gritos, conforme más gente recibe la misma noticia.

Me incorporo para curiosear la pantalla de la compañera que tengo delante y ahogo un grito al ver las imágenes que se suceden en su pantalla.

Son fotos de decenas de cuerpos esparcidos por distintos rincones de una ciudad. Lugares públicos como la avenida principal, un parque o entre los propios coches de lo que parece un atasco matinal. No obstante, ahora todo está estático, coches parados con puertas abiertas y parece el decorado de una película postapocalíptica de zombis. Los cuerpos tienen las prendas rasgadas y están tan ensangrentados que no me queda duda de que no queda piel sobre ellos. Se la han arrancado, lo que solo puede significar que una ciudad humana ha sido atacada por despojados.

10 LA CAJA

Los dámaros no somos ajenos a la muerte. De hecho, nuestra esperanza de vida es de setenta y tres años, mientras que la de los humanos pasa de los ochenta. Tampoco nos es extraño el dolor físico. Desde niños, nuestro trabajo es aprender a controlar nuestros poderes y ofrecerlos al mundo para mantener la paz y el orden. Pero nos hacemos daño en el proceso. Muy a menudo.

Nuestra muerte no es un acontecimiento dramático como la muerte de un humano. Entre los de nuestra especie, porque estamos acostumbrados a arriesgarnos y salir heridos; para los humanos, porque en el fondo nos ven como meros instrumentos. Creen que existimos para servir, y no por el simple hecho de vivir, de disfrutar de ese paseo que es la vida.

Quizá tengan razón.

¿Por qué sino existiría alguien como yo? O alguien como Dana Brattwurst, a la que veo correr hacia la salida de la escuela custodiada por tres guardias dámaros que abren paso entre la marea de estudiantes para sacarla de allí cuanto antes.

Todos sabemos a dónde la llevan. La meterán en el helicóptero, que sin duda la espera en el patio trasero de la escuela, y se la llevarán a Bólid, la ciudad humana que ha sido atacada. Los despojados se alimentan de la energía humana, a través de sus ásperas lenguas y la agonía es indescriptible. Lo interesante de todo esto es lo que se espera de Dana cuando llegue a suelo bolidiano, porque si queda algún humano con vida, Dana pondrá su mano en la piel del herido y absorberá todo su tormento. Y no, el dolor no saldrá volando en forma de pequeñas moscas como en La Milla Verde, ojalá fuera tan sencillo. Pasará en toda su intensidad a Dana, quién tendrá que soportarlo porque... bueno, porque según la creencia, ella nació para eso.

Dana no es la única absorbedora dámara. Hay muchos más. Trabajan en hospitales y viven una vida de constante calvario. Pero si le preguntas a alguno de ellos, te dirán que es su gran honor poder aliviar el sufrimiento de los humanos.

Nada particularmente especial ocurrió cuando los dos alumnos dámaros murieron hace dos días, aparte de encerrarnos a todos en la escuela, claro. No obstante, ahora que se trata de una ciudad humana es como si el tiempo se hubiera detenido, sacándonos a todos de la rutina habitual y sumiéndonos en una alarma colectiva.

Las clases se han interrumpido y no sabemos muy bien hacia dónde ir. Algunos alumnos con poderes parecidos a los de Dana, es decir, habilidades útiles tras una masacre, están siendo evacuados vía helicóptero. Lo mismo está ocurriendo con los dámaros adultos que puedan resultar de ayuda en Bólid.

A pesar del ajetreo, siento la imperiosa necesidad de ir al baño, pero lo hago rápido, como si alguien más fuera a morir mientras hago pipí.

Al salir del servicio, después de colocarme los guantes en el ajetreo del pasillo, veo a Evans pasar y aprovecho para ponerme a su altura. Lleva el teléfono pegado a la oreja, pero no mueve los labios, por lo que sé que no está en mitad de una conversación.

—¿A dónde vas?

Evans baja la mano y mira la pantalla, serio.

—No me coge el teléfono. —Mueve la cabeza de un lado a otro como si buscara a alguien por el pasillo.

—¿Quién?

—Mi padre.

—No vas a ir, ¿verdad? —me angustia la idea de que viaje a Bólid.

Evans mira hacia la salida del edificio.

—Habrá helicópteros... —deduce y acelera el paso hacia las puertas.

Trago saliva, notando una bola de ansiedad en el estómago.

—Evans —grito y me interpongo en su trayectoria, caminando de espaldas—. No puedes ir... ni siquiera sabemos qué está ocurriendo.

Lo que sí sabemos es que los despojados acaban de darse un festín de humanos después de décadas sin alimentarse, lo que quiere decir que están a rebosar de energía y fuerza. Son más letales que nunca. Mis funestos pensamientos me hacen sujetar a Evans del brazo.

Por fin me mira.

—Deja que se encarguen los adultos —le ruego.

Evans pone una mueca irónica y me doy cuenta de lo ridículo que es no considerarle un adulto. Es todo un hombre y yo misma he visto lo que es capaz de hacer. Pero las imágenes que acabo de ver están grabadas en mi retina y tengo un mal presentimiento sobre que esto no ha sido un simple accidente. No quiero que salga ahí fuera.

Su teléfono suena y lo veo mirar la pantalla brevemente antes de descolgar.

—¿Dónde estabas?

Intento escuchar la respuesta al otro lado de la línea, pero hay demasiado alboroto como para captar ninguna de las palabras

—Voy a tomar el helicóptero, ¿te veo allí? —continúa Evans, y me muerdo el labio notando como regresa el nudo a mi garganta.

Se pone en marcha de nuevo y lo sigo hasta cruzar las puertas de la escuela. Entonces se detiene de golpe y me choco con su amplia espalda. El brillante sol de la mañana nos obliga a entornar los ojos.

—¿Qué? ¿Cómo que no vamos a ir? —su tono está cargado de indignación, pero me alivia escucharlo.

Incluso su padre entiende que es demasiado peligroso.

—Pero tienen que estar cerca... podemos rastrearlos ¡No han podido desaparecer por arte de magia!

Evans guarda silencio mientras escucha la réplica de su padre. Noto la tensión en sus brazos, pero sé que nunca desobedecería una orden directa. Puede que sea testarudo, y tenga alma de líder, pero es un auténtico soldado, educado dentro de la rigurosa estructura Dámara y sabe acatar la orden de un superior.

Me sorprende escucharlo jurar al teléfono. Si su padre estuviera allí le daría una bofetada. Cuelga con movimientos violentos y hay furia contenida en sus rasgos.

—¿Cómo coño ha podido pasar esto? —se dirige a mí ahora. Debe ser especialmente difícil para él que ha sido educado en la más estricta filosofía del heroísmo dámico, en el deber divino de proteger a los humanos.

Sacudo la cabeza. No ha habido una masacre humana parecida a esta en más de cien años.

—No es tu culpa.

No parece muy convencido. Se toca la frente moviéndose nerviosamente sobre sus pies.

—¿Has visto a Blue?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—¿Quieres que vaya a buscarle? —le pregunto un tanto preocupada por la palidez de su rostro. Por mucho que sea uno de los dármaros más poderosos del momento, es demasiado joven para tanta responsabilidad.

Evans se detiene y me mira fijamente.

—No, no quiero, Tori —replica enojado—¿Qué parte de no te acerques a él no has entendido?

—La del “no” —me atrevo a sonreír, al darme cuenta de que su enfado hacia mí ha devuelto el color a su rostro. Me contempla con seriedad, durante tanto rato que parpadeo, incómoda. Parece que se le están pasando miles de cosas a la vez por la cabeza, pero se las está callando todas.

—¿Por qué me miras así, Ev? —Susurró al fin—. Lo haces desde que volviste, ¿qué ocurre?

Mi mochila escoge ese instante para ponerse a vibrar de forma insistente. Rebusco en mi bolsillo hasta encontrar mi teléfono. Como me imaginaba, se trata de Cas. Descuelgo y Evans lo aprovecha para pasar por mi lado y susurrar:

—Y aléjate de mí también.

Me enfurece. La voz de Cas sale demasiado alta del altavoz de mi teléfono. Está tan alterada por lo ocurrido que no se da cuenta de que estoy distraída, siguiendo a Evans con la mirada. Espero que no se le ocurra salir de la escuela, pero me tranquilizo al recordar que lo único que quería era encontrar a Electric Blue.

—¿Dónde estás? —Me está chillando Cas—. Quedamos frente al servicio del gimnasio, estoy casi allí.

Asiento como si Cas pudiera verme y al darme cuenta me apresuro en confirmarlo vocalmente. Está siendo una de las semanas más extrañas de mi vida, pienso mientras camino de vuelta al interior del edificio.

Tras colgarle a mi amiga, tecleo, furiosa un mensaje y no me molesto en mirar por donde voy, ni en sortear estudiantes. Al fin y al cabo, soy la *gay maker*, que se preocupen ellos en apartarse de mi camino.

Estaré encantada de mantenerme lejos de ti Armstrong. Pero no puedo prometer hacerlo cuando ME sigas por la ciudad, ni cuando TE metas en MI habitación. El resto del tiempo lo llevo bastante bien...

P.D: Mi sujetador intentará no volver a engancharse con tu telequinesis...

¡¡¡CRETINO!!!!

Después de enviarle mi mensaje iracundo a Evans es como si el mundo se hubiese parado. No, un momento: el mundo acaba de pararse literalmente.

Por un instante creo que me he quedado sorda, cuando el ruido en el pasillo cesa de golpe. Me detengo en seco y levanto la vista de la pantalla, descubriendo que no le pasa nada a mi oído, sino que el pasillo está desierto.

—¿Pero qué mierdas...

Hace un segundo había gente por todas partes y ahora se han desvanecido en la nada. Noto suaves pinchazos en el cuello, y sé que es mi cuerpo avisándome de algo. Giro sobre mis talones y le veo.

Hay un hombre allí conmigo.

Está a unos dos metros de mí, parado, observándome fijamente. No es un estudiante, debe tener la edad de mi padre, pero tampoco lo reconozco como ninguno de nuestros profesores.

Mi respiración agitada es lo único que escucho, mientras me planteo mi próximo movimiento. Decido dirigirme al lado opuesto del hombre, a pesar de que la salida de la escuela esté en su dirección, pero mi instinto me dice que me aleje de él cuanto antes.

Echándole un último vistazo, me doy la vuelta para correr, pero no he dado ni un paso cuando me choco contra una pared invisible que está en mitad del pasillo. Me hago daño al estamparme con fuerza contra la superficie que no esperaba encontrar. Conteniendo un quejido, le echo otra mirada por encima de mi hombro. Sigue parado como si nada, contemplándome como el que ve una película que no le interesa demasiado.

Con mi mano, sigo la pared invisible e intento descubrir dónde termina para poder escaparme por sus extremos, pero acabo por encontrarme con otra barrera perpendicular que me encierra en una esquina. Pruebo suerte en el otro lado, descubriendo que ocurre lo mismo. Al parecer estoy dentro de una caja invisible.

—Mierda... —exhalo y apoyo mi espalda en el muro invisible para enfrentarme al sujeto. Mi hombro me está matando, pero estoy tan asustada que el dolor pasa a un segundo plano.

El hombre no se ha movido ni un centímetro, ni ha hecho amago de acercarse a mí. Intento reconocerle, pero me doy cuenta de que no lo he visto nunca. Es calvo, con la nariz torcida como si se la hubieran roto varias veces, y también tiene una cicatriz en el labio, quizá se haya llevado un golpe recientemente. No me extraña si va por ahí encerrando a gente en cajas invisibles con él.

—¿Quién eres? —interrogo, intentando no mostrar demasiado miedo.

El hombre no responde.

—¿Qué quieres de mí?

Nada.

«Piensa, Tori, piensa».

Me quito un guante y luego el otro. Después me saco la blusa y me quedo en tirantes. Debo ser la única chica que se quita ropa en presencia de un atacante. Lo recorro con mis ojos para hacer un rápido análisis de la situación. Lleva camiseta y, por lo tanto, su cabeza, cuello y brazos están al descubierto.

—¿Sabes quién soy? —interrogo, procurando que mi tono suene frío y amenazante— ¿Sabes lo que te ocurrirá si me tocas?

Alargó o la mano hacia él, como si fuera un arma.

—No volverás a ser el mismo —le prometo.

El hombre inclina la cabeza hacia un lado. No parece preocupado en absoluto, lo que me llena de ansiedad.

—No voy a hacerte daño, chica.

En cuanto lo dice, alguien se materializa a su lado. Es más como si cruzara la pared invisible de la caja desde fuera haciéndose visible para nosotros.

El hombre ni siquiera lo mira, y me doy cuenta de que esperaba su llegada. Pero yo sí que estoy sorprendida, porque se trata de Parker Armstrong, el padre de Evans.

Alto, atlético con los mismos ojos grises de su hijo y un rostro atractivo que pierde la gracia por la maldad que se intuye en su sonrisa.

—¿Señor Armstrong? —Mi voz suena tan sorprendida como confusa.

El padre de Evans no se detiene a dos metros como ha hecho el hombre de la caja, sino que camina directo hacia mí y se planta a un palmo de mi cara.

Hay una razón para que el padre de Evans no me tenga miedo.

Me coge del cuello, su piel contra la mía y aprieta hasta que noto que el aire no consigue abrirse paso por mi tráquea. Me golpea contra la pared, y empiezo a desvanecerme. Entendiendo lo que me está ocurriendo me suelta y me pongo a inhalar aire desesperadamente. Hago mucho ruido con mi garganta dañada. Mis piernas ceden y me deslizo contra la pared de la caja hasta hacerme una bolita en el suelo que lucha por respirar.

Parker Armstrong se acucilla frente a mí y me encojo a la espera de más violencia, pero se limita a hablarme como si fuéramos dos ciudadanos ejemplares interactuando de forma cívica.

—Señorita Baker, hoy es un día negro de nuestro calendario —me informa, sacudiendo la cabeza—. No solo han muerto decenas de humanos en un ataque sin precedentes. También, recibo una llamada de uno de sus profesores para informarme de que mi hijo se está mandando mensajitos con usted en plena clase, además de jueguecitos tontos con una silla flotante. No se imagina el disgusto que tengo.

Alarga su mano hacia mí y lo único que puedo hacer es pegarme más contra la pared para intentar rehuirle fútilmente. Me coge de la mandíbula, apretando su mano con fuerza y casi pega su frente a la mía.

—Hace años que Evans dejó de suplicarme que le permitiera copiar mi habilidad, señorita Baker. Hace años que sé que usted está fuera de su sistema. No voy a permitir que venga con sus... —echa una ojeada a mi pronunciado escote que resalta con cada inspiración—, nuevos talentos, a deshacer todo mi trabajo. Durante mucho tiempo mi hijo me odió por su culpa, porque no le dejaba tener lo que él cree que quería, pero al fin ha comprendido lo que usted de verdad es... una aberración para nuestra especie, una vergonzosa broma de la naturaleza y una deshonra para su pobre familia.

Me aprieta con más fuerza hasta que creo que va a partirme la mandíbula.

—¿Por qué cree que nunca he permitido que Evans copiara mi poder? ¿No se ha parado a pensar que yo tengo en mi mano la clave para que no tuvieran que romper su relación? No lo he hecho porque usted no es digna de la familia Armstrong y si cree que voy a permitir que mi hijo procrea con una válida con un poder ridículo y que toda la descendencia de Evans sea homosexual... debe de estar soñando. Le aseguro Baker, que el legado de los Armstrong no se perderá en unos hijos maricones con un poder insignificante o ridículo como el suyo.

Me obliga a levantarme del suelo, arrastrándome por el cuello y contra la pared. Pero yo no puedo pensar en qué será lo siguiente porque mi mente está nublada por el dolor físico y emocional de las palabras que estoy escuchando.

—No sé si he hablado claro del todo —me advierte con una sonrisa—. Voy a expresarlo de otra forma por si acaso no lo ha entendido bien.

Un segundo después me golpea la cara. El impacto de sus nudillos contra el hueso de mi mejilla se hunde muy dentro. Recibo otro golpe, esta vez en la sien, que parece partirme el cráneo en dos. El tercer impacto hace que caiga al suelo, y él aprovecha la nueva posición para propinarme varias patadas en las piernas y los brazos, pero la que acaba por destrozarme es la que me da en el estómago.

Quiero desmayarme. Quiero perder la consciencia y dejar de sentir todo lo que estoy sintiendo, pero antes de que lo haga, él se detiene.

Me doy cuenta, unos segundos después, de que el ruido de mis compañeros en el pasillo ha

regresado.

Abro los ojos, pero el mareo me hace quedarme quieta donde estoy. Creo escuchar mi nombre. Debo ser visible otra vez, pero sé que nadie va a tocarme para auxiliarme porque lo que ha dicho Parker Armstrong es la verdad.

Al menos es lo que todo el mundo piensa.

11 A VECES, LA MUERTE ES EL MAYOR CONSUELO

No sé cuánto tiempo pasa hasta que noto una mano en mi brazo. Doy un respingo, asustada, si alguien se atreve a tocar mi piel desnuda solo puede tratarse de que Parker Armstrong ha vuelto para terminar conmigo.

A través de mi mente nublada, escucho la voz de Cas y retiro mi brazo con fuerza. Un dolor agudo recorre mi cuerpo al hacerlo.

—Tranquila... llevo tus guantes.

Mi audición debe de estar regresando, porque el zumbido ha disminuido y he registrado las últimas palabras de Cas.

Intento abrir los ojos de nuevo y gimoteo al notar el dolor en mi frente y mi mejilla. Respirar duele, pero cualquier otro movimiento me desgarrar.

El rostro horrorizado de Cas aparece frente a mi campo de visión.

—¿Estás bien? —pregunta tontamente.

—Ayúdame a levantarme —toso.

—¿Estás segura? Deberíamos esperar a la ambulancia —protesta— ¿Y si tienes algo roto?

Me tomo un momento en registrar las distintas partes de mi cuerpo. Me palpo las costillas, hasta comprobar que están en su sitio, tampoco parece que mis extremidades estén fracturadas.

—No tengo nada roto —gimo, pero el pinchazo profundo en mi labio y el sabor metálico de la sangre me indican que tengo el labio partido.

Cas me ayuda a ponerme de pie, y no puedo evitar gritar de dolor y que se me empapen los ojos de lágrimas.

—Ya está, lo peor ha pasado —promete cuando ya estoy en vertical, e intenta que pase mi brazo por sus hombros. Me resisto débilmente.

—Acércame mi blusa —le indico.

Contengo los gemidos mientras me la pongo con dificultad. Creía que me acostumbraría al dolor después de un rato, pero parece viajar por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Solo quiero llorar y abandonar mi propio ser.

Me alegra que Cas no me haga preguntas. Solo quiere sacarme de allí y llevarme a un médico.

—¿Te han golpeado la cabeza? Podrías tener una contusión...

Aunque me mate, repaso la paliza en mi mente intentando recordar con toda la claridad posible.

—No... no lo creo.

El pasillo bulle de gente que nos observa con incredulidad conforme avanzamos. Murmullos se propagan a nuestro alrededor, especulando sobre mi aparición repentina. Un chico más joven se acerca con una expresión compasiva y me entrega un sobre.

—¿Tori Baker? —pregunta, tímido, aunque es obvio que conoce mi nombre—. Diana me pidió que te entregara esto.

Cas toma la carta de su mano, y gruño en agradecimiento, ya que mi labio no me deja

vocalizar del todo.

Apoyada en mi amiga, iniciamos un tortuoso y lento camino hacia la salida, bajo la atenta mirada de mis compañeros. Una chica le ofrece una toalla a Cas a nuestro paso.

—Para la sangre... está limpia —parece horrorizada. Me consuela comprobar que mis compañeros no se alegran de mi patético estado. Al parecer, no todos son tan crueles.

Al alcanzar la puerta, suspiro aliviada, deseando escapar de esas miradas.

—¿Tori? —una voz incrédula me llega por la derecha. Tengo un ojo cerrado por el golpe en la sien, pero lo entreabro para confirmar que es Evans. Me mira con los ojos como platos y me pregunta lo que Cas ha sabido evitar. —¿Quién te ha hecho esto?

Le ignoro y aprieto el paso en una muda advertencia de que no deseo detenerme para hablar con él. Cas lo entiende y se apresura en abrir la puerta. Me quejó del cambio de ritmo, y él examina mi estado con una mueca ansiosa. Parece no poder asimilar lo que ve.

Me toma del brazo para detenernos, con una delicadeza que no concuerda con su expresión.

—Tori, ¿quién coño te ha golpeado? —brama, haciéndose oír en todo el pasillo.

Le aparto mi brazo con tanta violencia que se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—Déjame en paz —susurro, desesperada. No quiero que nadie nos vea juntos y se lo cuente al lunático de su padre. Los rumores tenían razón: Parker Armstrong ha degenerado del todo. Evans está tan asombrado con mi reacción que aprovechamos su confusión para desaparecer por las puertas.

Cas me obliga a ir al médico del campus a pesar de mis protestas. Por suerte, parece que no tengo contusiones ni nada fracturado, aunque me da una lista de síntomas a tener en cuenta para acudir a un hospital de inmediato.

No hay mucho que se pueda hacer para curar golpes, sin usar los poderes de sanación que no puedo permitirme. Me limpia la sangre, desinfecta las heridas abiertas y me pone vendas donde es necesario. Treinta minutos más tarde, Cas me acompaña a la salida del campus.

—Te has arriesgado demasiado, acercándote a mí cuando tenía tanta piel al descubierto —la regaño.

Me apoyo en ella al andar, pero ambas llevamos guantes. Suelo llevar varios juegos en el bolso por si las moscas y hoy lo hemos necesitado. Sé que ser mi amiga es un riesgo para ella, pero soy demasiado egoísta como para perderla también.

—¿Te acuerdas de cuándo nos conocimos? —dice, ignorando mis reproches —. Estábamos en el comedor y Lara Sorensen había hecho que me meara encima. No era la primera vez que me atormentaba, algunos días me hacía sudar hasta que mi ropa estaba empapada y tenía que pasar el resto del día incómoda y preocupada con mi olor corporal. Esa misma semana me hizo vomitar en educación física. Mi vida se estaba convirtiendo en un auténtico infierno. Entonces tú te levantaste, te acercaste a nosotras, te quitaste el guante y plantaste tu mano frente a su cara. “Si esta niña vuelve a derramar una lágrima por ti, te juro que haré que, en lugar de querer ser una Kardashian, quieras tirarte a una” le dijiste.

El recuerdo me hace sonreír, pero me detendo en cuanto noto pinchazos por toda la cara. Lara Sorensen es sanadora, tiene la habilidad de controlar ciertas funciones del cuerpo. Teóricamente, debe usarlo para curar, pero la chica es una auténtica zorra sin empatía.

—Te estaré eternamente agradecida por tu corazón generoso. No me conocías y tenías bastante con tus propios problemas, pero te enfrentaste a ella por mí, a cambio de nada.

—A cambio de una amiga —corrijo y sacudo la cabeza con una sonrisa que es más una mueca Frankenstein—. Nunca aceptaré que no le cuentas a tu hermano las cosas que te hacía

Lara.

Hemos llegado a la cabina de control del campus. Cas ha llamado a mi padre y este me espera fuera en su coche. Sin responder, me ayuda a llegar hasta la ventanilla, donde dos guardias dábanos charlan y ríen sobre algo.

—Descansa y cuídate, ¿quieres? —se despide tratando de ocultar el temblor en su voz—. Te llamaré esta noche.

Asiento y aprieto el botón del comunicador.

—¿Puede abrirme la puerta? —solicito, esforzándome por enunciar las palabras.

—Los alumnos no tienen permitido salir —me responde la voz distorsionada.

—Yo sí... —insisto sin aliento. Estar allí de pie, hablando me lastima en tantos sitios que me mareo.

El guardia se asoma por la ventanilla de la cabina con una expresión de impaciencia, pero sus ojos se ensanchan al registrar mi estado penoso.

—Mi padre me espera fuera —jadeo. La cabeza me está dando vueltas.

El hombre asiente y activa un botón para que las puertas metálicas se replieguen y pueda salir.

Al bajar del coche, mi padre se apresura hacia mí con una expresión preocupada. Sus ojos oscuros, enmarcados por unas gafas de pasta, destilan ternura, y su calva brilla bajo el sol. Es irónico que justamente él tenga alopecia.

—¿Mi pequeña... qué te han hecho? —exhala, abrazándome con delicadeza. Eso es todo lo que necesito para deshacerme en llanto y volver a sentirme como una niña.

Permanecemos allí por un momento, y él espera a que me calme, susurrándome palabras de aliento al oído. Me esfuerzo por recuperar la compostura, pero las lágrimas siguen fluyendo, demasiado dolorosas para contenerlas.

Cuando me suelta, percibo en su rostro la intención de preguntarme sobre mi agresor, pero le suplico que no lo mencione. Aunque renuente, accede a mi solicitud y me ayuda a entrar en el coche. El trayecto a casa es breve y lo paso mirando por la ventana medio desmayada en el asiento, mientras mi padre habla del ataque a Bólid. Por suerte, su habilidad es la naturología. Puede hacer crecer plantas y árboles en cuestión de minutos, descontaminar ríos y engrosar la capa de ozono. Para mí, él es el verdadero héroe de Dámara, no Parker Armstrong, el bloqueador, ni su hijo el *copycat*, ni ningún otro dámara elitista con los poderes bélicos que se valoran tanto.

Debido a su poder, mi padre no patrulla las ciudades humanas ni tiene que acudir a la zona del holocausto. Lo mismo ocurre con mi madre. Su habilidad para hacer crecer el cabello rápidamente la mantiene ocupada trabajando con enfermos de cáncer o personas que han sufrido accidentes o enfermedades que causan alopecia. Además, su capacidad para reproducir células del cuerpo la convierte en una valiosa arma contra algunas enfermedades.

Estoy muy orgullosa de mis padres, aunque vivan con salarios míseros.

Es una pena que ellos no puedan decir lo mismo de mí.

Es lamentable que yo destruyera el amor entre ellos y los cambiara para siempre.

Observo a mi padre, su forma de hablar y moverse, y me pregunto si antes era exactamente así, o si lo que sea que le hago a la gente cambia algunos detalles de su persona. Entiendo mi poder tan bien como entiendo la homosexualidad humana.

De todas formas, yo no lo sabría, porque para mí ellos siempre han sido de esa manera, y no comentan sobre esas cosas. No, jamás se han quejado ni reprochado nada, y lo único que me

muestran es que son felices de esa forma, con los cambios que yo he provocado en sus vidas. Ambos tienen pareja, y siguen siendo los mejores amigos. Aun así, es una verdad innegable que modifiqué la naturaleza de su relación drásticamente y que ya no somos una familia en el sentido tradicional de la palabra.

Cuando llegamos a casa, mi madre está esperándonos sentada en la escalera del porche. Se levanta ansiosa al vernos aparcar y corre hacia nosotros para ayudarme a bajar del coche.

—Tori, ¿estás bien? —Me me recorre con su vista de águila. Ya le he dicho dos veces por teléfono que estaba bien, antes y después de ver al médico del campus, pero mi madre no se da por vencida fácilmente.

—Espero que no hayas dejado el trabajo solo por este incidente.

—¿Incidente? —Me chilla, tan cerca del oído que pongo una mueca.

—Alma... —Mi padre pronuncia su nombre en un tono tranquilizador, y debe de implorarle que se calme con la mirada porque ella baja el tono.

—Nos han enviado a casa por lo de Bólid—explica, conforme me ayuda a subir los escalones al porche.

—¿Dónde estabas? —quiere saber mi padre que porta mi mochila en una mano. Debido a su trabajo, mi madre viaja de ciudad en ciudad y podría haber estado en Bolid esta misma mañana.

Aaparto ese pensamiento de mi mente. Ya bastante mal me encuentro.

—En Deremen.

Mi padre le pone la mano en el hombro y suspira aliviado, mientras ella rebusca en el bolsillo. Tiene tantos llaveros tontos en su manojo de llaves que siempre tarda un montón en encontrar la correcta, pero esta mañana no tengo ganas de burlarme de eso.

—Parece que no hay ningún lugar seguro ahora mismo —se lamenta mi padre—. No entiendo cómo h podido ocurrir, la verdad.

Entramos en casa y los dos se desviven por atenderme y preguntarme cincuenta veces qué necesito. Mi madre intenta interrogarme sobre lo ocurrido, pero su ex marido intercede y le pide que lo deje para más tarde.

Para más tarde.

No tengo ni idea de qué voy a decirles. ¿La verdad? ¿Qué Parker Armstrong me ha dado una paliza porque una profesora celosa le ha contado que ha habido un inocente acercamiento entre Evans y yo? Bueno, tal vez, inocente no sea la palabra, pero nadie sabe lo que estuvo a punto de ocurrir en mi dormitorio y, de todas formas, las cosas no pueden progresar entre nosotros. Es tan ridículo que hasta yo me planteo haberlo alucinado todo. Si no fuera por el dolor, estaría convencida de que ha sido un sueño.

No puedo decirles la verdad. Tendré que fingir que ha sido una pelea con compañeros y que me niego a dar sus nombres porque... bueno porque es peor ser un chivato que estar medio muerto.

Entiendo que el despliegue de celos de Evans con lo de mandar a Electric Blue volando a una piscina y lo de la silla flotante resulta sospechoso a otros ojos. Además, Evans acaba de romper con Diana, y ella debe haber relacionado una cosa con la otra, culpándome a mí de ello. No obstante, no dejo de ser la *gay maker* y, por razones obvias, no puede haber nada entre Evans y yo. Diana podría haberme ahorrado esta paliza con tan solo ser un poco racional.

Me tumbo en el sofá que tan cariñosamente me han preparado con la almohada de mi cama y mi manta favorita. Mi madre me da un vaso de agua y un analgésico para aliviar mis molestias y mi padre enciende la televisión de lo que una vez fue su propia casa.

—¿Cómo está Henry? —me intereso. Toma asiento en el sillón, cerca del reposabrazos del sofá donde he apoyado la cabeza, y alarga la mano para acariciar mi pelo.

—Bien, espero que le permitan quedarse en casa mañana también —responde y sintoniza las noticias.

Las imágenes de lo ocurrido en Bólid están en todas las cadenas en informativos especiales. No dejan de mostrar el campo de batalla en el que se ha convertido parte de la ciudad. Hay médicos humanos y dámaros con poderes curativos por todas partes, pero el número de muertos asciende a la centena. Asistimos el horror, enmudecidos, durante media hora, hasta que no puedo más. Siempre he odiado la forma en que la televisión explota las desgracias ajenas hasta el punto de parecer disfrutarlo. Es morboso y me enferma.

—Voy a dormir un rato en mi cuarto —declaro, bajo la atenta mirada de mis padres. Ambos insisten en acompañarme escaleras arriba, aunque es innecesario.

Una vez en mi cama tengo ganas de llorar de nuevo al recordar una y otra vez las palabras de Parker, pero estoy demasiado agotada y la pastilla me ha dado sueño. No tardo en sumergirme en el alivio de la inexistencia.

Despierto hora y media más tarde, sintiéndome renovada en fuerzas, pero me duelen más las heridas. Cuando llego al salón, mis padres me regañan por no llamarlos antes de bajar sola. Mi madre está preparando el almuerzo y en la televisión siguen hablando de Bólid.

—¿Alguna novedad? —pregunto a mi padre que acaba de volver de sacar la basura. Cuando estamos así, fantaseo sobre cómo hubiera sido la vida juntos en la misma casa, si yo no fuera... bueno, si yo no fuera yo.

—Han aparecido los guardias dámaros que trabajaban en el turno de anoche en la muralla de Bólid —explica mi madre.

La mayoría de los élites entra al servicio de la guardia dámara y se dedican a proteger las ciudades humanas y las cuatro Dámaras de cualquier emergencia, incluyendo los despojados.

—¿Y bien? ¿Dónde estaban?

—Alegan no recordar nada —resopla mi padre y trata de reír, pero suena más como un bufido, mientras se lava las manos en la pila de la cocina. Lo conozco bien y sé que, cuando se ríe de esa manera, está asustado.

—Mierda —interrumpe Alma—. No me queda salsa de tomate para los macarrones.

Mi padre y yo intercambiamos una mirada y nos reímos.

—Cada uno con sus problemas —se burla y ella le tira un trapo de cocina a la cara.

—Por mucho que el mundo esté en crisis, necesitamos almorzar y ya he puesto la pasta a hervir —se defiende con su propia lógica.

Mi padre se levanta del sofá donde nos hemos sentado juntos y se ofrece para ir a la tienda del barrio.

—Necesito más cosas, ¿te puedo hacer una lista? —ruega Alma.

—Mamá, ¿por qué no vas con él? —le sugiero, deseando que dejen de tratarme como si tuviera tres años otra vez—. Creo que puedo sobrevivir veinte minutos sin niñera.

Mi madre pone una mueca, pero sé que es demasiado controladora como para no querer ir a la tienda ella misma. Su problema es el de siempre: odia conducir. Le da pánico, por lo que ni siquiera tiene un coche, y siempre se está aprovechando de los coches y la generosidad de los demás.

Mi padre me pone la mano en el hombro y me mira con fingida seriedad.

—Procura no morir, ¿vale? —ruega con tono dramático.

Me río y le muestro mi pulgar. Intento que no se den cuenta de lo mucho que me duele moverme o sonreír siquiera.

En cuanto cierran la puerta, bajo el volumen de la televisión y suspiro por el silencio y la calma que invade la casa.

Mi paz no dura ni dos segundos, porque llaman al timbre. Mi madre y su manojito de llaves hacen que siempre llame en lugar de sacarlas del bolso, pero me parece extraño que me haga levantarme del sofá dadas las circunstancias. Quizá se le hayan olvidado, pienso conforme giro el pomo de la puerta. Pero no son mis padres quienes están al otro lado de la puerta, si no Lara Sorensen.

De todas las personas que me puedo encontrar en el porche de mi casa, incluyendo a Francisco Lachowski y a Lady Gaga, Lara Sorensen es la que menos me esperaba.

—Tori —saluda al fin, al ver que no voy a decir nada. Creo que es la primera vez que usa mi nombre en lugar de mi apodo—. ¿Puedo pasar?

—Eh... no —niego entre confusa e indignada. Lara suspira e inclina la cabeza hacia un lado.

—He venido a ayudar —explica.

Enarco una ceja aún más confusa y me aparto para dejarla entrar. Nos dirigimos a mi sofá y al sentarnos se me ocurre ofrecerle algo de beber, pero me lo callo. No se me da bien ser falsa.

—Estás fatal. —Me estudia desde el sillón, seria.

—¿Para qué has venido, Lara?

Mi compañera de clase suspira y abre su mochila de la que saca un neceser.

—He venido a curarte o a tratar de aliviar el dolor.

Me río, o más bien resoplo por lo ridículo que suena eso. Lara me ignora y saca unas gasas.

—He pensado que, si te toco a través de las gasas, quizá pueda curarte—. Le tiemblan las manos mientras separa las gasas y me doy cuenta de que está aterrorizada. No estoy segura, porque tiene la barbilla bajada, pero creo que está a punto de llorar.

—Si tu poder traspasa la gasa, también lo hará el mío —razono con calma. Es suficiente para que se ponga a gimotear.

—Drake y yo llevamos un año juntos —suelta, mirándome al fin con ojos llorosos—. Me gusta estar con él.

—Entonces, ¿qué haces aquí planeando ponerle las manos encima a la *gay maker*? —Nada más hacer la pregunta, me doy cuenta de la respuesta—. Vete de mi casa... no vas a tocarme.

—Pero...

—Puedes decirle a Evans que me has ayudado, no voy a desmentirlo.

Lara me mira esperanzada, mientras evalúa si le estoy diciendo la verdad. Después da un salto del sillón sin preocuparse con las gasas que caen de sus rodillas al suelo.

—Muchas gracias —jadea y se cuelga la mochila de un hombro.

—No lo hago por tu bien, lo hago porque me repugna la idea de que me toques —le explico. Me levanto y camino hacia el baño—. Lo de ser una zorra insensible quizá sea contagioso.

Está tan agradecida porque acaba de librarse que ni siquiera se ofende con mi comentario, o quizá así es como interacciona con sus amigos.

—No quiero verte aquí cuando salga del baño, ¿vale, Larita? —le cierro la puerta en la cara y me sostengo en el lavabo mientras analizo el desastre que soy en el espejo.

¿A qué juega Evans? Dios, si su padre se entera de que ha mandado a alguien a ayudarme... ¡Claro que se va a enterar! Ha coaccionado a Lara Sorensen y la muy estúpida va a contárselo a todo el mundo. Tiene que dejar de actuar como si hubiera algo entre nosotros.

Oigo un ruido fuera y pongo los ojos en blanco.

—¿Sigues aquí? —me quejo y abro la puerta del baño. Me detengo al ver que no se trata de Lara. Reconozco ese cabello rubio platino en menos de un segundo— ¿Electric Blue? —saludo gratamente sorprendida. Pero cuando el muchacho se gira, se me cae el mundo a los pies, porque sus ojos están inundados del mismo líquido negro azulado que vi cuando atacó a Drake. Tiene tanto que ha empezado a gotear por sus mejillas como lágrimas de petróleo.

—Por la Fylgja —murmuro mientras él da un paso hacia mí y engancha mi cuello con su mano.

Todo se vuelve negro y lo siento... siento la misma muerte dentro de mí.

12 TU MUERTE ES MI FAVORITA

Nunca me he creído ese momento en las películas cuando el moribundo sabe que le faltan instantes para partir y los utiliza para zanzar asuntos pendientes y despedirse de sus seres queridos. Pero en estos momentos, cambio de idea.

El líquido azul de Electric Blue está subiendo por mi garganta, inundando de su viscosidad oscura mi cerebro y me está matando.

Electric Blue me está matando.

No me detengo a pensar en los motivos que le han llevado a decidir asesinarme, porque me siento embargada por una debilidad intensa. Jamás en mi vida me he sentido tan frágil y cansada. Es algo que sale de mis huesos, que parecen estar huecos y también lo noto en mis órganos agotados de realizar las mismas funciones incesantemente, por lo que parece un siglo. Mi corazón es el peor de todos, está avisándome con cada latido irregular que ya no puede más, que quiere dejarse ir porque necesita ese merecido descanso.

Por todo ello, sé a ciencia cierta que ese es mi último minuto de vida, y ya no veo el rostro del chico frente a mí, sino que todo se vuelve negro cuando el líquido alcanza las cuencas de mis ojos rellenándolas por completo.

De pronto, ya no está junto a mí. Alguien toma mi mano en la suya, sosteniéndome con fuerza y soy capaz de sentir el cariño que fluye de esa persona. Por extraño que parezca, sé que se trata de mi hija y las lágrimas me inundan la garganta. Es un amor real y profundo, que jamás creí poder experimentar. No es la única conmigo, hay dos hombres en la sala y de la misma forma sé que son mis nietos. Una niña pequeña está encaramada junto a la pierna de uno de ellos. Mi bisnieta.

Aunque mi hija me toca con su propia piel, el más joven me acaricia la mejilla con una mano enguantada. Más información me va llegando de la misma forma. Sé que estoy en la camilla de un hospital, que está llena de flores preciosas y de una amalgama de sentimientos de apego familiar y tristeza por mi inminente marcha. Me inunda un torrente de afecto y ternura

profundos. Me aman tanto como yo a ellos; y esa es la idea a la que me aferro cuando al fin me noto ir.

El rostro de Blue vuelve a aparecer frente a la vez que la vejez y la debilidad desaparecen de mi cuerpo.

Estoy tan conmovida y turbada por lo que acaba de mostrarme que me echo a llorar inmediatamente. Me tiembla todo el cuerpo cuando él me encierra en un abrazo.

—Cariño —susurra, pegando su mejilla a mi sien—, tu muerte es una de mis favoritas.

Sigo llorando ante la inmensidad de lo que acabo de presenciar. Durante toda mi vida he convivido con un pánico asfixiante a la soledad. Ese sentimiento acosaba todo lo demás, acorralaba cada momento de risa y de normalidad. El miedo a acabar sola por culpa de mi condición, de no merecer el amor y el abrigo de una familia propia, una vez murieran mis padres. Algunos días, mi aprensión me ahogaba un poco menos. Otros, como hoy, después de las palabras de Parker, me sofocaba con la fuerza de una soga alrededor de mi cuello. Pero siempre ha estado ahí, cada minuto que recuerdo, arrojando una sombra sobre todas mis emociones.

Hasta este momento.

Electric Blue acaba de enseñarme que mi peor miedo nunca va a alcanzarme. Siento tal redención y alivio que no puedo detener el llanto. Sale en sacudidas de mi pecho en un desahogo que me vacía de miedos e inseguridades.

Cuando por fin me tranquilizo y me aparto de él, mi primer pensamiento es preguntarle si sabe el consuelo que me ha proporcionado, la forma tan profunda en la que lo que me ha enseñado me ha curado por dentro. Después me doy cuenta de lo que ha dicho.

“Tu muerte es una de mis favoritas.”

También regresan a mí sus palabras la noche que lo conocí y me quedo petrificada.

—¿Es cierto? —jadeo.

—¿El qué?

—¿Qué ves tu propia muerte todos los días?

Su sonrisa no se ve afectada por mi pregunta. Lentamente, asiente con la cabeza y mi corazón se encoge.

—¿Es...? —me mojo los labios insegura— ...es como...

—¿Cómo la tuya? —termina por mí. Niega con la cabeza, imposiblemente tranquilo.

No puedo creerlo. Ver tu muerte a diario y saber que es algo oscuro es la peor maldición que he escuchado en mi vida. Peor aun que ser como Dana Brattwurst, e incluso peor que ser como yo.

No sé qué decirle, no se me ocurre nada que pueda consolarle. Ahora entiendo su extraña personalidad y su comportamiento desinhibido. Me horroriza imaginar lo que ha tenido que ser su vida, su infancia, llena de muerte, la suya y la de otros.

—No me mires así —ruega, reconociendo la expresión de mi rostro—. No debes compadecerte de mí, cariño. Tengo una ventaja sobre los demás porque no conocer vuestra propia muerte os estropea y os pasáis la vida sufriendo por problemas que no vais a tener tiempo de tener.

Las palabras de Electric me parecen una verdad ridículamente acertada. Yo misma he sufrido cada día de mi existencia fantaseando con mi terrible y triste futuro sola y al parecer tendré una hija, nietos y bisnietos que me aman. Cada segundo de preocupaciones han sido una pérdida de tiempo y felicidad que nunca recuperaré.

Resoplo y sacudo la cabeza. Nunca hubiera creído que una persona podría cambiarte tanto en

tan solo cinco minutos. Este chico tan raro con acento glinean y ojos de otro mundo es la persona más fascinante que he conocido jamás.

Se me borra la sonrisa desquiciada que debo estar poniendo.

—¿Tú? ¿Cuándo...? —dejo las palabras flotar en el aire.

Electric Blue sonrío como si le divirtiera mi incapacidad de terminar la frase.

—La vida pasa más rápido cuanto mayor nos hacemos. No importa si mueres a los doce o a los ochenta, de las dos maneras no falta tanto. Lo que suma al final no son las horas, sino cómo las has pasado. Y yo saboreo cada segundo que me queda, cariño.

La puerta de mi casa se abre y mis padres entran parlotteando, pero enmudecen al ver a Electric Blue.

Me apresuro en secarme las lágrimas de las mejillas y carraspeo para que mi voz suene lo más normal posible, mientras mi invitado se vuelve hacia ellos.

Mi madre parece tan divertida como sorprendida de que haya un chico en nuestro salón, pero mi padre lo mira con una seriedad mortal y veo miedo en sus ojos. Debe saber quién es.

—Señor Baker, señora...ya no Baker —les saluda él con una sonrisa inocente. Nadie diría que acabara de sacudir mi mundo por completo.

—Eh... encantada. Soy Alma —comienza mi madre—. Perdona mi sorpresa, Tori no suele traer chicos a casa.

El humillante comentario de mi madre me hace poner los ojos en blanco.

—¿No? Me imagino que les dará miedo que los vuelva maricones, pero yo no tengo ese problema —responde él con su habitual desparpajo—. Porque ya lo soy. Espero que no le importe que el primer novio de su hija sea homosexual.

Mi madre lo contempla boquiabierta, reacción normal al conocer a Electric Blue. Al fin parece captar que él bromea.

—Si funciona para vosotros... además, nos ahorra tener que vigilar que no os quedéis solos —le sigue la broma ella, arrancándole una carcajada a mi amigo.

—Sin hablar de embarazos no deseados —continúa él, y ellos dos son los únicos en reírse.

Yo preferiría que pararan de bromear sobre mi imposible vida sexual. Mi padre sigue pegado a la pared y por su cara parece que Electric Blue es una pantera hambrienta.

—Te quedas a comer, ¿verdad? —invita mi madre entusiasmada. Electric Blue le echa un vistazo a mi padre y niega con la cabeza.

—Tengo que irme —se excusa. Se vuelve hacia mí y se acerca para darme un beso en la mejilla. Después susurra—. Creo que tu padre sabe quién soy, me voy antes de que le dé un ataque de nervios.

Concuerdo y él se dirige a la puerta y se despide de mis progenitores con un movimiento de mano. Mi padre camina hacia el sofá para mantener la distancia.

—¿Electric? —lo llamo justo antes de que cierre la puerta. Se asoma por el resquicio de esta.

—Dile a tu amigo que deje de amenazar a la gente para que vengan a curarme.

—Yo he venido por mi cuenta —asegura con una sonrisa antes de marcharse.

Mi madre apenas espera a que se haya ido para declarar lo encantador que le parece. Si ella supiera... Mi padre, que sí debe saberlo, está muy serio.

—¿Sabes quién es ese chico? —Tiene la cara contraída y la boca tensa. Le digo que sí con la cabeza.

—¿Sabes cuál es su habilidad? —insiste mi padre, y la gravedad de su semblante alarma a mi otra progenitora.

—¿Lo conoces? —curiosease ella.
—Conozco a sus padres.
—¿A sí? —me sorprende— ¿Quiénes son?
Mi padre no responde a mi pregunta.
—No quiero volver a verte con él.

Por el raballo del ojo veo que mi madre frunce el ceño. Nunca han tenido que decirme algo así. En realidad, soy aburridamente responsable.

—¿De qué va todo esto?
Mi padre suspira más relajado y se vuelve hacia ella.
—No dejes que vuelva a esta casa.

Me muerdo el labio mientras inician un debate sobre el asunto. Me planteo explicarles que es demasiado tarde para protegerme de él y que, en mi caso, su habilidad ha sido una bendición, pero me decanto por guardármelo.

Después de comer, vuelvo a echarme en el sofá y la pastilla debe de haber desaparecido de mi sistema porque sufro muchos dolores, a pesar de que emocionalmente estoy como nueva.

Me llega un mensaje de Evans.

Derek Montgomery es gay, deja que ayude.

Otro mensaje lo sigue.

Por favor

«¿Derek Montgomery?» me pregunto, pero dos minutos más tarde un sanador, con el mismo poder de Lara, se presenta en mi puerta.

Mi madre lo deja pasar perpleja, cuando el recién llegado anuncia su poder, orientación sexual y que ha venido para curarme.

—No tenemos dinero para sus servicios —le explico mientras el hombre coloca una silla frente a mí.

Los servicios de un sanador cuestan una millonada para otro dármaro. Tanto, que solo un élite en activo se lo puede permitir.

—Bueno... ¿de cuánto estamos hablando? —pondera mi madre, sintiéndose culpable por negarle a su niña un tratamiento eficaz por una cuestión económica.

—Nada, ya me han pagado —explica el sanador acercando sus manos a mi rostro.
Evans.

Estoy enfadada, pero el alivio que empiezo a notar es irresistible y antes de que me dé cuenta, ha terminado con mi rostro y está trabajando en las contusiones de mi torso.

Cuando termina conmigo tengo ganas de llorar porque ya no me duela cada respiración. Lo malo de que me hayan curado casi por completo es que, en cuanto se va el sanador, mis padres empiezan a atosigarme con preguntas sobre lo que me ha ocurrido. Me tienen acorralada.

Mido mis explicaciones con mucho cuidado para que parezca una simple pelea escolar. En ese momento, Alma hondea una carta en el aire que ha sacado del sobre de parte de Diana. Tiene el rostro contraído en una máscara de severidad y sus siguientes palabras me asombran:

—¿Tiene algo que ver con que te hayan expulsado de la escuela?

13 TORI BAKER, LA *GAY MAKER*

Hay cosas que me cuesta creer incluso cuando las veo con mis propios ojos. Como, por ejemplo, a mi mejor amiga agachada detrás de un cubo de basura como si estuviera jugando al escondite.

Cruzada de brazos, estudio su culo en pompa y enarco una ceja. El guardia de la salida de Dámara Not está fumando un cigarrillo a pocos pasos, pero no parece haberla visto.

—¿Qué haces? —me coloco detrás de ella, haciendo que dé un salto del susto. Me agarra del brazo y tira de mí para esconderme también. Sisea colocando el dedo índice contra sus labios, pero luego se fija en mi modelito.

—Me encanta esa chaqueta roja —aprecia, y pongo los ojos en blanco en vista de su facilidad para distraerse—. ¿Dónde la has comprado?

—¡Cas! ¿Qué hacemos aquí? —muevo mi mano indicando que aquí se refiere a la frontera de Dámara en general y al cubo de basura en particular.

—¿No has visto las noticias? —susurra—. Ayer en la escuela no hablaban de otra cosa.

Aprieto los dientes al recordar que la razón por la que no fui a clase ayer es porque me han expulsado. Me han expulsado por poner celoso a Evans, me han expulsado y encima he recibido una paliza. Es tan injusto que cada vez que lo recuerdo me enfurezco igual que al enterarme.

—Dicen que hay dámaros detrás de el ataque de Bólid y del de nuestra escuela también —continúa Cas.

Sacudo la cabeza rechazando esas teorías. Sé por las noticias que están investigando a los dámaros que estaban de guardia durante el ataque, porque no han sido capaces de explicar su extraña desaparición, pero de ahí a decir que son los responsables... es una locura.

—Es ridículo —me indigno. Después de siglos de servir a los humanos a cambio de nada, no puedo creer que nos acusen de algo así.

—Dicen que habrá otro ataque pronto, pero nadie sabe dónde ni cuándo.

—¿Cómo saben que habrá otro? —dudo. Se me pasa Electric Blue por la cabeza.

—Porque no han aprecido los despojados que atacaron Bólid. Los deben retener en algún

lugar para volver a usarlos —explica. Después desvía la atención al final de la calle por donde se aproxima un coche.

—No son ellos —murmura, relajando los hombros, y el automóvil pasar de largo.

—¿Quiénes?

—Evans le ha pedido a Drake que lo acompañe a Deremen, ¿sabes qué significa eso?

—Significa que necesita ser invisible. —Me pongo nerviosa de escucharlo. ¿Ese chalado está intentando encontrar a los despojados por su cuenta?

—Exacto —concede Cas—. Quiero saber qué está pasando.

—No podemos seguirles sin un coche —me lamento, deseando poder moverme a la hipervelocidad de Evans. Aunque también necesitaría super fuerza para cargar con Cas.

Escucho el motor de otro automóvil y se me acelera el corazón. Si son ellos no vamos a tener tiempo de idear un plan para poder seguirlos. Por la expresión de Cas sé que ha reconocido el coche de su hermano. Se levanta y tira de mí para abalanzarnos sobre el lateral del vehículo justo cuando se detiene frente al control de seguridad fronterizo.

—¿Cuál es tu plan? —interrogo, corriendo tras ellas, mientras vigilo que ni Drake ni su copiloto, Evans, nos hayan visto.

—¡Este! —chilla Cas y bordea el vehículo por detrás para accionar la manilla de la puerta trasera. Su plan de mierda me desalienta. Como es de esperar en cualquier coche con menos de una década, las puertas están bloqueadas.

Repantigado en el asiento de atrás, está Electric Blue que sonríe al ver nuestro patético intento de abordar su automóvil. Es él el que se levanta para estirar su brazo larguirucho y apretar el botón de desbloqueo del cierre centralizado.

Cas logra abrir la puerta y se apresura en dejarme hueco.

—¿Qué despojados hacéis aquí? —nos grita Drake con las manos en el volante y girado hacia el asiento trasero.

—Vamos con vosotros —dice ella con normalidad y se abrocha el cinturón.

Acaban de abrirnos las puertas hacia el exterior de Dámara, pero Drake permanece parado.

—Bajaos ahora mismo —ordena, mirando a su hermana.

Evans, que ha estado inusualmente callado, desaparece de su asiento y una milésima de segundo después tengo la puerta de mi lado abierta y está tirando de mi brazo.

Es demasiado fuerte como para resistirme, pero en cuanto estoy de pie a su lado me quito un guante y lo pongo frente a su cara. Él aprieta los dientes tanto que se distingue el hueso de su mandíbula.

—Vete a casa...

—Tócame otra vez y te juro que esta noche compartirás cama con Electric Blue —lo amenazo y vuelvo a subirme al coche, con mi mano desnuda extendida hacia él.

Drake aprovecha para decirle a Cas que se baje también, y Electric Blue observa la escena de brazos cruzados y con una expresión aburrida.

Evans se inclina hacia dentro, sujetándose entre la puerta y el techo, observa mi mano para después fulminarme con la mirada.

—Me da igual que te quites toda la ropa, Tori. No vas a venir con nosotros.

—Sí vamos. Queremos saber qué está ocurriendo.

En algún momento, durante nuestro tira y afloja, Drake se ha bajado del coche y forcejea con Cas con la brusquedad que solo se da entre hermanos. Ella está gritando como una loca y eso llama la atención de los guardias.

Electric Blue suspira en vista de que el espectáculo se está alargando.

—Deja que vengan —le sugiere a Evans en tono plano.

Ambos parecen tener una conversación silenciosa.

—¿Qué hay de Cas? —insiste Evans.

—Ella también —aprueba Electric Blue.

Al principio me quedo descolocada con esa conversación. Me choca que Evans acepte órdenes de su nuevo amigo, aunque, un instante después, entiendo de qué están hablando y se me pone la piel de gallina.

Ninguna de las dos corre el riesgo de morir hoy.

La vida cerca de Electric Blue puede llegar a ser muy extraña. Ser amiga de alguien que sabe que ese día no vas a volver a casa... Estoy tan absorta en mis cavilaciones, que no participo en la escandalosa celebración de victoria de Cas al ver que ambos matones cierran nuestras puertas y vuelven a montarse en el coche.

Salimos de Dámara Not a una carretera con árboles frondosos a ambos lados. Me invade el habitual sentimiento de libertad al saberme fuera de Dámara.

Cuando eres un dámaro puedes estar dentro de las siguientes categorías:

1. Los élites: Tienen los poderes más fuertes y útiles en la lucha contra los despojados y la protección de los humanos, como Drake, Evans y Parker.

2. Los sanadores: Como Lara Sorensen y Derek Montgomery.

3. Los videntes: Suelen ser exiliados que se ocultan del mundo para evitar que los persigan y utilicen. O dámaros cuyo poder no está registrado, o bien porque nadie sabe que son dámaros o bien porque figuran en el registro como inválidos cuando, en realidad, sí que tienen una habilidad. En ambos casos suelen vivir fuera de las cuatro Dámaras, haciéndose pasar por humanos. Como Electric Blue.

4. Los válidos: Con habilidades útiles para la comunidad. Como la absorbedora Dana Brattwurst, Cas o mis padres.

5. Los inválidos: Dámaros que no han manifestado ningún poder o que tienen habilidades inútiles o molestas como la mía.

No es de extrañar que, siendo prácticamente inválida, ansíe salir de los muros de Dámara hacia un mundo que no sabe quién soy y no me juzga por algo que no es mi culpa. Mi hogar es una auténtica cárcel para la gente como yo.

Dentro del coche, estamos inmersos en un silencio incómodo, roto solo por el ruido del motor y la fricción de las ruedas contra el asfalto. Como si Drake hubiera escuchado mis pensamientos, enciende la radio y tras unas cuantas palabras de la interlocutora con voz seductora, comienza a sonar Something Just Like This de The Chainsmokers.

*I've been reading books of old
The legends and the myths
Achilles and his gold
Hercules and his gifts
Spider-Man's control
And Batman with his fists
And clearly, I don't see myself upon that list*

Es uno de esos momentos en los que sientes que la canción ha sido escrita para ti. La melodía

se me mete bajo la piel y la letra me conmueve en lo más hondo de mi ser.

*But she said, "Where d'you wanna go? How much you wanna risk?"
I'm not looking for somebody with some superhuman gifts
Some superhero, some fairytale bliss
Just something I can turn to, somebody I can kiss*

El estribillo de la canción se acelera y se me pone la piel de gallina. A través del espejo retrovisor me encuentro con un par de ojos que conozco mejor que los míos.

I want something just like this

Y por culpa de la estúpida canción, el balanceo agradable del coche y lo endemoniadamente bonitos que son esos iris grises se me hincha el pecho y siento por un instante de locura que aún le amo.

Una vocecita, a la que normalmente intento no escuchar, me dice que la razón por la que Evans quiere que me aparte de ellos es su miedo a que me ocurra algo malo. En cuanto Electric Blue le ha asegurado que estaría sana y salva, ya no parece disgustado con mi presencia en el coche.

Me muerdo el labio, abrumada por la intensidad de esa idea, Me he negado ese amor a mí misma durante tantos años que me recrimino permitirme ese momento de sinceridad.

Mi corazón se acelera cada vez que Evans vuelve a buscar mis ojos en ese espejo y un recuerdo acude a mi memoria.

Tenemos doce años, justo antes de que él se manifestara. Estamos tirados en el suelo de su cuarto, con nuestras espaldas sobre la suavidad de una moqueta impoluta. Nos estamos riendo por un estúpido juego que se le ha ocurrido a Evans.

—¿Qué prefieres el poder de Dana Brattwürst o el de Dominic Bale?

Titubeo contemplando el póster de Harry Potter que tiene pegado en la pared de enfrente.

—¿Dominic Bale es el chico mofeta? —cuestiono dudosa.

—Ajá, el de tercero que suelta gases fétidos cada vez que se pone nervioso.

Me planteo las opciones entre una vida entera de dolor o la humillación de apestar la sala cada vez que me estreso. Suelto un bufido sin estar segura de qué escoger y Evans se ríe.

—Vamos, escoge —insta, dando un ligero golpe en mi pierna con su rodilla.

A quien quiero engañar, puede que no tenga ni idea de los niveles de dolor que alguien como Dana va a tener que soportar a lo largo de su vida, pero sí que sé bastante sobre humillación.

—Dana Brattwürst.

—¿Estás segura? —Evans se extraña con mi elección.

Digo que sí con la cabeza. Al menos, sería una heroína y un orgullo para mis padres y los demás dámaros.

—Me toca. ¿Qué prefieres probar cucarachas cocidas en un caldo de sus propios huevos o comerte un ratón vivo?

Evans suelta una exclamación exagerada de disgusto, se apoya en sus codos con una expresión repugnada

—Estás fatal, Tori —ríe— ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

—Responde.

—Supongo que... —empieza a decir, pero entonces parece imaginárselo y su mueca me hace soltar una carcajada—. Escojo las cucarachas porque están muertas. No podría comer algo que aún esté vivo.

Se deja caer de nuevo y yo le sonrío al techo pensando en el buen corazón que tiene a pesar de que siempre está intentando parecer un chico duro. No sé cuantos minutos pasamos en silencio, perdidos en nuestros propios pensamientos cuando me dice:

—¿Morir virgen o acostarte con Sarah Jefferson?

—Sarah es guapa —protesto sin entender el dilema de sus dos opciones. Se supone que ambas deben ser terribles. Pero, a mi yo de doce años, morir virgen le parece tan buena idea como Sarah, aceptable.

—Vas a hacer la tijera con ella algún día, entonces —afirma un tanto enfadado, y le golpeo con mi cojín. Es la tercera vez que saca esos temas en los últimos meses. Me pregunto si se está convirtiendo ya en un hombre, gobernado por el impulso de sus hormonas.

Bien, si él lo quiere:

—¿Prefieres experimentar un miembro masculino en tu boca o en tu puerta de atrás? —planteo, vengativa. Sé que su orgullo de machito heterosexual va a ponérselo difícil.

—Ninguno, obviamente —resopla.

Giro sobre mi costado y me apoyo en un hombro para mirarlo desde arriba.

—Es tu propio juego y sabes las normas. Debes elegir —le recuerdo calmada.

—Ninguno.

Pongo los ojos en blanco. Sin duda mi madurez lo está dejando atrás.

—No te hagas el macho y escoge.

Sus bonitos ojos, que siempre me han dado envidia, pasan del techo a los míos. Cada vez se está haciendo más evidente entre nosotros que él es un chico y yo una chica.

—¿Y tú?

Sonrío y sacudo la cabeza.

—Es tu turno —le golpeo la frente con mi dedo enguantado varias veces—. Además, yo nunca me veré en la tesitura de elegir en qué parte de mi cuerpo prefiero dar la bienvenida a un pene. No obstante, tú eres amigo mío y es muy probable que en algún momento tengamos un roce accidentado. No sería tan descabellado.

—Entonces tengo que dejar de ser amigo de Tori Baker, la gay maker.

Me abalanzo sobre él, poniéndome a horcajadas mientras le abofeteo con mi mano enguantada y le apunto con un dedo.

—No vuelvas a decir eso, o alguien lo escuchará. Se correrá la voz y acabará siendo mi apodo.

—Porque es bueno, ¿verdad? Baker la gay maker... —se ríe de mí y me pellizca la cadera porque sabe que me enfurecen los pellizcos.

Desde mi posición de ventaja, apoyo los puños a ambos lados de su rostro y le miro con superioridad.

—¿Tan malo sería que te convirtiera? —bromeo—. Quizá seas más feliz así.

Es extraño, pero necesito que Evans me diga que no sería tan malo que yo le convirtiera. Necesito que me diga que puede ser igual de feliz si se diera el caso. Pienso en mis padres y en todo el que me tocó antes de que mi madre se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Pero Evans me impacta de otra manera. Me mira a los ojos en silencio durante un instante extraño, de esa forma nueva que se está repitiendo últimamente.

—No gracias, soy feliz con lo que me gusta ahora... no quiero que cambie.

Por alguna razón, sus palabras, o quizá su forma de mirarme, me sonrojan; y de pronto soy consciente de estar a horcajadas sobre él.

Intento bajarme y le golpeo con el codo al caer. Evans suelta un quejido exagerado y levanto su camiseta para averiguar por qué le ha dolido tanto. Lo que rescubro es un enorme moratón azulado que deforma su piel.

—¿Qué es esto?

Él suspira, cerrando los ojos como si no quisiera recordarlo.

—A mi padre no le gustó nada nuestra broma con las ranas.

—¿Te ha pegado? —me horrorizo.

—La señora Müller le dio la tabarra durante horas... —se apresura en decir. No sé que me espanta más que su padre le haya pegado o que Evans lo excuse. Que llenáramos su casa y la de un par de vecinas de ranas no es razón para hacerle un cardenal de ese tipo.

—¿Te había hecho daño antes?

Evans niega con la cabeza.

—Normalmente, se limita a recordarme la gran decepción que soy, pero, bueno, últimamente está estresado con el Parlamento, y...

—¡Me importa una mierda que esté estresado! —lo interrumpo—. Si vuelve a tocarte, te vienes a vivir conmigo.

—¿Vamos a caber en tu cama? —bromea, quitándole importancia al asunto y vuelvo a sonrojarme. Nunca jamás me había sonrojado con Evans antes, y ahora acaba de ocurrir dos veces.

Me voy a mi casa preocupada. Mi madre me pregunta en la cena qué me ocurre y rememoro otra conversación que he tenido con Evans esa misma tarde.

—¿A cada cuánto limpiamos el baño?

Mi madre y Ellie se miran sorprendidas, pero no tardan en esbozar una sonrisa resabida.

—A ver... ¿a cada cuánto limpian el baño en casa de Evans? —se interesa Ellie. No es la primera vez que nos comparo con los Armstrong, me doy cuenta por su reacción.

—¡Todos los días! —anuncio, dramática—. No os he visto hacerlo por aquí tan a menudo.

Alma parece ofendida.

—¿Y lo limpian los padres de Evans o una empleada de hogar?

Medito sobre su pregunta, y me doy cuenta de que me cuesta imaginarme a Parker o a Cecily haciendo algo tan mundano y desagradable como limpiar un retrete. Siempre van vestidos con trajes caros y elegantes, incluso en casa.

—La señora de la limpieza —reconozco—. Pero... ¿y nosotras?

Ellie se inclina en su silla, dando un sorbo de agua y me estudia.

—Tú nunca, señorita Baker, pero tu madre y yo, nos turnamos para hacerlo una vez a la semana.

—¡Una vez a la semana! —Protesto, cotejando la información con la de Evans—. No es suficiente, vamos a coger una enfermedad o algo.

Ellie me tira su servilleta a la cara con una expresión burlona y sacude la cabeza. Mi madre, sin embargo, me contempla pensativa.

—Creo que ya tienes edad para que te añadamos en los turnos de limpieza, Tori—propone—. Y así limpiamos más a menudo.

Hurgo en los trocitos de brócoli de mi plato con el tenedor, preguntándome si debería

haberme quedado calladita.

—Bueno, los padres de Evans tienen empleada...

—Nosotras no somos elites, no podemos permitirnos ese lujo —me recuerda mi madre. He oído esa frase tantas veces.

—Y, a pesar de eso, tenéis menos estrés que ellos —Trato de hacerles la pelota para suavizar las cosas—. Parker está tan estresado con el Parlamento que casi le parte una costilla a Evans.

La expresión en sus rostros, corrobora que el suceso no es tan normal como declara Evans.

—Tu amiga me está mirando fijamente —susurra Electric Blue a mi lado, trayéndome de vuelta al presente.

Cas tiene la espalda prácticamente apoyada en la puerta del coche y contempla a Electric Blue con la misma expresión que pone cuando vemos Stranger Things. Me río, y ella se reincorpora hacia delante de sopetón al saberse descubierta.

—Cree que si te vigila no puedes hacerle daño —explico.

—Nada de eso —se queja, enfurruñada, pero está más tensa que la cuerda de una guitarra.

El humor de Electric Blue es igual de particular que él. Se le ocurre gastar una broma, llevando su mano hacia el cuello de Cas, lo que provoca que sucedan varias cosas a la vez: Drake pega un frenazo que nos impulsa a todos hacia delante. Evans aleja la mano de Electric Blue de Cas con un movimiento de telequinesis mal controlado que acaba conmigo golpeándome la sien contra la ventanilla. Pero lo más sorprendente de todo es que Cas ha agarrado la muñeca de electric Blue, en un impulso de autodefensa, y es él quien parece estar asistiendo algo que ella le está mostrando. Alguna escena que debe tener grabada.

No dura más de unos segundos. Cas aparta la mano de él y se pone tan blanca que estoy segura de que va a vomitar.

—Mierda —se lamenta, mientras que Electric Blue tiene la boca abierta y una expresión que me mata de curiosidad. Cas se cubre la cara con las manos—. Mierda —repite con la voz ahogada.

Mi amiga es de esas personas dramáticas con las que cuesta saber cómo de grave es la situación porque siempre sobreactúan. Pero es el rostro encendido de Blue, después de su actitud apática de toda la tarde, lo que muestra que debe tratarse de algo jugoso.

Nos quedamos todos observándolos en silencio, conscientes de que el poder de Cas es mostrar algo que haya visto en el pasado. La cuestión es qué.

—Por favor... —le ruega Cas, pero se interrumpe a sí misma con un gemido y se vuelve a cubrir la cara.

—No te preocupes, cariño —comienza Electric Blue. Todo su tedio se ha desvanecido dejando solo un brillo felino en sus ojos. Parece positivamente animado y tiene una sonrisita misteriosa curvándole los labios. Estoy muerta de la curiosidad.

—No... no es... No creas que... —tartamudea Cas.

—Soy una tumba, cariño —le promete el rubio, radiante.

No puedo dejar de apreciar la ironía de esa comparación. Entonces, escuchamos el estruendoso claxon de un camión, y nos damos cuenta de que estamos parados en mitad de la carretera. Tenemos suerte de que ese sea el primer vehículo que ha pasado y que nos haya visto a tiempo para esquivarnos.

Drake pone el coche en marcha, pero lo veo lanzar miradas ansiosas por el espejo retrovisor.

Saco mi teléfono del bolsillo y tecleo un mensaje para Cas.

WTF???

Cas ve mi mensaje, pero se limita a echarme un vistazo compungido y regresa la atención a su ventanilla.

Podría preguntarle al chico sentado a mi lado, pero sé que sus respuestas crípticas y misteriosas van a irritarme más. Además, acaba de prometerle que no dirá nada. Frustrada, voy a guardarme el teléfono de vuelta, cuando vibra con un mensaje de Evans:

De que iba todo eso??

Me paso la lengua por la comisura de la boca y respondo.

Ni idea...

Cas me oculta cosas!!!!!!

4 años de relación para esto



—Eh, Drake, disminuye la velocidad... —le pide Evans después de echar un vistazo al velocímetro. Se guarda el teléfono en el bolsillo de la chaqueta—, no queremos acabar detenidos.

Si hay algo que he aprendido de Drake, tras años de tenerle como taxista personal, es que acelera cuando está enfadado o nervioso, y eso me lleva a sospechar que lo que Cas le ha enseñado a Electric Blue lo afecta de algún modo. De hecho, me sorprende que esté aquí en absoluto, teniendo en cuenta que hace dos noches le mostró su muerte, y que, a juzgar por su reacción desmesurada, esta no va a ser nada agradable.

Se me pone la piel de gallina al ponerme en sus zapatos y pensar lo que ha tenido que ser para él vivir su muerte y descubrir que es horrible o que ocurre pronto. ¿Por qué le habrá hecho esa maldad el vidente?

Electric Blue fue a mi casa y me mostró mi muerte en un intento por consolarme y lo ha logrado, pero ¿por qué compartir el de Drake si es terrible? ¿Solo porque rechazó su beso? Es una bajeza que no me cuadra con la personalidad que creo que tiene.

Ahora que lo pienso, por las preguntas que me hizo Evans en mi cuarto, se nota que ha experimentado la habilidad de Electric Blue en persona. Me entran ganas de vomitar al imaginar que ha previsto algo terrible para Evans. De pronto, necesito saberlo y al mismo tiempo no creo que pueda soportarlo. Nunca había sentido la muerte tan presente en nuestras vidas... al menos no hasta que llegó Electric Blue. No me extraña que dijera que nadie lo quiere cerca.

Sin poder controlarme, tecleo un mensaje para Evans.

Sé qué es E.B

Sé lo que puede hacer

Un segundo después de enviarlo, Evans se gira y me mira con los ojos muy abiertos y tanta gravedad en el rostro que sé que me está preguntando si Electric me ha mostrado algo.

Afirmo con la cabeza, despacio.

Evans da un golpe contra el salpicadero y suelta una palabrota, asustando al conductor.

—¿Qué ocurre? —pregunta Drake, echándole miradas de soslayo.

—Para el coche —le ordena de malas maneras. Está furioso, y Evans furioso son malas noticias.

14 LENGUA Y SALIVA

Drake no se atreve a discutirle, sino que aparca en el apeadero de la carretera. En cuanto se detiene, Evans se baja del coche y un segundo después la puerta de mi lado está abierta.

—Vamos —me ordena y desmonto para seguirle bosque adentro.

Cuando hemos dado los pasos suficientes para que no nos escuchen desde el coche, se detiene y gira sobre sus talones para encararme. Tiene una expresión mortificada.

—Tori, te pedí que te alejaras de él —se lamenta—. Yo no puedo controlarle...es... ¡joder! Lo siento.

Da dos pasos hacia mí y lo tengo justo en frente, nuestras narices demasiado cerca para mi gusto, pero Evans está fuera de sí.

—Lo siento... no debí traerle —traga saliva— ¿Estás bien?

—Fue él quien vino a mí —explico calmada—. Después de la paliza, vino a mi casa y me... me mostró los últimos minutos de mi vida.

Evans cierra los ojos con fuerza y derrotado, baja la cabeza.

—Voy a matarlo —masculla y se frota la cara con la mano. Todo su cuerpo está en tensión y temo que vaya a empezar a perder el control sobre sus poderes. No hace tanto que usa la telequinesis.

—No, no vas a hacerlo. Evans, mi muerte es como deberían ser todas. Muero anciana y rodeada de gente que me quiere...—le confieso, rompiendo a llorar. Rememoro las emociones de aquel momento como si fueran el recuerdo de un sueño maravilloso—. ¿Te lo puedes creer? ¿Yo rodeada de gente que me quiere?

Evans parece tan aliviado, que se le humedecen los ojos mientras analiza los míos en busca de la veracidad de mis palabras. Me dedica una sonrisa débil, y sé que algo así solo puede ocurrir entre los árboles de ninguna parte. Sé que no tendré más momentos como este con él.

—Sí, me lo puedo creer —murmura entonces.

Nos miramos fijamente durante un instante.

—¿Evans? —comienzo, intentando recuperar mi voz—. Electric te... —me detengo incapaz de decirlo—. Dime que estarás bien.

Es extraño analizar los ojos de alguien y a la vez querer apartarlos por miedo a lo que vas a ver ahí.

—No tengo ni idea de cuándo ni cómo muero... Blue no me ha mostrado eso.

El alivio me dura poco y queda reemplazado por la confusión.

—Pero te ha mostrado algo...

La expresión de Evans cambia a una de cautela, a la vez que se aparta de mí.

—Vamos, tenemos que irnos —me interrumpe, dándome la espalda.

Frustrada, sigo sus pasos por miedo a qué me dejen tirada en medio de una carretera incomunicada. Como bien había predicho, el momento entre nosotros ha acabado y volvemos al distanciamiento.

Cuando entro en el coche, Electric Blue me guiña un ojo con una sonrisa resabida. Me dan unas ganas terribles de sacudirlo por los hombros y decirle que me cuente todo lo que sabe. Que es mucho... o al menos eso es lo que parece. No está nada preocupado con el hecho de que hace unos minutos Evans casi monta en cólera por su culpa.

—¿Habéis terminado ya con los misterios? —se queja Drake.

—Sí—replica Evans, indicándole con la cabeza que continúe.

—¿Y no crees que ya es hora de que nos expliquéis qué despojados está pasando? —protesta, en lugar de arrancar el motor.

Evans inclina la cabeza, sopesando.

—Necesito ver a alguien sin que nadie me rastree. Así que vas a hacerme invisible —responde—. Eso es todo lo que necesitas saber.

Drake aprieta sus voluminosos labios en una línea fina.

—No, eso no es todo lo que necesito saber, Armstrong—refuta—. Entiendo que eres el lápiz más afilado del estuche y que estás acostumbrado a dar palmas y que todos bailen, pero esto nos afecta también. Así que, si necesitas mi ayuda, quiero más información.

«Guau, Drake, que huevazos le has echado».

Se hace un silencio tenso en el coche. La gente no suele plantarle cara al *copycat*. Bueno, a excepción quizá de Electric Blue. Pero Drake parece haberse quedado sin paciencia.

Evans se rasca el mentón considerando sus opciones.

—Necesito descubrir quién está detrás de todo esto, antes de que haya otro ataque.

Drake asiente más sereno.

—¿A quién vamos a ver?

Por la forma en la que Evans mueve la cabeza sé que no le gusta la pregunta.

—Es peligroso para él... es mejor que no sepáis su nombre. Nos alertó sobre el ataque de la escuela antes de que sucediera.

—¡Lo sabía! —interrumpo triunfal—. No era una coincidencia que volvieras el mismo día. Sabías que nos iban a atacar—. Mi expresión gloriosa decae al recordar a los dos estudiantes muertos— ¿Por qué no evitaste que murieran?

Evans suspira y se gira en el asiento.

—No es tan fácil, Tori... lo intentamos.

Tiene una expresión cansada en el rostro que lo envejece. Como si sus responsabilidades fueran más allá de las de alguien de su edad.

Me cruzo de brazos y me recuesto. Soy una cría estúpida que no tiene ni idea de los

problemas del mundo, mientras que Evans va mil pasos por delante. Nunca me había sentido tan lejos y distinta a él como en ese momento. Debe verme como la niña con la que dejó de hablar.

Le echo una mirada de soslayo a Electric Blue.

—¿Tú sabías que iban a morir?

Inclina la cabeza hacia un lado, y me estudia con una expresión inmutable en el rostro.

—No los conocía, cariño, no es así como funciona mi poder.

Ahora sí que estoy confusa.

—Pero tú dijiste que... —me callo, echando un rápido vistazo a Evans. Recuerdo perfectamente que Electric Blue sabía quién era yo cuando nos conocimos. Pero cuando acusé a Evans de hablarle de mí, Electric Blue me aseguró que, en realidad, había sido él el que le había hablado a Evans de mí—. Me conocías antes de verme.

El rubio sonríe como si mi ignorancia le pareciera adorable.

—Te vi antes de conocerte, es cierto.

—Pero acabas de decir que...

—Ya vale —nos interrumpe Evans en tono severo, y ambos intercambian una mirada intensa a través del espejo retrovisor.

Electric Blue la aparta primero y la pierde en algún punto del bosque que se sucede a través de la ventanilla de Cas. Otra vez tiene esa sonrisita de quien sabe todos nuestros secretos más jugosos. Ha conseguido hacerse hasta con el secreto de Cas; es un puto imán para ellos.

Siguiendo las indicaciones de su navegador, Drake toma una de las salidas de la autopista y empezamos a ver edificios caóticos de estaturas y colores variantes. Odio la ciudad de Deremen. Siempre me ha dado la impresión de que un montón de gente con gustos horteras pero dispares edificaron a lo loco lo más cerca posible unos de otros. Y como no querían gastarse mucho dinero, lo único que tienen en común es que son rectángulos altos y simples, sin tejados, ni esquinas redondeadas, ni adornos, y con ventanas cuadradas y pequeñas que me hacen imaginar la oscuridad de los apartamentos por dentro. Es una ciudad claustrofóbica.

—La estación está a cinco minutos de aquí —informa Evans.

—Si vas a invisibilizarnos a todos, necesitas comer —le recuerda Cas a su hermano, justo cuando pasamos por una zona de comercios.

Drake asiente, pero tenemos que dar tres vueltas a la manzana, antes de que encuentre un sitio donde aparcar el coche.

—Ahora vuelvo —dice, después de activar el freno de mano. Se baja del coche y rebusca dinero en los bolsillos de su chaqueta, antes de dirigirse hacia la tienda.

—Ey Drake —lo llama Electric Blue, inclinando la cabeza para verlo a través de mi ventanilla. El moreno se detiene—. Tráeme una chocolatina, ¿quieres?

Su forma de interactuar contrasta. Drake circunspecto y con una postura tensa, como si lo que tuviera delante fuera una tarántula, y Electric Blue sonriente y relajado. Parece divertirse el desasosiego del muchacho y disfrutar del miedo de Drake por su propia muerte. Lo que hace que me replantee mi buena opinión sobre él. Debe ser más retorcido e insensible de lo que había creído.

Cuando se aleja hacia la tienda, quiero preguntarle a Blue porque lo tortura, pero el rubio hace un inocente comentario sobre la desastrosa ciudad y Cas le pregunta por su hogar. Glinen está repleto de bosques frondosos y castillos encantadores. Incluso las partes más modernas de la ciudad, respetan esa arquitectura cuidada y adorable de cuento de hadas. Con tejados de pizarra en forma triangular y fachadas adornadas con esmero. Demeren es probablemente su extremo

opuesto.

—¿Por qué te fuiste a Glinen? —curioseas Cas, y parece que se siente un poco más como ella misma.

Electric Blue se acaricia la cara perezosamente.

—Porque cuando yo tenía cinco años, rompí el matrimonio de mis padres. Y entonces, mi padre se tiró a la Reina.

Un silencio atónito sigue a esa confesión, hecha en el tono de quién comenta que lloverá por la tarde. Cas y yo nos miramos boquiabiertas, mientras Evans suelta un largo suspiro y apoya la frente en su mano.

Durante un buen rato no digo nada, me limito a esperar que admita que es una broma, pero su rostro serio me confunde.

—Su padre es Victor Dobrev—rellena Evans, en vista de que no hemos llegado a la conclusión por nosotras mismas. El miembro del Parlamento que Yadra ha colocado ahí y que, según los rumores, tiene una relación sentimental con ella.

—¡Kyle Dobrev! —soltamos ambas al unísono. Tantos años de amistad nos ha otorgado el don de decir lo mismo a la vez.

—Eres tú, tú eres Kyle Dobrev—repito tontamente. Estoy demasiado sorprendida con el descubrimiento como para no parecer idiota.

—¿Entonces tu madre te llevó lejos para mantenerte alejado de tu propio padre? —pregunta Cas con muy poco tacto.

—La gente tiene ideas más perversas que la propia realidad —niega divertido—. Me mandaron lejos porque a los videntes nos va mejor por nuestra cuenta.

—¿Pero... qué tiene que ver con lo de Yadra y Víctor? —insisto.

Electric Blue abre la boca para responder.

—Blue —. El tono de advertencia de Evans es suplicante. ¿Y a él qué más le da que nos cuente ese chisme si no le incumbe?

Electric no se detiene, sino que reorganiza la frase en voz alta y clara.

—Hay gente que no tiene huevos de admitir lo que les gusta hasta que yo se lo muestro —su tono es tan directo que ya no estoy segura de si se refiere solo a su padre. Lo único que sé es que estoy muy confusa.

¿Hasta que él se lo muestra? ¿Es posible que Electric Blue pueda mostrar algo más que el momento de la muerte?

Quiero preguntárselo, pero Cas nos interrumpe.

—¿Este eres tú? —señala anonadada la pantalla de su teléfono. Se refiere a una foto en blanco y negro de un niño rubio con el pelo largo hasta las axilas y las cejas tan rubias como su cabello. Está subido en una bicicleta y no lleva camiseta, exhibiendo sus costillas. El contraste de su piel morena del verano con el tono platino de su pelo, junto con su sonrisa de paletas largas completan la esperpéntica fachada.

—Ese niño tan feo no puedes ser tú—protesto antes de darme cuenta de que ha sonado ofensivo.

Es una foto compartida por Víctor Dobrev. Y ahora que presto atención a los detalles del rostro del muchacho, me doy cuenta de que hay algo de Electric Blue en él.

—Auch —suelta él acariciándose el pecho.

—Lo siento, no quería decir que fueras un niño feo, pero ¿cómo puedes ir de eso a... —. Hago un aspaviento entre la imagen del pasado y su rostro actual.

—¿Tu pubertad es cirujana plástica? —se carcajea Cas.

A Electric Blue le importa un bledo lo que piensen de su cuerpo y de su homosexualidad, le resbala la jerarquía Dámara, y ahora, tampoco parece dar importancia a los halagos sobre su aspecto actual. Supongo que esa es la verdadera autoestima.

—¿Verdad? Su cara es como una obra de arte, que dan ganas de sentarse a mirarla durante horas —dramatizo.

—Voy a buscar a Drake —interrumpe Evans y da un portazo al salir.

—¿Qué le pasa ahora? —Lo fulmino con la mirada. Nuestras trivialidades deben enfurecerlo porque el mundo se está viniendo abajo.

Intento volver al humor distendido, pero tengo el sabor amargo de la decepción de Evans en la garganta. Quizá sí que nos estamos tomando la situación demasiado a la ligera.

Unos minutos más tarde, ambos chicos regresan con un par de bolsas bien cargadas de avituallamiento. Parece que vamos a la guerra.

Drake le entrega una chocolatina de papel azul a Electric Blue y desenvuelve un bocadillo recién hecho por la charcutería del local. Evans tiene uno igual, mientras que Cas y yo nos conformamos con una bolsa de patatas fritas a medias. Al sándwich, acompañado de una botella pequeña de Coca-cola, le siguen dos bizcochos y una bolsa de gominolas. Trato de no odiar a Drake por su capacidad de engullir comida basura sin engordar un gramo. Después de zamparse todo, se sacude los restos de grasa y azúcar de la mano.

—Podemos ir empezando... —masculla con la boca llena.

Cas sale del coche, y se pone delante de él, ofreciéndole una botella de agua.

—¿Quién va primero? —pregunta, invitando con sus manos a que alguien se acerque a él. Caigo en que no va a poder invisibilizarme a mí, ya que no puede haber contacto entre nosotros, pero mis pensamientos se interrumpen con la alucinante imagen de Evans cogiendo a Drake por la nuca para atraerlo a su cara y meterle la lengua en la boca.

Aunque sé que su poder funciona solo a través de la saliva, me maravilla la escena. Al fin y al cabo, son dos de los tipos más guapos que conozco... pero Evans ya no está. Ha desaparecido delante de mis ojos.

Noto dos tirones suaves en mi coleta, pero al mirar por encima de mi hombro no veo a nadie.

—Cierra la boca, Tori —susurra en mi oído con un tono travieso—. No ha sido para tanto.

Drake siempre dice que la gente se vuelve más ellos mismos cuando son invisibles, porque pierden ciertas inhibiciones. Algo parecido a emborracharse.

—Sí que lo ha sido, nene. Porno gay del bueno —bromeo—. Tenía que haberlo grabado para subirlo a Internet y forrarme a tus expensas.

Le oigo chasquear la lengua en reprobación, pero suena más divertido que otra cosa.

Cas se coloca frente a su hermano y sé por experiencia que les va a llevar un rato hacer esto sin besarse.

—Odio esta parte —murmura para sí misma. En lugar de ponerse de puntillas y besar a su propio hermano, le mete su dedo meñique entre los labios y luego lo chupa. Su imagen se desvanece un segundo, pero vuelve a aparecer. Repite el proceso ahondando un poco más entre el labio inferior y los dientes de Drake sin mucho cuidado y este soporta el trato con un gruñido y una expresión de fastidio. Lo repiten un montón de veces, ya que la saliva de Drake pierde propiedades, segundos después de dejar su cuerpo. Realmente sería más fácil que juntaran sus lenguas, pero entiendo sus reparos.

Por fin funciona y Cas desaparece del todo, justo cuando dos niñas de unos diez años pasan

por allí. Se nos quedan mirando boquiabiertas, pero Drake les guiña un ojo y siguen por su camino entre risitas nerviosas.

Es mi turno, entiendo cuando Drake posa sus ojos sobre mí. Voy a quedarme fuera del grupo porque ni puedo meter mi lengua en su boca, ni mi dedo.

—Inténtalo con el guante —me sugiere Cas en algún lugar a mi derecha.

Doy dos pasos hacia él y levanto el brazo, pero se echa para atrás mirando desconfiado mi mano. Drake es una de las personas más escrupulosas que conozco. Siempre está pensando en bacterias y virus invisibles que, según él, están por todas partes. Es la clase de persona que se pregunta si el cocinero se habrá lavado las manos cuando le sirven. Una vez, estábamos viendo una película en su casa, Cas apoyó su sándwich sobre la colcha de la cama para alcanzar las bebidas y Drake se negó a comérselo. En casa tiene su propia taza y cubiertos, y Cas siempre me advierte que no los toque. Y ni hablar de compartir botella con nadie. Es irónico que justamente él tenga que transmitir su poder a través de la saliva. O tal vez, sea justamente eso lo que lo traumatizó de niño.

—Venga Drake, no te va a matar chupar un guante sucio. —Evans suena cansado, pero funciona y Drake deja de resistirse.

Es extraño meter mi dedo en la boca de alguien para luego chuparlo. Me gustaría que, por un puto día, mis interacciones físicas con otros jóvenes pudieran ser normales, pero supongo que es pedir demasiado.

Al quinto intento parece funcionar, porque Drake me mira aliviado. Él es el único que ve a los visibles y a los invisibles y, de alguna forma, distingue unos de otros.

—¿Por qué no llevas una jeringa y te ahorras todo esto? —le sugiero, apiadándome de él. No parece sorprendido ni aliviado con mi brillante ocurrencia.

—Por alguna razón, a la gente le da más asco beberse mi saliva que meterme la lengua en la boca —se queja, disgustado—. Además, no funciona bien.

Le dedico una sonrisa piadosa. En ocasiones, la gente le besa sin su permiso para ir a cometer alguna travesura. Debe ser terrible que invadan tu intimidad física de esa forma, que te toquen desconocidos cuando no lo desees. Tiene el problema opuesto al mío y, por primera vez en mi vida, no le envidio.

Drake se pone serio. Busca por encima de su hombro a la única persona de nuestro grupo, aparte de él mismo, que todavía no es invisible.

Electric Blue está sentado en el capó del coche como si fuera suyo. Tiene la espalda recostada en la luna y la nuca apoyada en el techo, mientras observa el cielo, ajeno a nosotros.

Drake le estudia en silencio. Sé que el tiquismiquis en su interior quiere gritarle que baje del capó de su flamante coche, como haría con nosotras; pero al vidente no se atreve a decirle nada.

—Vamos Blue, no tenemos todo el día —le recuerda Evans. Ahora que soy invisible, vuelvo a ser capaz de verle, y también a Cas, que rebusca en la bolsa de comida.

—Os espero aquí —se limita a decir Electric Blue sin apartar los ojos del cielo. Su tono calmado e indiferente es habitual en él, pero su actitud exaspera a Evans.

—Ni hablar —se tensa—. De todo este zoológico, tú eres el único al que tengo razones para llevar conmigo.

Electric Blue se mantiene relajado en la misma posición, parece buscar formas de objetos en las nubes de Deremen. Evans hace un movimiento de mano que empuja a Drake hacia él. Debe de haberse invisibilizado a sí mismo porque Electric Blue no da señales de haberlo visto acercarse. Y no es que el moreno abulte poco precisamente.

Drake parece mortificado y su piel bronceada ha adquirido un tono pálido. Debe temer volver a ver lo que Electric Blue le mostró aquella noche cuando compartieron un simple beso sin lengua ni saliva.

Suspira resginado y, un instante después, coge el cuello de la camiseta de Electric Blue con ambos puños para levantarlo, avanzando a la vez para encontrarse a medio camino. Es solo un segundo, pero me da tiempo a ver la sorpresa en el rostro de mi nuevo amigo al verse levantado por manos invisibles.

Lo que ocurre a continuación, no tiene nada que ver con el intercambio entre Evans y Drake. Y no porque dure más, sino porque hay algo indescriptible que me hace avergonzarme y sentir que estoy presenciando un momento privado.

Evans no pierde ni un segundo más al ver que somos todos invisibles, se pone en marcha y nos hace un gesto con la cabeza para que lo sigamos. Suena el bip del cierre centralizado del coche de Drake. No tengo ni idea de a dónde vamos, ni como de peligroso puede ser, pero caminar por la ciudad siendo invisible me hace sentir eufórica. Somos un equipo, en una misión para salvar vidas.

Es mucho mejor que salir a cazar sola

15 DOWNTOWN BOY

El tren ligero está prácticamente vacío debido a que no es hora punta. Aun así, Evans recrea una especie de tifón de aire dentro del vagón con el movimiento circular y repetido de una mano, hasta que las hojas del libro que está leyendo una joven a nuestra izquierda empiezan a volar, al igual que su pelo. Mira a su alrededor ceñuda, hasta posar sus ojos en el único hombre que hay en el otro extremo. Es un mendigo que, demasiado inquieto por su deteriorada mente como para sentarse, se agarra a uno de las barras centrales, con la expresión de quien no sabe muy bien donde está.

A la chica le basta un vistazo a su compañero de vagón para levantarse apresurada, con el libro y bolso en la mano, y cambiarse al siguiente.

Nos hemos quedado solos con el mendigo, pero a Evans no parece preocuparle su presencia.

—¿Por qué hemos aparcado tan lejos? —pregunta Cas. Hasta al mendigo parece chocarle escuchar voces en un vagón vacío, gira el cuello de un lado a otro, nervioso. Se balancea hasta la puerta más cercana y nos abandona también. Espero que se plantee dejar el alcohol al que apesta después de eso.

—Estoy seguro de que están rastreando todos los coches dámaros. No quiero atraer a nadie a esta zona.

—¿Qué zona?

—Beyshi.

El letrero luminoso que indica las siguientes paradas dice justo eso. Había creído que todavía estábamos en Deremen, pero al parecer el tren se dirige hacia el Bajo Glinn. La masificación de edificios horribles da paso a una zona residencial de casas adosadas. Aunque no son ninguna preciosidad, tienen un jardincito frontal y algo más de espacio entre vecino y vecino. Se nota que hemos abandonado la gran ciudad.

Salimos de la estación y nos adentramos en un laberinto de calles con casas exactamente iguales. Evans reduce el paso para seguir a Electric Blue, que parece no tener problemas para encontrar su camino.

—¿Sabe que vamos? —susurra, frotándose la nuca. Después echa un vistazo a nuestro alrededor.

—No le he avisado... si eso es a lo que te refieres —responde Electric Blue.

—No, no era a eso a lo que me refería. Entiendo que no eres tan tonto como para llamarle o enviarle un mensaje. —Hay algo tenso en esa afirmación—. Después del ataque de la escuela deben andar tras él.

—Ozzy sabe a lo se expone, participando en todo esto —replica el rubio en un tono serio que no le he visto usar antes—. Si no ha venido a Dámara Not con nosotros, en lugar de esconderse en Beyshi, no es por su propia seguridad.

Nos detenemos delante de una casa que es una copia idéntica de las demás, solo que está totalmente desprovista de decoración exterior. La casa de al lado tiene unas bonitas macetas con flores de colores en el alféizar de la ventana y un banco de madera vintage bajo esta, donde se han olvidado un par de revistas. La fachada que Evans y Electric Blue contemplan sombríos, no tiene absolutamente nada, aparte de un cubo de basura metálico oxidado con la tapa descolocada.

Evans hace un truco con telequinesis y saca una llave del interior de la casa por la rendija de la ventana del salón. La introduce en la puerta con cuidado. Está intentando no hacer ruido y eso me pone nerviosa. Lo que significa que estamos cometiendo allanamiento de morada y sé, por las películas, que es un delito grave.

La llave funciona, pero en lugar de abrir de par en par se asoma por la rendija y al momento abre la puerta del todo. Lo seguimos al interior de la casa, procurando ser tan sigilosos como nos es posible. Drake es el único que parece estar cómodo en su invisibilidad, se mueve con gracia y sin hacer ruido. Me pregunto cuántas veces utiliza su poder.

Las voces que escucho a través del pasillo me distraen. Evans también lo ha escuchado y avanza hacia ellas hasta que llegamos a la estancia principal de la casa, donde hay un sencillo salón cocina de concepto abierto.

Un muchacho, que parece tener la edad de Cas, está guardando algo en uno de los armarios de la cocina. Solo le veo de espaldas. Lleva unos vaqueros ajustados y caídos que nos permite ver parte de sus calzoncillos negros cuando levanta las manos para colocar una lata en la estantería más alta. Lleva una sudadera noventera con el chaleco rojo, las mangas blancas y un tigre en el hombro. Es casi tan delgado y alargado como Electric Blue, pero su pelo despeinado es castaño oscuro.

La mujer con la que le hemos escuchado hablar aparece por la puerta del salón vestida con ropa de deporte. El joven baja los brazos rápido, como si lo hubiera descubierto haciendo algo indebido, y gira el rostro hacia ella. Tiene un pendiente en la oreja, y la piel muy blanca. Sus labios voluminosos destacan en el perfil de su bonito rostro.

—Voy a salir a correr... —dice la que debe ser su madre. Se detiene al verlo y entorna lo ojos — ¿Qué estabas haciendo?

Él apoya el culo en la encimera.

—Nada —responde, pero su sonrisa comprometida lo delata.

El acento de ambos es como el de Electric Blue. No son del Bajo Glinn, lo que explica la falta de decoración de la casa.

—No iba a comérmelos ahora.

—Puedes apostar que no —responde él, cruzándose de brazos—. Ni más tarde tampoco.

—No te molestes, hijo. Escondes los dulces fatal, y a mí se me da muy bien encontrarlos —se burla, aproximándose a la cocina.

Se miran un instante en silencio, y un segundo después están forcejeando entre risas, mientras ella intenta alcanzar la lata y él la aparta.

—Vamos, vete a correr.

—Podría prepararlos con jamón y queso, como a ti te gustan —intenta engatusarle ella.

El joven le sonríe con cariño, pero la empuja hacia el salón.

—Vamos Shalim, hora de cumplir con lo que le prometiste al endocrino.

—Nada de Shalim, soy tu madre —protesta ella, dejándose arrastrar hacia la puerta.

—A veces te comportas como si fueras la hija.

Shalim responde con un bufido.

—Mocoso impertinente.

—Cuando vuelvas, cenaremos ensalada.

Shalim le saca la lengua, pero se coloca los auriculares y enciende su teléfono para poner música. El joven le da un beso en la frente y la mujer sale de la casa.

Escuchamos el portazo de la puerta principal. El hijo de Shalim recupera la lata con lo que parecen cruasanes y los vuelca sobre el cubo de la basura.

—¿Qué queréis? —pregunta en un tono cáustico. Por un momento sospecho que nos ve, pero su atención está fija en los cruasanes caídos.

Mi corazón empieza a latir a mil cuando se da la vuelta hacia el salón. Su forma de mirar la estancia confirma que no nos ve, pero sabe que estamos ahí. Su rostro está tenso y no queda rastro del chico cariñoso que acabo de ver interactuar con su madre.

—Podías haberlos guardado para mí —le dice Electric Blue.

—Puedes comértelos de la basura —La seca respuesta de su amigo le hace sonreír.

—Tengo un amigo al que quiero que beses —bromea, haciéndole un gesto con la mano a Drake para que se acerque a invisibilizarle. Su acento parece volverse más denso ahora que habla con un compatriota.

—Vete a la mierda, Kyle—responde, señalando la puerta—, y llévate a tu amigo contigo.

—No te preocupes, es guapo —insiste. Le divierten los desquites de su amigo.

Drake toma la cabeza del desprevenido y lo hace a él también invisible. Ahora ya puede ver a la persona que acaba de besarlo.

—¿Quién coño eres? —interroga, mordaz.

—Soy Drake López, el invisibilizador —se presenta y se aparta para dejar que nos vea—. Siento haber tenido que hacer eso.

—¿No te dije que era guapo? —interviene Electric Blue y se recuesta contra la pared, cruzándose de brazos—. Tienes buen aspecto Ozzy.

Por la forma en que se miran, tengo la sensación de que no se conocen de un solo día. Después, el tal Ozzy pasa su atención a Evans.

—Armstrong, te dije que no acudieras a mí —le recuerda.

—¿Después del ataque a Bólid? —Evans sacude la cabeza—. Supongo que nos esperabas, después de lo de Bólid.

—No lo vi venir —suspira, resignado—. Que te jodan si crees lo contrario.

¿Qué te jodan? Intercambio una mirada con Cas. Parece que nadie en Glinen le tiene miedo o respeto a Evans.

—Sé que no lo viste venir —responde Evans. Utiliza esa pose tranquila de depredador que logra resultar amenazadora sin intentarlo.

—¿Qué cojones quieres, entonces? —Se cruza de brazos, sin una pizca de paciencia—. Si

supiera lo que está ocurriendo ya te habría contactado.

—¿Cómo ibas a hacerlo, Ozrrat? —duda Evans—. Sabes que mi teléfono está monitoreado y digiste que no pondrías un pie en ninguna de las cuatro Dámaras.

Después de decir eso, se deja caer en el sillón de cuero beige que cruje bajo su peso. Cas y yo nos sentamos en el sofá principal en vista que nos estamos poniendo cómodos, mientras que Electric Blue continúa apoyado en la pared junto a la puerta, preparado para huir en cualquier momento. Drake parece incómodo al lado del chico, quien es obvio que no nos quiere en su casa. Al final, se decanta por sentarse al lado de su hermana.

Ozrrat cierra los ojos y suspira, al ver que nos hemos acomodado en su salón y se deja caer en el sillón, frente a Evans. Este se saca del bolsillo un pañuelo, aunque al desdoblarlo resulta ser un retal, un trozo de tela rasgada y manchada de sangre.

—Es de uno de los despojados que atacó Bólid —informa, entregándoselo a Ozrrat.

El muchacho lo toma entre sus manos y cierra los ojos. Permanece de esa forma unos instantes. Su cabeza da pequeñas sacudidas como si estuviera intentando ver algo en su mente.

Evans aguarda paciente con los codos apoyados sobre las rodillas.

Cuando el chico de los labios bonitos por fin abre los ojos, su expresión no desvela nada.

—Vamos, Ozrrat, dame algo. Cualquier cosa —ruega Evans sin molestarse en ocultar su desesperación.

No estoy segura de si Ozrrat es su apellido porque, si bien conocía la historia de Kyle Dobrev, nunca había escuchado ese nombre antes. Debe llevar exiliado toda la vida.

Ozrrat se muerde el labio inferior. Tiene un aspecto interesante, una mezcla entre chico guapo y friki. Sus ojos portan la misma sabiduría misteriosa que los de Electric Blue, pero más serios y preocupados que los del rubio. Me pregunto si todos los videntes escondidos en Glinen son de esa forma.

Después de un rato en silencio, vuelve a cerrar los ojos. Se queda así durante un largo minuto. Cuando los abre de nuevo hay un brillo esperanzado en estos.

—Quizá pueda darte una localización, pero no estoy seguro de lo que estoy viendo.

—Está bien, eso es mejor que nada. —Los hombros de Evans pierden parte de su rigidez.

Ozrrat se levanta para rebuscar en un cajón del mueble que sostiene la televisión. Saca papel y un bolígrafo, y garabatea algo. Cuando acaba, le entrega el papel doblado a Evans y este lo mira un instante antes de asentir y guardárselo en el bolsillo.

Los ojos del vidente van hacia Electric Blue, pero debe ser un acto involuntario porque vuelve a apartarlos.

—Tened cuidado —dice, dirigiéndose a Evans. Se recuesta en el sillón del sofá y se masajea el puente de la nariz—. Se avecina mucha muerte.

—¿Ves muertes? —le pregunto. ¿Es posible que haya otra persona como Electric Blue?

Ozrrat me dedica su atención y me encojo un poco avergonzada por las extrañas circunstancias en las que nos hemos conocido.

—No tengo el poder de ver muertes en concreto —corrige—, pero sé verlas reflejadas en el rostro de Kyle.

Un frío helado me recorre la espalda. Electric Blue tiene los labios entre abiertos y los ojos más dilatados de la cuenta. Nos observa serio con la piel perlada por el sudor.

—¿Entonces qué clase de cosas presientes tú? —me animo a preguntar con la esperanza de que no sea tan críptico como sus dos amigos. Si es que son amigos, con la tensión que se intuye entre ellos no estoy tan segura. El muchacho me estudia un instante en silencio con la misma

mirada sabia que reconozco en el otro vidente.

—Tori Baker —susurra, no es un saludo, sino más bien saborea mi nombre en sus labios. No tenía ni idea de que me conocía —, la torna instintos.

Parpadeo varias veces, extrañada por el apodo. Debe de haberme confundido con otra dámara, porque nunca nadie jamás me ha llamado así. Torna instintos, repito en mi cabeza... es posible que se refiera a mí, pero debe tratarse del mayor eufemismo sobre mi poder que he escuchado.

—Ozzy... —susurra Electric Blue, dando un paso hacia él—. Deberías marcharte de aquí.

—¿Es eso una profecía, Kyle? —acota en un tono categórico. Electric Blue niega con la cabeza.

—Con tu predicción sobre el ataque de la escuela y lo de hoy, quien sea que anda detrás de esto va a ir a por ti.

Ozrrat asiente serio.

—Lo sé, por eso os dije que no acudierais a mí —les recuerda. Después suspira y se masajea la frente—. Marchaos.

Evans se levanta y lo imitamos. Antes de ir hacia la puerta se acerca al muchacho y le entrega un papel.

—Si necesitas hablar conmigo... nadie sabe de este número —le explica.

Ozrrat lo coge de mala gana y asiente. Se lo guarda en el bolsillo frontal del vaquero.

Nos dirigimos a la puerta, y al pasar por Electric Blue veo que no se ha movido y que contempla a Ozrrat fijamente. Cuando ya no queda nadie en el salón, se separa de la pared y avanza hacia él.

El chico lo mira de reojo, reacio a dejarlo acercarse. Por el espejo del rellano vemos como Electric Blue cubre la mejilla de Ozrrat con su mano. Despacio se inclina para pegar su frente a la de él.

El muchacho le coge la muñeca con fuerza y parece que va a apartarle, pero finalmente solo lo sostiene, tenso, preparado para retirarse en cualquier momento. Electric Blue acerca sus labios hacia él, despacio, y Ozrrat baja la barbilla en un intento débil de evitarlo, pero el beso ocurre. Suave y cariñoso, casi nostálgico, por parte de Electric Blue. Pasivo y afectado por parte de Ozrrat.

16 YO SOY LA MUERTE

En el camino de vuelta a la estación de tren ligero Drake vuelve a invisibilizarnos a todos y nos advierte, de que esta segunda vez durará menos. La saliva de Drake debe ser algo así como el alcohol, afecta de distinta forma a cada persona, dependiendo de su sexo y peso. También varía de un día a otro, en función a lo que hayas comido o las fuerzas que tengas.

—¿Cómo es que tu hermano y Lara se morrean constantemente, pero ella no se vuelve invisible? —le preguntó a Cas mientras caminamos y me devuelve una mirada de incredulidad, sin poder creer que a esas alturas de nuestra amistad aún no lo sepa.

—Si besas a Drake de forma regular te vuelves inmune. Temporalmente, claro. Tienes que seguir ingiriendo su saliva a diario para que no te afecte —explica.

—¿Ingiriendo su saliva? Puaj —me horrorizo.

—Bueno, si lo piensas en términos médicos, eso es lo que hacen las parejas.

—Dicho de esa forma, me alegra ser más virgen que las neuronas de Daniel Brown —bromeo y ella se carcajea. Después se me ocurre otra cosa y bajo la voz por lo impropio de la pregunta—. ¿Qué pasa si Lara ingiere... otros fluidos de Drake?

—Lo mismo, se vuelve invisible —corroborra en voz queda, porque los chicos van callados y seguramente están con la antena puesta en nuestra conversación. En especial el rubio que me da que, a parte de su habilidad de vidente, tiene súper tímpano.

—¿Cómo lo sabes? —No es algo que ha podido comprobar en persona.

—Me lo dijo Drake en cuánto lo descubrió, no con Lara sino con otras chicas antes de ella.

—Guau, tu hermano es de los de *kiss and tell*. Bueno, en su caso, más bien, sería “Besa, invisibiliza y cuenta” —nos carcajearnos y ellos nos echan un vistazo. Una mezcla de fastidio, envidia y curiosidad en distintos grados dependiendo del chico en particular.

Nunca me ha entrado en la cabeza que un tipo legal como Drake se rebaje a tocar a alguien tan retorcido como Lara Sorensen. Y ya lo creo que lo hace. Con tanta motivación que no me cabe duda de que son sus instintos bajos los que lo llevan a ignorar la mala persona dentro del cuerpo. Eso y que Cas nunca le ha contado las cosas que Lara le hacía. He tenido que morderme

la lengua muchas veces para no desvelarlo yo misma y joderle el romance a Lara.

Debo reconocer que alguna vez me han dado envidia, por ejemplo, al verlos entrar en la habitación de Drake, cuando Cas y yo veíamos una película en el salón. Sabía perfectamente lo que iban a hacer allí, colmados de ganas el uno del otro. Me gustaría probar una pasión de ese tipo... sentirme así alguna vez en mi mísera existencia. Viva y emocionada, anticipando lo que va a ocurrir, mientras un chico me lleva de la mano a su cuarto.

Me descubro contemplando a Evans. Hay cosas de él que han cambiado mucho desde que era mi amigo y una de ellas es su espalda. Por mucho que intente despreciarlo, no puedo negar que me gustaría tocar cada músculo que se intuye bajo la ropa. O simplemente abrazarle por detrás y darle un beso en la mejilla.

Estoy pasando otra vez por una de esas rachas débiles. Hay temporadas en mi vida en que me frustró y llevo mucho peor mi condición. A veces de forma romántica y, entonces, me trago un montón de películas y libros azucarados. Otras veces, es más hormonal y me dedico a fantasear o a leer novelas subidas de tono. Pero estos últimos días, con Evans cerca, es una mezcla intensa de las dos. Una verdadera tortura.

—Creo que se han peleado —escucho decir a Cas. Tiene la vista fija en la nuca de su hermano—. Hace unos días que no los veo manosearse y ella no ha venido a casa.

Parece preocupada, pero no entiendo por qué. Si hay alguien que odie a Lara Sorensen más que yo, es ella. La idea de que Drake y Lara tengan problemas, debería colmarla de alegría.

Llegamos a la estación de Beyshi. Es sencilla y sin paredes. Simplemente, una escalera que te lleva al andén y otra, subterránea que conduce al otro lado. Sin discutirlo, nos ponemos en el lado contrario al de antes, por pura lógica.

Echo un vistazo sobre mi hombro. Electric Blue ha ido todo el camino solo por detrás de nosotras y parece ausente.

—¿Estás bien? —me intereso, colocándome a su lado.

—La mayor parte del tiempo, lo estoy —responde y se coloca unas gafas de sol lo que dificulta mi intento de analizar su rostro para aprender a montar el rompecabezas que es este chico.

—Parecía enfadado —comento, tanteando las aguas. No sé si quiera contármelo o no le apetece—. Tu amigo, Ozrrat, quiero decir.

—Lo está, pero eso no es lo que me preocupa —me saca de mi error—. Me preocupa que le hagan daño los que están detrás de ataque si continúa obstaculizando sus planes. Ser vidente es peligroso, Tori. Sobre todo, con una clarividencia de la magnitud de la de Ozzy.

Asiento, comprendiendo a lo que se refiere. Yo misma he comprobado la ansiedad que me provoca saber que Evans arriesga su vida por ser el *copycat*.

—¿Por qué está enfadado con vosotros? —decido preguntar, para apartar su mente de las inquietudes sobre su seguridad.

—Ozzy no quería salir de Glinen. No por él, sino por su madre. Le preocupa que el peligro al que se expone, al intervenir en los planes de nuestro villano, le salpiquen a ella —explica—. Tal vez creas que al ser videntes nos sentimos en control de la situación, pero es todo lo contrario. Nuestro poder puede cambiar el curso de los acontecimientos y el destino de otras personas. Vivimos con el miedo de estropear la vida de alguien con nuestras predicciones, y nunca sabemos si hablar o guardárnoslo para nosotros. A veces, ni siquiera entiendes lo que has visto, ni cómo, cuándo y dónde va a suceder, por lo que, si no logras evitar las desgracias acabas sintiendo que es tu culpa, una negligencia por tu parte, y eso puede hundirte en la miseria.

Se me humedecen los ojos porque puedo entender lo que supone lamentarte por haber

cambiado el curso de la vida de alguien, aunque no tengo, ni de lejos, la presión que soportan ellos.

Él también debe estar llorando detrás de los oscuros cristales de sus gafas de sol. Por eso no le presiono a hablar más y pasamos tres largos minutos en silencio.

—Algunas moscas solo viven dos días —vuelve a hablar cuando el tren ya se está aproximando. No sé muy bien qué responder a eso. Si Electric Blue ya es raro con un humor normal, su versión deprimida es inquietante.

—No lo sabía —comento, al fin. Subo el tono para compensar el creciente ruido— ¿Por qué lo dices?

—Es algo que me consolaba de pequeño —responde—. Pensar en esas moscas me recuerda que la vida no puede medirse en tiempo, sino... sino, no existirían. No sería justo. —sonríe, pero es una sonrisa enfadada—. El tiempo no importa.

Sus últimas palabras están casi ahogadas por el chirrido alborotado del tren frenando, pero tampoco parece que me las haya dicho a mí. Más bien a sí mismo.

Una vez dentro del vagón, nos sentamos los tres frente a Drake y Evans. Discuten sobre el misterioso lugar que Ozrrat nos ha indicado.

—No pensaras ir a ese lugar —lo regaño al escucharlos durante un momento. Evans ha debido insinuarlo, porque Drake no para de darle razones por las que es una locura—. No vas a ir tú solo. Vas a reportarlo a los guardias dámaros.

—No puedo confiar en ellos —masculla Evans y baja la cabeza. Tiene las piernas separadas y los codos apoyados en las rodillas, inclinado hacia delante.

—Pues iremos contigo —me sorprende Cas, diciendo. Ninguna de las dos somos heroínas, ni nadie lo esperaría de nosotras. Ni siquiera somos élites. Pero estoy totalmente de acuerdo con ella.

—Si no puedes confiar en nadie, entonces nos llevaras a nosotros —reitero—, pero bajo ninguna circunstancia irás solo.

Evans levanta la cabeza y me mira. Se le ha agolpado la sangre en la frente por la postura inclinada hacia delante. Incluso así consigue que sus ojos grises me aceleren el pulso.

—¿Cómo vas a protegerme tú? —se burla, pero no me molesta porque no hay maldad en sus palabras, sino un brillo divertido en sus ojos.

—Me quitaré los guantes y amenazaré al personal —le respondo. Me estudia un instante y después sacude la cabeza con media sonrisa.

—¿Por qué llevas gafas de sol dentro del metro? —le pregunta Cas a Electric Blue. No tiene mi atención al detalle y no se ha dado cuenta de que ha tenido una pelea con su amigo y que está de mal humor. Debe tener los ojos llorosos.

Al escuchar las palabras de Cas, Evans vuelve la cabeza de golpe al vidente y se muestra alarmado.

—¿Blue? —Se ha mortalmente serio y levanta el tono de voz—. ¿Blue? ¡Quítate las gafas!

Frunzo el ceño por la insensible reacción de Evans, pero cuando vuelvo el rostro hacia Electric Blue, que está sentado justo a mi lado, lo veo...

Una gota de líquido azul casi negro se desliza por debajo de sus gafas y recorre su mejilla.

Se me pone el corazón en la boca. Doy un salto y me levanto agarrando el brazo de Cas en el proceso. Tiro de ella hasta que ambas estamos de pie y paso mi brazo por sus hombros de forma protectora.

Electric Blue no se ha movido, pero más líquido cae ahora por ambos lados de las gafas. Evans se ha echado sobre el respaldo de su asiento y lo contempla inerte y con el rostro tan

pálido que creo que va a desplomarse.

Entonces, reacciona y salta sobre Electric Blue para quitarle las gafas. La visión de sus ojos encharcados, nos hace soltar un grito, hay mucho más que las otras dos veces que he presenciado ese espectáculo. Tanto que empieza a toser.

—¿Quién? —interroga Evans, sin aliento—. ¿Cuál de nosotros?

Esa es la pregunta que me llena de pánico por dentro. ¿Quién de nosotros está a punto de morir?

Electric Blue no le responde, sino que empieza a temblar y a toser.

—¡Joder, Kyle! ¿Cuál de nosotros? —le grita Evans, fuera de sí.

El líquido negro brota también de los orificios de sus orejas y de sus fosas nasales. Hay tanto que chorrea por su camiseta y por las rodillas, cuando se inclina para dejar que caiga. Forma un charco en el suelo que moja sus Converse.

—Es una muerte nueva, por eso hay tanta sustancia, ¿verdad? —reflexiona Evans asistiendo atónito a la cantidad que sale del muchacho—. Las muertes solo cambian si se ven afectadas por una predicción... ¿es la predicción de Ozrrat? ¿Lo que nos ha dicho ha cambiado la muerte de alguno de nosotros?

Entonces parece darse cuenta de algo y se frota la cara.

—¿O la de él? —murmura—. Es Ozrrat ¿verdad? —le grita, mientras el joven se convulsiona. Ha empezado a emitir un gemido de dolor. Pero a Evans no le importa. Lo coge por los hombros y le grita.

—¡Dime quién es! Puedo evitarlo.

—No —tose el rubio, abatido—. No da tiempo. Este tipo de dolor... significa que está ocurriendo casi a la vez.

—Joder —protesta Evans fuera de sí—. No puede ser que... ¡joder, hemos provocado su muerte!

Mira de un lado al otro del vagón, quizá preguntándose como frenarlo.

—¿Es que no has podido verlo antes? —le grita Evans—. ¿De qué cojones sirve tu poder? ¿De qué vale que predigas la muerte?

Electric Blue se eleva de su asiento, y digo elevarse porque no parece que se levante sino que levita, como poseído por una fuerza externa. De pie, es más alto que Evans y lo enfrenta sin problemas. Su rostro está casi cubierto por el pegajoso líquido azul eléctrico, pero cuando abre la boca veo que también su saliva tiene ese color.

—¡No me hables de muerte! —brama escupiendo gotas por la boca. Su voz sale en un rugido digno de un demonio—. Yo soy la muerte.

Evans se echa para atrás atónito, y noto como Cas tiembla a mi lado, o quizá sea yo la que está temblando. Les exclamaciones de miedo entre los presentes se intensifican dentro del vagón.

Electric Blue se ha doblado sobre sí mismo y continúa drenando el líquido de su interior, dejando que caiga de su boca abierta y todos los demás orificios de su cabeza. Tiembla y jadea entrecortadamente. Estoy segura de que le duele, pero no me atrevo a acercarme. No puedo dejar de pensar en cómo ha sonado su voz antes y en las acusaciones de Evans.

El tren se detiene en la siguiente parada, ajeno al drama que acaba de desatarse en el interior de uno de sus vagones. La gente sale corriendo, pero el primero en hacerlo es Evans. De pronto su imagen se vuelve un eco borroso y sé que ya está demasiado lejos como para seguirlo.

—¿A dónde ha ido? —me desespero.

—Creo que ha vuelto a casa de Ozrrat—responde Drake, sin aliento.

Me muerdo el labio y se me clavan las uñas en las palmas de la mano. Evans ha ido directo

hacia el peligro. Me vuelvo hacia Electric Blue que se está limpiando la cara con su camiseta.

—¿Cómo muere Ozrrat? —exijo saber, mi voz severa y firme.

Deja caer su camiseta arruinada de vuelta sobre su estómago y me mira. Es su expresión la que me indica que mis perores sospechas son ciertas.

—Despojados —musito, mi piel erizándose en un escalofrío. Esta vez grito—. ¿Cómo permites que Evans vaya hacia un grupo de despojados?

—Le he dicho que no fuera, pero se siente responsable. Cree que nuestra visita de esta noche lo ha provocado, pero quien sea que está detrás de los ataques ya le había encontrado.

Me transtorna la idea de Evans enfrentándose a una manada de despojados.

—¡Tenemos que ir a buscarle! —ruego en general. Drake suspira y no me gusta su expresión.

—Es un suicidio, Tori —intenta razonar conmigo.

—Dame las llaves de tu coche... —le exijo.

—No —dice Electric Blue a mi espalda. ¿Es que quiere que mueran los dos?—. Es demasiado tarde para Ozzy, Tori.

—¿Qué hay de Evans?

Es la primera vez que que le veo irritado. Ni siquiera lo creía capaz de un sentimiento como ese.

—Es su responsabilidad haber ido hacia allí, cuando le he advertido de que era tarde. Si alguien nos ve por allí, pueden deducir que nos ha hablado de ese lugar y su muerte no habrá servido de nada.

—Pero, Evans está en peligro y eso es más importante.

—No, no lo es. Una muerte o millares de muertes, ¿qué eliges, cariño? —me toma de la muñeca con suavidad—. ¿Qué eliges?

Me quedo muda. Nunca me he visto en la coyuntura de tener que decidir entre la vida y la muerte de nadie. Ni mucho menos entre la de un amigo o un montón de humanos.

—Al menos, ¿puedes ver si Evans va a estar bien? —insisto, invadida por un temblor siniestro. Electric Blue niega con la cabeza.

—Nunca he visto nada sobre la muerte de Evans. No me llega la predicción de todo el mundo.

—Sabías lo de Ozrrat antes de subir al tren, ¿verdad? —Me doy cuenta—. Por eso me has dicho lo de las moscas.

El chico se frota la frente y vuelve a negar con la cabeza.

—He intentado volver a ver la muerte que siempre predije para él, ya de viejo, y de pronto no venía a mí. Sabía que era una mala señal y que algo había cambiado, pero no tenía ni idea de cuándo ni cómo. No ha sido hasta que el tren estaba en marcha que me ha llegado la nueva previsión.

—Lo siento —murmuro y noto como las lágrimas surgen de la nada. Estoy llorando y me tiemblan las piernas—. Siento que Evans haya insinuado que era culpa tuya.

—Probablemente, tiene razón —musita él—. Si me hubiera llegado la predicción antes podríamos haberlo evitado. Mi amigo, mi primer amor, ha muerto sin que haya podido hacer nada para evitarlo, cuando mi puto poder es prever la muerte. Es ridículo.

—Lo siento —repito y me escuecen los ojos—. Necesitamos a Evans...

Yo le necesito. Aunque no sea a mi lado, necesito saber que está bien, que envejece y tiene una vida.

—Evans no es tonto, Tori—me asegura Electric Blue, y es de las pocas veces que dice mi nombre—. Estará bien. No llegará a tiempo para encontrarse con los despojados.

—¿Cómo lo sabes si no puedes ver su muerte?

Electric Blue abre la boca, pero cambia de idea y la cierra de nuevo. Él y Evans me están ocultando algo más sobre el futuro de Evans.

Sin más opciones, no me queda otra que regresar con ellos hasta el lugar donde dejamos el automóvil de Drake aparcado. Electric Blue y yo caminamos en silencio. Él ahogándose en el dolor de su duelo y probablemente la culpa; y yo imaginando escenas inventadas por mi mente que terminan con los gritos desgarrados de Evans mientras le arrancan la piel.

Drake y Cas discuten sobre algo, pero me cuesta salir de mi cabeza y prestarles atención. Lo logro cuando el bip de su cierre centralizado resuena y entran en el coche.

—No vamos a abandonar a Evans en Deremen, ¿verdad?

Me inclino junto a la ventanilla de Drake y Electric Blue, a mi lado, parece confuso con los hermanos López.

—Cas y yo tenemos que ocuparnos de algo —responde serio—. Esperadnos aquí, volveremos lo antes posible.

—Pero...

Electric Blue me toma de la muñeca y me aparta, permitiendo que Drake arranque y salga.

—¡Joder! Deberíamos ir a buscarle —protesto, viendo como el coche se aleja.

Él me da un apretón en la muñeca para ofrecerme consuelo y después, señala un restaurante de hamburguesas y costillas que hay al otro lado de la acera. No puedo creer que esté pensando en comer en esos momentos.

—Necesito reponer fuerzas —se excusa. Está especialmente pálido y sus labios, agrietados. Claudico. Nunca he entendido el hambre feroz que aviene a los dámaros después de usar sus poderes porque simplemente no uso los míos, pero los he visto comer con desesperación.

17 LAS COSTILLAS DE BARBIE

Caminamos hacia Las Costillas de Barbie, el nombre me hace sonreír, a pesar de mi estado de preocupación.
—Se te olvida el pequeño detalle de que somos invisibles... —le recuerdo, cuando subimos la acera.

Él ignora mi comentario y le echo una mirada de reojo. Tiene pinta de que le ha pasado un camión por encima, y su ropa está manchada del líquido de la muerte. Con ese aspecto es mejor que continuemos siendo invisibles.

—Nuestro dinero también lo es —insisto, cuando abre la puerta del restaurante provocando el tintineo de la campana sobre la puerta. Por suerte, es demasiado tarde para comer y demasiado pronto para cenar, por lo que el lugar está desierto, a excepción de una señora con el pelo rizado y rojizo recogido en un moño. Lleva un uniforme rosa, tiene los brazos apoyados en la barra y tararea la canción que suena en el hilo musical.

Miro mi teléfono otra vez, compulsivamente. No quiero llamar a Evans porque me aterra que el sonido lo delate si aún está cerca de un despojado. Compruebo si Cas me ha enviado alguna explicación de su abandono. No puedo creer que se hayan ido de esa manera después de haberle dicho a Evans lo de que éramos un equipo. Debe haber sido cosa de Drake.

—Elisabeth —llama Electric Blue, inclinado sobre la barra. Ha leído su nombre en la plaquita de su uniforme. Como es de esperar, la mujer abre los ojos desmesuradamente al escuchar su nombre sin que haya nadie en la sala. Mira alrededor, sin vernos y luego se vuelve para gritar por el hueco de la mesa caliente que comunica la barra con la cocina.

—¿Me has llamado, Dex? —pregunta un tanto ansiosa.

Dex debe decirle que no porque de pronto tiene el rostro descompuesto.

—Me ha parecido...

—Elisabeth, no estás loca. Somos dámaros invisibles y necesitamos comida —acota él, un tanto impaciente. Para demostrar que lo que dice es cierto, coge una bandeja de la pila que hay sobre la barra y la iza en el aire.

Elisabeth mira la bandeja flotante con la boca tan abierta que creo que se va a desmayar y no nos va a ser de ninguna utilidad.

—Estamos patrullando la zona... ya sabe, por lo de Bólid —continúa Electric Blue—. Necesitamos reponer fuerzas. ¿Puede servirnos, aunque no nos vea?

Elisabeth asiente, ya no parece estupefacta. Más bien aterrada.

—¿Es que van a atacar Deremen?

—No, cariño, es una medida preventiva.

La camarera ojea el espacio frente a ella creyendo que si se concentra mucho podrá ver a su interlocutor.

—¿Cuántos sois?

—Ahora mismo, dos.

—Hola —digo, pero tengo que carraspear porque mi voz ha salido rasposa. Menuda patrullera.

Elisabeth se moja los labios con la lengua y sé que las palabras medida preventiva no le han aliviado en lo más mínimo. Quizá Electric Blue debería explicarle quien es y asegurarle que no va a morir esa noche. Pero no lo hace. No entiendo cómo funciona su poder, ni llego a comprender como lo gestiona él. Hay muchas cosas que me tienen confusa.

La camarera se acerca a la caja registradora y nos pregunta que deseamos tomar.

Electric Blue lee el menú expuesto sobre la cabeza de Elisabeth.

—Cuatro menús de hamburguesa con queso y patatas gajo, un costillar Tex, aros de cebolla, palitos de mozzarella y...bueno, el postre te lo digo luego.

Ella ha apuntado todo, pero frunce el ceño en confusión.

—Pensaba que eráis dos.

—Eso es solo para mí —declara él tan normal—. Mi amiga ahora va a decirte lo que quiere.

Suspiro con impaciencia, echando un vistazo a mi teléfono de nuevo. Electric Blue usa su tarjeta, momentáneamente invisible, para pagar, pero el *wireless* de esta funciona y se realiza el cobro sin problemas.

—Yo no tengo hambre —declaro con un tono ominoso. No puedo parar de moverme porque los nervios recorren mi cuerpo.

—¿Estás segura? —se extraña él. Hace el amago de entregarme su tarjeta—. Pide algo.

Sacudo la cabeza, mientras muevo la pierna rítmicamente y echo un vistazo a la calle a través de los amplios ventanales del restaurante.

—¿De verdad vas a comerte todo eso tú solo?

—Dos menús para mí y dos para Evans... el resto, podemos compartirlo.

Exhalo ansiedad al escucharlo hablar de Evans como si estuviera a salvo. De alguna forma me ayuda a pensar que hay comida esperándolo, que Blue está tan seguro de ello como para haberla encargado para él.

Nos sentamos en una de las mesas que hay junto a la ventana. La tensión de mi cuerpo parece agradecer la comodidad del sofá acolchado.

Centro mi atención en la calle. El hueco del coche de Drake ya ha sido ocupado por un Nissan Juke. Irracionalmente, me parece ofensivo que no respeten nuestra plaza de aparcamiento, cuando hemos ido allí para salvar vidas. El mundo sigue sin nosotros, como si nada. Nadie parece detenerse para agradecer el sacrificio de Ozrrat o el riesgo de Evans. Continúan con sus vidas, ajenos a todo. Solo se acuerdan de los dámaros cuando algo sale mal.

—¿Le amas?

La pregunta de Electric Blue me hace volver mi atención al joven que está sentado frente a mí. Acaba de beberse medio vaso de Coca-Cola de una sentada.

—Deberías beber agua, en lugar de eso ¿no? —señalo el líquido negro de su vaso.

—¿Por qué?

—Dime un solo ingrediente de la Coca-Cola —le pido, alzando el dedo índice, para probar a lo que me refiero.

—Amor.

Trato de no reírme.

—¿En serio? —rezongo. Electric Blue asiente y toma el vaso para acercárselo a los labios.

—Sí, porque a veces tengo tantas ganas de beberme una Coca-Cola que cuando por fin la noto en mi boca y en mi lengua, se me pone la piel de gallina de puro placer y la amo. Por un jodido momento, la amo.

Chupa la pajita para ilustrar lo que acaba de declarar tan ardorosamente y yo resoplo. No me apetece salir de mi mal humor aún.

—Es como lo que sentirías tú si Evans te metiera la lengua en la boca —me dice, y me toma tan de sorpresa que me sonrojo.

—¿Eso es lo que has sentido cuando Drake te lo ha hecho a ti? —contraataco.

No responde, pero tampoco da muestras de haberse molestado con mi insinuación. Me pregunto que hace falta para enojarlo, pero luego recuerdo su voz en el tren y se me pone la piel de gallina; y no en el buen sentido.

—¿Por qué ha sido tan malo esta vez? —me atrevo a preguntar después de un rato de silencio —. Me refiero a que... ¿por qué había tanto líquido?

—Por varias razones: era una predicción nueva, distinta a lo que siempre he visto para Ozzy y porque iba a ocurrir a los pocos minutos de llegarme

—¿Por qué ha sido así?

—El futuro no cambia cariño. El destino está escrito y ocurre tal cual debe ocurrir. Por eso me llegan predicciones hasta décadas antes de que ocurra el suceso —explica él—. A no ser que un vidente intervenga usando una de sus predicciones o informando de ellas. Esa es la única forma de cambiar el futuro.

—Entonces, mi futuro podría cambiar ahora que me lo has mostrado —se me hiela la sangre al darme cuenta de eso.

El artilugio circular que nos ha dado Elisabeth vibra contra la mesa y doy un salto por el susto. Electric Blue suspira, lo coge y se levanta.

—Solo si tomas una decisión importante basada en mi predicción—me explica antes de alejarse para coger su comida.

Exhalo una bocanada de aire juntando las piezas del rompecabezas de Kyle Doberv. Aún me faltan muchas para entender que es lo que estoy mirando.

Elisabeth ayuda a Electric Blue a traer las tres bandejas que hacen falta para transportar todo el pedido a nuestra mesa. Debe ser extraño para ella seguir a dos bandejas flotantes, pero parece haberse hecho a la idea.

La llegada de la comida vuelve a llenarme de ansiedad, porque se supone que Evans estaría aquí para comérsela.

—¿Debería llamarle ahora? —dudo y me froto las piernas con las manos.

Mi último compañero de patrulla desenvuelve su hamburguesa como si nadie más existiera y le da un bocado enorme. Me muerdo el labio mirando por la ventana de nuevo. Entonces noto

una ráfaga de viento.

—Córrete, Tori—Evans acaba de aparecer de la nada e intenta sentarse a mi lado. Me muevo hacia la ventana para dejarle sitio y lo miro anonadada.

—Evans.

Coge su hamburguesa como si nada hubiera ocurrido, la desenvuelve con la misma concentración que Electric Blue y la devora. El rubio mira al recién llegado y sonrío malicioso mientras mastica.

—Vas a tener que esforzarte más para eso —bromea, cuando termina de tragar, y me doy cuenta de que se refiere a la elección de palabras de Evans. Este le dedica una mirada de advertencia, pero continúa concentrado en engullir su comida.

—¿Y ya está? —Mi voz sale chillona.

Evans me echa un vistazo de reojo y se limpia salsa de hamburguesa con una servilleta. Después me palmea la pierna por debajo de la mesa como si quisiera apaciguar a un caballo.

—Estoy bien —dice y continúa comiendo.

Resoplo por la nariz y paso mi vista de uno a otro. Se reparten los aros de cebolla y los palitos de mozzarella ¿De verdad esa es su reacción después de todo lo que acaba de ocurrir?

Con la frente apoyada en mi mano me quedo mirando el perfil de Evans hasta que me echa un vistazo de reojo.

—No entiendes el hambre...nunca has usado tus poderes hasta quedarte seca —me explica, abriendo una bolsita de ketchup para sus aros de cebolla.

Me uno a su paréntesis libre de drama y cojo uno de los palitos de mozzarella de su bandeja. Evans mira mi mano con atención y la sigue hasta mi cara.

—Iba a comerme eso —refunfuña con la boca llena.

Me lo meto en la boca, igualmente. Están engullendo la comida de cinco personas.

—¿Cómo es que no tenéis sobrepeso? —espeto. Me deleito con el sabor de la mozzarella, las especias y el pan rallado, arrepentida ya—. A mí tendrían que levantarme de la cama con una grúa si comiera la mitad.

—Tienes que follar mucho para quemarlo —me indica Electric Blue con la seriedad de un doctor que recomienda andar dos horas al día.

Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—¿Ah sí? No me extraña que tenga que batallar con mi peso, entonces.

—¿Por qué no te follas a alguna tía? —me sugiere Electric Blue y Evans le tira una servilleta arrugada a la cara.

—Esa es tu palabra favorita, ¿verdad? —le respondo, logrando que sonría—. En mi caso la odio. No es sexy. Es ordinaria y vulgar; como ver a los leones hacerlo en un documental. Le quita todo el romance y el misterio.

Electric Blue sonrío y pone los ojos en blanco, pero puedo notar que, tras la fachada, está triste tras.

—Voy a vérmela —anuncia y se levanta.

Tardo unos segundos en entender que lo que quiere decir es que va a ir al baño a echar un pis.

—Llama a Shalim Halil cuando puedas —le sugiere Evans, circunspecto. Creo recordar que es el nombre de la madre de Ozrrat. El rubio asiente y se aleja.

Evans aún está comiendo, pero más pausado, la ansiedad desaparecida. Me giro para contemplarle ahora que estamos solos.

—¿No vais a hablar de ello? —saco a relucir, indignada—. Entiendo que sois hombres,

pero...

—No llegué a tiempo —me interrumpe y cierra los ojos, disgustado—. Ozrrat y Blue han crecido juntos, Tori. Como tú y yo... ¿sabes lo que debe estar sintiendo ahora mismo?

Solo puedo empezar a imaginármelo. Tengo que contenerme para no abrazarle, hundir mi cabeza en su pecho y regodearme en el alivio de que esté sano y salvo.

—Pero debería hablar de lo que siente... sacárselo del pecho.

—¿Por qué siempre quieres hablarlo todo? —Su tono de reproche me sorprende. Aunque no me mira directamente, intuyo que su enfado va dirigido a mí—. Hay cosas que es mejor no decir las.

No estoy de acuerdo.

—¿Es mejor comer y hablar de sexo mientras se muere por dentro?

Evans suspira, considerando lo que he dicho.

—Blue no es como el resto de la gente... ha crecido con la muerte dentro de él.

—Lo sé, pero... no es sano que estemos aquí como si nada cuando acaba de morir su mejor amigo.

—Tampoco puede hacer otra cosa —rebate Evans. No entiendo por qué reacciona así, cuando ha sido él mismo el que ha usado esas palabras.

—¿Dijiste en el tren...?

—Estaba enfadado en el tren, ¿vale? Estaba enfadado porque todo está fuera de mi control... porque está muriendo gente y es por mi culpa.

—¿Cómo es tu culpa? —Me parece tan frágil en ese momento, tan opuesto a lo que suele mostrar, que quiero tocarle. Pero sé que odia mi contacto, incluso aunque lleve guantes.

Evans apoya el codo en la mesa y se masajea la frente, cerrando los ojos un instante.

—Soy el puto peor *copycat* de toda la historia de Dámara, y cada persona que muere ahí fuera es por mi negligencia.

No puedo creer que piense eso. No pudo soportarlo más y pongo mi mano en su hombro. Evans la mira de reojo y luego cierra los ojos.

—Nos salvaste en la escuela hace unos días. Si no hubiera sido por ti... y nunca había visto a nadie usar la telequinesis como tú. Arrancaste un árbol de raíz.

—Me ayudó un potenciador —murmura él. Los potenciadores actúan sobre el poder de un dámara para que sea mucho más fuerte. Eso explica como Evans pudo lanzar por los aires a los tres despojados y a los dos alumnos afectados, a la vez.

—¿Y qué? Así es como funciona. Los dámaros somos un equipo, no se supone que tienes que hacer nada de esto solo. No creas que por ser el *copycat* tienes más responsabilidad que los demás. Aunque seas el más fuerte de nosotros.

Me echa una mirada de soslayo. Después agacha la cabeza y se muerde en labio inferior.

—Mi cuerpo tiene fuerza, pero yo soy débil —musita—. He sido el *copycat* que se ha manifestado más tarde en toda nuestra historia. Si hubiera sabido lo que era antes, ahora tendría más poderes. Podría hacer más.

No puedo evitarlo, mi mano comienza a masajear su hombro para ofrecerle consuelo. Incluso a pesar del guante y de su sudadera, noto que el contacto entre nosotros es como un vaso de agua después de años en el desierto. Estoy aliviada y cansada por todo ese tiempo luchando contra la necesidad de tocarle, de estar cerca de él. Reconozco que una parte de mí está agradecida porque se alejara de mí. Porque la distancia ha hecho más fácil soportar mis impulsos hacia él.

—No fue culpa tuya manifestarte tarde —le recuerdo.

—¿No? —vuelve el rostro hacia mí con una sonrisa amarga. Estamos más cerca de lo que solemos permitirnos. Más cerca de lo que la prudencia determina, pero estoy cansada y lo único que quiero es acercarme más—¿Estás segura de eso?

—¿Qué quieres decir?

Una sombra de culpa cruza su rostro.

—Quiero decir que me gustaba demasiado nuestro club de perdedores —confiesa—. Me gustaba tanto que reprimí mi poder para seguir siendo quiénes éramos tú y yo.

Lo miro boquiabierta, considerando sus palabras. Recuerdo el día que jugábamos al baloncesto con su tío en el jardín de su casa, y entonces Evans se movió super rápido por primera vez. De la forma en la que solo Luther Armstrong, el hermano mayor de Cecily, lograba hacer.

Recuerdo haber pensado primero que ya nada volvería a ser lo mismo. Recuerdo la expresión deslumbrada de su tío. Después se carcajeó y lo abrazó dándole palmadas en la espalda.

—*Copycat*—gritó fuera de sí—, mi sobrino es el *copycat*.

Y salió corriendo para contárselo a los demás. Esa misma noche, estábamos en el comedor de su casa cenando. Parker estaba fuera de sí, lleno de júbilo tras descubrir que el inútil de su hijo había resultado ser el mejor de los élites. Todos hablaban más alto de lo normal animados por la noticia y el vino. Yo, sin embargo, estaba dividida por dos sentimientos opuestos: mi alegría por Evans y un terrible sentimiento de pánico ante la idea de perderle. Pero disimulé como pude y me uní al brindis con una copa de champan que en realidad llevaba Fanta. Hasta que me percaté de la forma en la que me observaba Parker. Serio y reflexivo.

—Estás diciendo que fue mi culpa que no te manifestaras antes —digo, volviendo al presente.

Evans toma la mano que aún tengo en su hombro, la levanta y la pone contra mi pecho como si me la devolviera.

—No, Tori—susurra y le tengo tan cerca que noto su aliento en mi rostro. Sus ojos se deslizan hacia mis labios—. Es mi culpa porque no tengo fuerza de voluntad.

Sus palabras y la forma en que me mira me dejan anonadada. Él se aparta, al darse cuenta de que nos hemos quedado callados y muy cerca el uno del otro.

—Lo entiendes, ¿no? —murmura, mirando la bandeja llena de servilletas usadas y envoltorios arrugados frente a nosotros. Entiendo que se alejó de mí porque su padre así lo deseaba, ya que su amistad conmigo le hacía débil, porque era un riesgo, porque ser el *copycat* suponía demasiada responsabilidad como para perder el tiempo con la *gay maker*. Es tan injusto que tengo ganas de chillar y llorar.

Electric Blue regresa entonces del baño y se deja caer frente a nosotros. Ha tardado demasiado y un vistazo a su rostro me basta para ver que ha estado llorando. Sus ojos están enrojecidos e inflamados al igual que su nariz.

Abro la boca, pero la cierro al recordar lo que me acaba de decir Evans. Hay cosas que duelen demasiado como para mencionarlas.

18 EL PLAN ES NO MORIR ESTA NOCHE

Son más de las nueve cuando Drake llama a Evans para decirle que en veinte minutos pasaran a recogernos. El restaurante ha empezado a parecer nuestra propia casa por las horas que llevamos ahí. En algún momento del atardecer, nos hemos vuelto a hacer visibles y me da la impresión de que eso alivia a Elisabeth, que está encandilada con Electric Blue. Le hace preguntas y lo observa como si se lo quisiera llevar a casa.

Los chicos han vuelto a cenar, aunque parezca imposible después del festín de hace unas horas y esta vez me he unido a ellos, hambrienta. Hemos tomado fajitas y nachos, y unos batidos de chocolate deliciosos para el postre.

Hemos creado un verdadero paréntesis de nuestros problemas, en el que hemos hablado solo de tonterías y nos hemos reído ocasionalmente. Sobre todo, cuando a Evans le ha dado por contar nuestras travesuras y cagadas infantiles más pintorescas. Es extraño verle hablar de “nosotros” de nuestra vida de antes con nostalgia, cuando he pasado tanto tiempo creyendo que lo había olvidado todo, o al menos, que eso era lo que quería.

Los recuerdos son agridulces y me hacen sentir demasiadas cosas, pero entretienen a Electric Blue. Es la forma que tiene Evans de consolarle.

El hecho de que haya tenido que forcejear con él para taponarle la boca y de que nos hayamos reído juntos ha derribado ciertos muros entre nosotros.

—He hablado con Shalim antes —murmura Electric Blue, cuando pasamos un rato en silencio.

Evans asiente con una expresión grave.

—Ha visto como el despojado atacaba a Ozrrat, pero se ha escondido antes de comprobar quién lo estaba controlando —replica Evans—. Cuando he llegado tanto el despojado como... el despojado de Ozrrat habían desaparecido.

—Él lo sabía... —murmura Electric Blue. Se saca el teléfono y lo toquetea—. Le ha mandado este mensaje a su madre unos minutos antes.

Mamá, lo siento. Vienen a por mí, lo he visto. No vuelvas a casa. Por favor, ten cuidado y regresa a Glinen cuanto antes. Ya no voy a estar para cuidarte, así que tienes que ser fuerte. Por favor, hazlo por mí. Te quiero... siempre lo haré.

Me pongo a llorar, Me tiembla todo imaginando al chico despidiéndose de su madre, sabiendo lo que le esperaba. Me meto por debajo de la mesa para ir a sentarme junto a Electric Blue y le abrazo. Evans nos observa serio y en silencio y yo le abrazo con más fuerza.

—Lo siento —susurro, sin saber qué más decir.

—Sabía que no teníamos mucho tiempo desde el día que le conocí —su tono es calmado pero débil—. He intentado no amarle y he intentado amarle mucho a la vez.

Esas palabras me parten el corazón. Aunque nuestra relación sea tan corta, me siento como si hubiéramos sido amigos desde siempre y su dolor me hace daño. Le acaricio la espalda para proporcionar todo el consuelo que puedo.

Antes, en el tren, me dijo que solía ver otra muerte para Ozrrat, a una edad avanzada, y que había tratado de revisarla para asegurarse de que su amigo estaría bien a pesar de andar saboteando los planes del terrorista. Si Electric Blue sabía que tenían poco tiempo juntos al conocerlo es porque él mismo muere joven. Le abrazo de nuevo, preguntándome cómo de pronto es esa muerte que parece ver para sí mismo y si no hay nada que pueda hacer para evitarlo. La idea se me mete en los pulmones y de pronto no me es tan fácil respirar.

Cuando llegan Drake y Cas soy un manojo de nervios mal contenidos. No estoy mentalizada para ser una heroína, como esos élités que lo tienen taladrado en la mente desde pequeños. Lo más peligroso que he hecho en mi vida es engullir mi peso en bombones de una sentada en la noche de San Valentín.

—¿Dónde estabais? —increpo al montarme en el coche. Por un lado, estoy enfadada, pero por otro preferiría que no hubieran vuelto y saber que al menos ellos dos están a salvo.

Cas abre la boca para decir algo, pero Drake la interrumpe.

—¿Cuál es el plan?

—El plan principal es tratar de no morir esta noche —recalco, mirando a Evans significativamente para que lo tenga en cuenta al trazar su plan secundario.

Electric Blue me dedica una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Cariño, no podemos permitir que mueras siendo virgen —declara solemne—. Haré lo necesario, si la circunstancia se presenta.

Son los nervios los que me hacen soltar una carcajada porque lo imagino suplicando cinco minutos a un despojado para bajarme los pantalones. Evans me dedica una mirada envenenada, la cual considera lo suficientemente potente como para no acompañarla con una reprimenda verbal.

—Llévanos aquí —le indica a Drake, sacándose el papel de Ozrrat del bolsillo del vaquero para entregárselo. Drake lo analiza como si se tratara de la caja de pandora.

—¿Qué crees que encontraremos ahí?

Nuestro líder exhala y se aparta un mechón de pelo de la frente. La piel bajo sus ojos está grisácea y me pregunto cuando hace que no duerme.

—Con un poco de suerte, la persona que está detrás de todo esto —. No parece muy convencido. No obstante, si Ozrrat logró predecir el ataque de la escuela, quizá esta pista también lleve a algo útil. Drake teclea la dirección en su teléfono y descubrimos que se trata de

una zona de naves industriales.

—¿Quién creéis que está haciendo todo esto? —pregunta Cas una vez nos ponemos en marcha—. Utilizando despojados para matar gente de forma aleatoria y sin pedir nada a cambio, no es propio de un terrorista. No lo comprendo.

El músculo bajo el ojo de Evans se contrae de forma casi imperceptible. Existe la posibilidad de que haya dámaros detrás de los ataques, en lugar de humanos, y por eso se lleva todo este asunto con tanto secretismo.

Circulamos durante media hora antes de llegar al puerto de Deremen, que colinda con la zona industrial a la que nos dirigimos. Aparcamos frente a un barco que porta enormes contenedores rojos y azules. Hay grúas altísimas que, durante las horas de actividad, se encargan de mover los contenedores. La noche es cerrada, pero la luna llena se refleja en el agua oscura, siendo el único indicio de que bajo el lóbrego horizonte está el mar. La marea está calmada y también el aire, ofreciendo un ambiente pacífico que contrasta con la situación de alarma en la que llevamos días sumidos.

En cuanto Drake pone el freno de mano, Electric Blue se baja del coche y Evans levanta el rostro del mapa que está mirando en su teléfono para echarle un vistazo. Reconozco la frustración en su rostro cada vez que mira al muchacho, a sabiendas de que no puede controlarle.

—¿Qué es? —le pregunto, mirando la pantalla. Es extraño estar sentada a su lado trabajando juntos como si esos años de silencio nunca hubieran ocurrido.

—Debe ser un almacén —responde ampliando la zona.

—¿Te has dado cuenta de qué es la única nave independiente? —resalto, señalando los alrededores con mi dedo enguantado—. Todas las demás están adosadas, pero esa no comparte pared con ninguna otra y está rodeada de calles.

Evans asiente mirando la pantalla con el ceño fruncido.

Nos bajamos del coche y Drake repite el proceso de invisibilizarnos.

—Tal vez es el lugar donde los terroristas se reúnen y no quieren vecinos husmeando —concluye Cas.

—O puede que sea ahí donde retuvieron a los guardias dámaros durante el ataque a Bólid —propongo, a mi vez. Cualquier pista sería de ayuda para destapar toda la operación. Incluso si eso implica entender sus motivaciones, aunque sospecho que, si se trata de un grupo de terroristas, pronto comenzarán a divulgarlas. No sería la primera vez que sucede algo así. Los emperadores usaban despojados para matar cristianos en sus teatros mientras el público animaba. En la Edad Media, se emplearon en la invasión de tierras para limpiarlas de habitantes, en cazas de brujas y torturas... la lista de formas en las que se han utilizado despojados para hacer la guerra es larga y variada. Y, aunque en los tiempos modernos es poco común, nunca se ha dejado de hacer. En los años sesenta, un grupo de humanos soltaron dos despojados en la fábrica que los había despedido. Hay teorías conspiratorias que aseguran que el ataque al centro financiero de Deremen, hace una década, fue orquestrado por el propio gobierno de deremen para obtener el apoyo de los votantes en el bloqueo financiero a Durin. Cuando la verdadera razón detrás de ello era empobrecerlos y controlar el desierto de Djen.

Pero siempre ha habido ayuda dámara detrás de esas operaciones. Sin ella, controlar a los despojados se le hace casi imposible a los humanos y muy peligroso. El de Bólid ha superado el número de muertos en mucho tiempo, y, sin embargo, los terroristas no perdieron el control de los monstruos. Hace falta mucho poder y recursos dámaros para eso.

—¿Dónde está Kyle? —pregunta Drake, trayéndome de vuelta de mis cavilaciones.

—¿Kyle? —repito con una sonrisa burlona, ¿desde cuándo le llamamos así?

—Ese es su nombre, ¿no? —gruñe y yo levanto las manos en son de paz. El estrés empieza hacerse evidente en el grupo.

—Está allí—responde Cas, con un movimiento de cabeza.

Electric Blue se ha sentado en el puerto y tiene las piernas colgando hacia el agua. Está medio oculto bajo la sombra del camión que tiene aparcado detrás, pero los rayos de luna iluminan su mitad izquierda, sacando reflejos blancos a su pelo.

Drake se aleja despacio hacia él.

—¿Por qué os habéis marchado? —aprovecho para preguntarle a Cas.

Mi amiga suelta un bufido.

—Lara se ha presentado en casa de mis padres, borracha y preguntando por Drake —explica.

—Así que es verdad que hay problemas en el paraíso.

Cas traga saliva y le echa un vistazo a su hermano, pero no añade nada. Creo que debe tener el síndrome de Estocolmo con su cuñada o algo por el estilo, pero no es momento de indagar en eso. Levanto la voz para que todo el grupo me escuche.

—Deberíamos tener un plan, ¿no creéis? —Me froto las manos porque me tiemblan, aunque sé que no es de frío. Mis guantes de cuero me protegen de la brisa nocturna—. En las películas siempre tienen un plan... es decir, ¿qué hacemos si vemos a alguien?

Mi parloteo hace que Evans levante la vista de su teléfono.

—Voy a entrar yo solo —advierte—. Si veis a alguien podéis sacar fotos o grabar con vuestros teléfonos.

Le doy un par de codazos solo para irritarle.

—Olvidas que mi amiga es la mejor cámara del mercado, capaz de tomar imágenes con la realidad y precisión logradas solo por el ojo humano —continuo con un tono de anuncio de televisión—. Y casi no consume energía, con una sola hamburguesa es capaz de aguantar horas.

Evans me dedica una mirada condescendiente, pero sus labios apenas pueden reprimir una sonrisa.

—Por eso vamos a entrar contigo —insisto—. Para algo somos invisibles y Cas puede grabarlo todo.

Ambos miramos a la mencionada. Está a escasos centímetros de nosotros apoyada en el coche y parece no haber escuchado ni una palabra. Sus ojos están perdidos en otro punto y la seriedad de su rostro instiga mi curiosidad. Sigo la trayectoria de su mirada hasta toparme con Drake que extiende el brazo hacia Electric Blue y le ofrece un cigarrillo.

—Supongo que no estaréis pensando en fumaros un porro ahora —les grita Evans, cruzándose de brazos. Solo Drake gira su rostro hacia nosotros, porque Electric Blue aún no ha sido invisibilizado y no sabe localizar la voz de alguien que para él es invisible.

Drake se acucilla junto al rubio y acerca su mechero para encender el canuto que Electric Blue tiene colgado de los labios. Atrapa la mano de Drake entre las suyas para atinar la punta del cigarro en la llama. Me pregunto si se congela de miedo cada vez que le toca, aunque sigo sin entender por qué a veces parece buscarlo. ¿Es posible que el trauma haga que algunas personas desarrollen una extraña fijación por la muerte?

—Déjalos ¿quieres? —le ruego a Evans—. Acaba de perder a su amigo, Drake solo intenta consolarlo.

Evans exhala por la boca y me echa una mirada peculiar que no logro descifrar.

—¿Qué?

Se toma su tiempo en contestar, mientras fija su atención lejos de mí.

—Piensas que me he vuelto aburrido... —suelta, resignado. No es una pregunta, más bien una afirmación. Lo sé porque no se queda a esperar una respuesta, sino que se separa del coche y marcha hacia los dos muchachos.

Cas y yo lo seguimos, y tengo una sonrisita en los labios. Mientras me preocupa que Evans me vea como una inmadura, él se ha estado inquietando con parecer un aguafiestas.

—Drake, ¿has traído comida? —le pregunta de brazos cruzados, con un tono más suave. Tiene razón, usar tus poderes y fumar hierba no es la mejor combinación del mundo—. Esa mierda os va a bajar el azúcar aún más.

—Tranquilo papá, tengo comida en el maletero —se burla Drake, dándole otra calada antes de pasárselo de nuevo a Electric Blue, que al intuir que hemos llegado se levanta.

—¿Evans? ¿Eres tú el que me está acariciando el culo? —pregunta al aire de forma teatral. Oculto una sonrisa y observo a Evans, que está tan escarmentado que ni siquiera reacciona.

—Hazle invisible, por favor, tenemos que irnos —se limita a decir.

Drake traga saliva y lo mira de soslayo. Después cuadra los hombros frente a él, pero en lugar de acercar su rostro al suyo, toma el porro y da otra calada. Echa el humo tranquilamente hacia un lado por encima de la cabeza de Electric Blue mientras este le observa expectante.

Hay algo hermoso en la forma en que se mueven el uno alrededor del otro, algo hipnótico en el cruce de sus miradas, y yo no puedo apartar la mía. Es como ver uno de esos romances en la televisión con tan buena química que te arrastran de lleno con ellos.

Cuando Drake no tiene más humo en la boca, le pone la mano a Electric Blue en la nuca y lo acerca, salvando la poca distancia entre ellos. Se detiene a un milímetro y sus pestañas caen, recorriendo el rostro del rubio, justo antes de que sus labios se encajen bien coordinados. La lengua de Drake no se demora en salir a hacer su trabajo. Un segundo después, vuelve a haber dos palmos de aire entre ellos, pero la tensión sigue ahí y contengo un suspiro de *fangirl*. Quiero decirles que los estoy shipeando a muerte, pero sonaría ridículo. Además, Drake es de lo más heterosexual que traen de la fábrica de hombres y, por mucho que me parezca un desperdicio que tenga tanta química con otro tipo, me mataría si lo mencionara. Evans ha debido de notar algo también porque parece confuso y Cas...

—¿Estás bien? —Se ha puesto tan pálida que me olvido de los chicos y le toco el hombro—. Cas, ¿has comido algo? ¿has estado usado tus poderes?

Evade mi mirada y asiente.

—Estoy bien, solo asustada por lo que nos aguarda ahí dentro.

—Es normal, llevamos una semana intensa —concedo, tratando de animarla—. Un pelín distinta a nuestras tardes viendo películas y escuchando música, ¿eh?

Ella sonríe distraída.

Nos ponemos en marcha guiados por el GPS del teléfono secreto de Evans. Los alrededores de la nave están desiertos. No hay automóviles aparcados, ni nada que sugiera que alguien sigue allí a esas horas de la noche. Esa es la primera característica peculiar de ese lugar. Las demás naves tienen furgonetas y camiones estacionados en el perímetro, pero la nuestra se encuentra extrañamente despejada. La segunda peculiaridad, y que para mí se lleva la palma, es el hecho de que no hay puertas ni ventanas en la planta baja. Puede deberse al tipo de material que la nave fue creada para albergar, algo sensible o tóxico que debe permanecer aislado.

Cuando estamos seguros de que no hay nadie allí, damos varias vueltas alrededor del edificio, corroborando que no hay una sola puerta a pie de calle. El único acceso, una puerta metálica, se

encuentra en un nivel superior.

Seguimos a Evans por las escaleras de la fachada hasta llegar a la entrada, donde fuerza la simple cerradura con su telequinesis.

No me da buena espina esta nave. Si alberga alguna mercancía peligrosa debería estar mejor resguardada, con carteles de advertencia y algo más que una simple cerradura, pero no tiene ni un triste candado. Hay diarios de adolescentes mejor guardados que ese lugar. Aun siendo invisibles, me recorre un escalofrío y se me ponen los pelos de punta.

—Evans —lo llamo antes de que empuje la puerta. Soy la tercera en la fila, pero me desgañito para que mi susurro sea audible solo entre nosotros. Él se detiene, con la mano aún puesta en la superficie oxidada de la puerta y me echa un vistazo—. No crees que es extraño que sea tan fácil acceder —dudo, por encima del hombro de Electric Blue—. ¿Y si es una trampa?

—¿Una trampa para quién?

Estoy apretando los puños tanto que me duelen los tendones.

—No lo sé... pero es muy raro que no haya seguridad, ni vigilancia...

Evans considera mis palabras, pero veo en su expresión que está tan ansioso por entrar y ver que se esconde en el interior de aquel sospechoso edificio que está dispuesto a arriesgarse. No obstante, en lugar de empujar la puerta, se vuelve hacia nosotros.

—Volved al coche y si no salgo en media hora, pedid refuerzos a la patrulla de guardias dámaros más cercana.

—¡Ni hablar! No vas a entrar ahí solo —replico demasiado alto. Drake me hace un gesto exagerado con las manos para que baje el tono—. Deberíamos llamarlos ya, y que ellos se encarguen —continúo más bajo. Mis intentos están abocados al fracaso, pero tengo muy mal presentimiento sobre ese lugar.



19 LA FÁBRICA DEL TERROR

Evans no me responde, pero reconozco su expresión. Hay cosas que no cambian con los años y su cabezonería es una de ellas. Empuja la puerta y se asoma por quicio para echar un vistazo curioso, mientras yo aprieto la barandilla de la escalera con tanta fuerza como mis dientes.

Le toco el hombro a Electric Blue y cuando se vuelve le miro a los ojos, para asegurarme de que no hay nada remotamente sospechoso. El blanco sigue de ese color y no hay líquido pegajoso asomando por estos. De todas formas, dijo que no puede preveer la muerte de todo el mundo, todo el tiempo. No estoy segura de cómo funciona su poder, pero lo de Ozrrat Halil ha demostrado que no es infalible.

—¿Crees que es seguro entrar ahí? —le pregunto al ver que sus ojos parecen normales, pero él desvía la mirada.

—No hay nada seguro en la vida de un dámara —responde, y eso es lo último que quiero escuchar.

Evans se adentra en la oscuridad que adivino a través de la puerta y Electric Blue no se lo piensa antes de seguirlo.

Suspiro, estoy muy cerca de entrar en pánico.

—Vamos, Tori —protesta Drake detrás de mí. Me espachurra contra la barandilla para saltarme y seguir a los chicos.

Cas me da la mano, tan asustada como yo. Sonreímos al ver lo diferentes que somos de los élités heroicos que nos acompañan. Bueno, de los dos élités y el chico capaz de ver su propia muerte, que no se inmuta ante nada, y tiene la misma expresión facial tomando el té por la tarde, que entrando en la fábrica del terror.

El interior del edificio está en completa oscuridad, y tengo ganas de ahogar a Cas con mis propias manos cuando deja que la puerta se cierre a nuestra espalda. ¿En serio? Eso es de primero de película de miedo: Lección 1: No dejes que la puerta se cierre cuando entras en la sala oscura. Bueno, mi versión sería, más bien: No entres en la sala oscura, pero siempre hay un imbécil valiente en el grupo que incita los demás a la muerte.

A tientas, mis manos dan con una barandilla frente a mí. El eco de las voces de los chicos me hace pensar que la sala está vacía. El suelo no es de cemento porque resuena bajo mis pies como algo metálico y agujereado. Con manos temblorosas intento encender la linterna de mi teléfono, pero estoy tan asustada que se me cae al suelo. Lo oigo rebotar una vez y unos segundos más tarde, estrellarse contra la superficie por debajo de nosotros. Suelto un improperio, sintiéndome desamparada sin él. El golpe ha sonado lejos, por lo que entiendo que estamos en una especie de balcón que asoma sobre un nivel inferior.

Drake ha logrado encender la luz de su teléfono, y aunque pensé que la iluminación me haría sentir mejor, ver solo las pequeñas zonas que ilumina su linterna es incluso más tétrico. Efectivamente, nos encontramos en una barandilla que asoma a una planta inferior. Drake enfoca de un rincón a otro y contengo el aliento esperando ver algo horrible entre las sombras.

Evans le pide que se lo deje, y lo usa para mirar que tiene a sus pies. Hay unos cables y una caja metálica unida a ellos. Acciona uno de los botones de la caja y la nave se ilumina con potentes fluorescentes de luz blanca que parpadean varias veces antes de permanecer encendidos y emiten un zumbido.

La potente iluminación me consuela un poco. Estamos sobre un andamio que circunda la pared y da para una sala vacía. Lo único que descansa en el suelo metálico dos pisos por debajo de nosotros es mi teléfono hecho añicos.

—Mierda —me lamento—. Se ha roto.

—Quizá se pueda arreglar —dice Cas y se sube a una plataforma elevadora a su derecha. Tiene un mando que cuelga de un cable negro enorme y cuando acciona uno de los botones descende unos centímetros.

—Podemos bajar a por él —me indica y salto para colocarme junto a ella. Incluso si no se puede reparar, no puedo dejar mi teléfono como prueba de que he visitado este lugar.

Cas pulsa el botón de nuevo y la plataforma comienza a descender. Los chicos nos observan desde el balcón superior conforme bajamos. Evans parece irritado porque nos estemos alejando, pero desde ahí tienen buena vista a la planta inferior que está desierta a excepción de mi teléfono.

A pesar de eso, el lugar me da escalofríos.

«No seas tan cobarde, Tori» me digo cuando el zumbido del ascensor se detiene. Cas y yo descendemos al suelo y mis botas resuenan de una forma que me indica que está hueco. Taconeó un par de veces con fuerza contra la superficie para comprobar el eco que produce.

—Creo que hay algo aquí debajo —digo en voz alta y me inclino para coger mi teléfono. Como me había imaginado tiene la pantalla partida en mil pedazos.

—¡Joder! —Le enseño el destrozo a Cas—. Mis padres van a matarme.

Evans nos interrumpe gritando mi nombre.

—¿Qué? —pregunto alarmada.

—¿Tori? —chilla, asomando medio cuerpo por encima de su baranda. No entiendo qué le pasa, porque estoy justo bajo sus narices, pero parece no verme— ¿Dónde estás?

—Evans, tienes la gracia en el culo —espeto y me cruzo de brazos, notando que tiemblan. Odio ser tan fácil de asustar y voy a patearle el trasero cuando suba. Pero Evans no se ríe, sino que tira de Drake hacia la barandilla

—¿Dónde están? —exige saber. Cas y yo nos miramos extrañadas.

—Estamos aquí —replica ella y sacude los brazos sobre su cabeza. Me pica la piel de la nuca, porque sé que Evans no se ha vuelto repentinamente ciego. Algo más está ocurriendo.

Me acerco a Cas todo lo que puedo. Drake también mira a través de nosotras.

—Os escuchamos, pero no os vemos—replica, recorriendo la sala con la mirada. Un segundo después vuelve el rostro hacia Evans—. Nosotros ya no somos invisibles.

Cas y yo nos damos la mano, mientras ella le grita a Drake que vuelva a invisibilizarse.

—¡No puedo! —replica él, tenso—. No consigo invisibilizarme y tampoco puedo veros a ninguna de las dos.

Cas entrelaza su brazo al mío.

—Esto no está bien, Tori. Drake siempre puede ver a la gente a la que invisibiliza, incluso cuando él sigue siendo visible —me cuenta lo que ya sé.

En ese momento las luces se apagan. Suelto un grito y me tiembla todo el cuerpo, pero intento respirar hondo y tranquilizarme. Debe haber una explicación para todo esto.

—Salgamos de aquí —insto, cuando mis ojos se acostumbran un poco a la penumbra y logro atisbar el ascensor. Tiro de Cas con tanta fuerza que debo de estarle haciendo daño, pero ella no se queja, sino que me agarra igual de fuerte. Nos subimos a la plataforma, pero cuando acciono en botón no ocurre nada.

—Joder, joder... —Un sudor frío me recorre la espalda. Ha caído toda la electricidad—. Evans, súbenos con telequinesis.

Evans extiende la mano hacia abajo y hace un movimiento ascendente, pero no noto nada. Aprieta los labios y traga saliva

—¿Dónde estáis exactamente? —pregunta él y bajamos del ascensor para situarnos a sus pies.

—Estamos aquí, justo en el centro.

Evans apunta sus manos hacia nosotras y entrecierra los ojos en concentración. Casi parece que nos ve, pero cuando hace un movimiento nada ocurre.

—¿Cuál es el problema? —Mi voz suena extrañamente y me falta el aliento—. ¿No puedes movernos si no nos ves?

—No es eso... ninguno de mis poderes parece funcionar. No logro moverme rápido. —Han encendido las linternas de sus teléfonos y vemos los rayos de luces que emiten los aparatos por encima de nuestras cabezas.

En ese momento la luz regresa y suelto un suspiro de puro alivio. Ha debido ser un simple fallo eléctrico. Cas y yo intercambiamos una mirada y nos dirigimos a toda prisa hacia el ascensor, pero antes de que lo alcancemos este comienza a elevarse sin nosotras.

—Ya están subiendo —exclama Evans con evidente alivio. El ascensor va vacío, pero como somos invisibles debe creer que vamos en él y por eso se mueve.

—No, Evans, no estamos subiendo —le saco de su error. Mis siguientes palabras salen temblorosas—. Creí que lo movías tu con telequinesis.

—No, no soy yo... —está tan confuso como nosotras—. Sigo sin poder usar ninguno de mis poderes.

—Yo tampoco, sigo sin verlas —declara Drake.

—Joder —jadeo. ¿Qué mierdas está pasando?

El ascensor se detiene a mitad de camino y la electricidad vuelve a fallar. Esta vez Cas y yo soltamos un grito al vernos sumidas en la oscuridad y sin el único medio de escape a nuestro alcance.

—Tori, ¿qué está ocurriendo? —Mi amiga me clava las uñas a través de los guantes, pero a penas soy consciente de ello. Respiro hondo tratando de mantener la calma. ¿Qué haría un grupo de humanos sin poderes en este caso?

—¿Podéis comprobar si hay fusibles ahí arriba? —sugiero—. Quizá han saltado los plomos

del ascensor.

Mientras buscan, se hace el silencio y por eso empiezo a escucharlo. Al principio parece ser mi imaginación, o la sangre rugiendo furiosa en mis oídos, pero después me doy cuenta de que es más como gruñidos ahogados.

—¿Oyes eso? —susurro. Cas ladea la cabeza concentrada. Me acucillo, notando que el sonido parece venir de nuestros pies—. Hay algo ahí abajo.

Las luces vuelven a encenderse y en el mismo instante el suelo comienza a moverse hacia un lado con un chirrido de ruedas mal engrasadas. Nos agarramos la una a la otra, registrando que la superficie sobre la que estamos de pie se desplaza. Nos caemos sentadas y asistimos impotentes como el suelo se va haciendo cada vez más pequeño a medida que se oculta bajo la pared y el ruido que había percibido se multiplica por diez.

Cas grita tan cerca de mi oído que oigo un pitido. Me doy la vuelta para descubrir de qué se trata, pero antes de que mis ojos lo registren los escucho. Escucho sus gargantas rugiendo furiosas.

Hay más de una decena de despojados a nuestros pies.

—Tori —grita Evans y al levantar la cabeza me doy cuenta de que nos ve. Si él puede vernos es que sus poderes han vuelto. O al menos eso creo de primeras, en seguida me doy cuenta de que no es así porque Evans mueve un brazo para levantarnos en el aire y no funciona y porque además los despojados también pueden vernos. Se vuelven locos al registrar nuestra presencia, alargando sus manos sangrientas hacia nosotras e intentando saltar para alcanzarnos.

Sus rugidos se han incrementado ahora que nos han visto, tan furiosos y hambrientos que apresuran sus movimientos, pisándose unos a otros para intentar llegar hasta nosotras. El suelo continúa retrocediendo, escondiéndose en la pared a nuestra espalda y cuando lo haga del todo, caeremos sobre ellos.

Me pongo de pie y cojo a Cas de la mano para que se levante también.

—Estamos jodidas —exclamo, al ver lo poco que queda de superficie. Busco a mi alrededor algo a lo que agarrarnos, pero no hay absolutamente nada. Miro el mar de despojados a mis pies, con sus cuerpos sanguinolentos y sus garras extendidas hacia nuestros tobillos. No puedo creer que esto sea real, que vayamos a caer de bruces en sus brazos y morir despojadas por varios monstruos a la vez.

Cas llora y gimotea a mi lado. Entendiende, igual que yo, que no hay nada a lo que aferrarnos. Busco a Electric Blue con la mirada y compruebo que no tiene líquidos oscuros en los ojos. Trato de tranquilizarme pensando que no ha visto un cambio en mi muerte, pero en seguida caigo en que si los poderes de Drake y Evans no funcionan, probablemente el suyo tampoco.

La pared está muy cerca. Oigo que los chicos nos gritan, pero no soy capaz de identificar sus palabras, porque lo único que escuchan mis oídos son los rugidos bajo mis pies. Falta medio metro y, de pronto, no falta nada. Nuestras espaldas dan contra la pared y noto su presión empujándome hacia delante.

Cierro los ojos con Cas de la mano.

No puedo creer que voy a irme de este mundo de esta manera. Después de lo mal que me ha tratado, la vida me debía esa otra muerte, la que Electric Blue me enseñó. Pero voy a tener todo lo contrario, tendré el dolor más insoportable lamiendo toda mi piel hasta que sea demasiado para mi mente y me convierta en uno de ellos. Hambrienta para siempre.

20 LA TORNA INSTINTOS

El pie derecho de Cas se escurre primero y tiro con fuerza de su brazo mientras mi otra mano araña la pared inútilmente. La vida se nos escapa... se nos escurre de las manos y desaparece bajo nuestros pies, y no entiendo como hemos podido llegar a esto cuando hay dos élites y un vidente a pocos metros de nosotras, uno de ellos es un *copycat*. ¿Pero de qué sirve un *copycat* sin sus poderes? De nada, es solo un chico cualquiera. Quién ha creado este lugar lo ha hecho como una trampa mortal bien estructurada.

Cuando las puntas de nuestros zapatos ya están asomando por el abismo de nuestro terrible final, el suelo se detiene. Un segundo después, comienza a desplazarse en sentido contrario para cerrar el agujero infernal.

El alivio y la esperanza barren nuestros cuerpos como una oleada potente. Tengo ganas de gritar, llorar y reír a la vez.

Escucho a los chicos gritar nuestros nombres, preguntándonos si estamos bien, pero ninguna de las dos parece ser capaz de emitir sonido alguno. El suelo está casi llegando al final de la sala y necesito que se cierre del todo para dejar de escuchar sus gruñidos furiosos. Aunque dudo que deje de oírlos jamás. Volverán a mí en mis pesadillas.

Tengo la piel mojada del sudor y el hecho de ir tan cubierta de ropa y con guantes de cuero no está ayudando. A la vez, estoy congelada y no puedo dejar de tiritar.

—Ya ha pasado —le susurro a Cas a mi lado y le froto el brazo. Nunca la había notado tan joven como hoy. Es una niña, una niña con un corazón inmenso que no se merecía esa muerte tan dolorosa. Mi alivio es doble, es por las dos y me hace llorar también, aunque no quiero.

—Tranquilas, ya pasó...vamos a sacarlos de ahí —nos está diciendo Drake. Electric Blue corre de un lado a otro revisando todo lo que encuentra en la planta superior en busca de los fusibles, quizá, y Evans está colgándose de la barandilla, pero sin sus poderes es muy peligroso. Abro la boca para decirle que pare, pero lo que sale es un grito porque algo me ha agarrado el pie.

Bajo la vista, horrorizada, y descubro que una mano sanguinolenta cubre mi bota. No tarda en

aparecer otra y descubro que un despojado ha logrado trepar y está utilizando el hueco que aún queda entre el suelo y la pared para auparse a nuestro nivel.

Empiezo a patearle la cabeza, pero usa su cráneo para golpear mi pie y mi hueso cruje bajo el fuerte impacto. Suelto un alarido. Estos despojados son los que atacaron Bólid y están repletos de energía humana, más fuertes que nunca. Más agresivos y voraces que cualquier despojado que los que atacaron la escuela.

Consigue elevar el resto de su cuerpo y la pierna. Ya está... está con nosotras. Cas y yo le damos patadas para intentar empujarlo de vuelta al agujero, pero me vengo abajo al ver como otro despojado está trepando por su espalda, y llegando hasta nosotras también.

El primero me agarra la pantorrilla y tira de mí hacia el hueco. Grito y clavo mis manos en el suelo, pero los guantes hacen que me escurra.

Cas me coge de un brazo e intenta sujetarme, pero el hecho de que deje de patearle, lo ayuda a saltar del todo a nuestra planta. Se lanza directo a por mí, cubriéndome con su cuerpo. Le golpeo inútilmente, pero su fuerza es inhumana. Es como aporrear una armadura de hierro, me lleno de moratones que me recuerdan al dolor de la paliza de hace unos días. Pero esta vez ya sé lo que es el dolor y no me acobardo, sigo golpeándole, destrozándome los huesos.

Por la periferia, veo que el que estaba trepando por su espalda también ha saltado a nuestra planta y se lanza sobre Cas.

Grito su nombre, pero todo se me olvida cuando levanta mi camiseta y me da la primera lamida. Su lengua contiene centenas de pinchos afilados y me arranca la piel con un dolor tan insoportable y agudo que no puedo creer que vaya a tener que soportarlo de nuevo. La segunda lamida llega demostrando que, por muy intenso que sea el dolor, aún no voy a desmayarme.

En el fondo de mi mente, soy consciente de los gritos de Cas. La pequeña e inocente niña que salvé un día en la escuela. Ahora ya no voy a poder salvarla, porque todas las células de mi cuerpo están siendo atacadas por la toxina del monstruo. Quiero dejarme ir... desmayarme cuanto antes y que todo acabe pronto.

Pero la tercera lamida no llega. Por un momento creo que ya me he desmayado, pero sigo escuchando los gritos de Cas; por lo que abro los ojos y veo que el despojado se ha detenido y me observa confuso. Es como si de pronto no supiera por qué está ahí, ni que tiene que hacer.

Lo empujo y aunque sigue siendo igual de fuerte me permite erguirme. No puedo creer lo que ocurre a continuación, pues el despojado se vuelve hacia el atacante de Cas y se lanza contra él. Forcejean y acaban trastabillando y cayendo por el hueco.

Me quedo mirando la grieta impactada, sin poder creerme que se hayan ido, y entonces, noto unas manos en mis hombros y grito, intentando apartarme.

—Tori, soy yo...—La voz de Evans me llena de alivio. Mi cuerpo deja ir la tensión, relajándose de golpe. Caigo hacia atrás, pero él me sujeta y me apoya en su brazo.

Estoy tan mareada y dolorida que su cara y el techo dan vueltas en mi visión y de pronto veo un líquido rojo y espeso caer por su garganta.

—Sangre. —Me asusto y trato de levantarme. Él me pone la mano en el pecho para que me quede como estoy.

—Tranquila, es mía... —susurra en un tono suave.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué sangras? —Mis palabras se pegan entre sí como si estuviera borracha.

—¿En serio, Tori? ¿De verdad me preguntas si yo estoy bien? —Evans sacude la cabeza, indignado, pero sonríe. Por un momento, apoyada en su brazo y con su rostro tan cerca del mío,

creo que he muerto y estoy en el cielo. Pero en el paraíso no puede haber tanto dolor, y la herida de mi abdomen me están matando. Además, hay algo llamando mi atención en el fondo de mi confusa mente... como una alarma, recordándome que me estoy olvidado de algo importante.

¡Cas!

Intento girarme para buscarla, pero Evans me regaña y me asegura que está bien; que las dos estamos bien. Noto la incredulidad en su tono y eso me lleva a repasar lo que acaba de ocurrir, pero la imagen del despojado sangriento sobre mí y su lengua en mi piel es demasiado. Me pongo a temblar.

—Tranquila, estás bien... —repite y acaricia mis brazos enérgicamente. No es consciente de toda la fuerza que tiene, pero estoy demasiado agusto como para hacer nada que lo detenga. Me quedo quieta, y me relajo en sus brazos.

Al cabo de un momento, Evans me levanta en sus brazos y parece que el ascensor vuelve a funcionar. Salimos fuera y me sienta en el coche de Drake. Para mi alivio, entra conmigo, me apoya sobre su pecho y reanuda el masaje en mis brazos.

Levanto un poco la cabeza cuando Drake coloca a Cas a mi lado y se monta en el asiento del piloto.

—¿Vas a quedarte con Kyle? —le pregunta a Evans.

No sé de qué hablan, pero quiero protestar cuando Evans me susurra que tiene que irse, y que Drake va a llevarnos al médico. Utiliza su hipervelocidad para desaparecer del coche y cerrar la puerta tras él. Al menos eso me consuela, saber que, ya que va a quedarse en ese lugar infernal, al menos vuelve a tener sus poderes.

Cas está tan pálida y derruida que le acaricio el brazo para darle fuerzas.

—Aguanta, van a llevarte a un sanador.

—Tori... ¿qué ha ocurrido ahí abajo? —musita—. ¿Cómo nos hemos salvado?

Repaso lo ocurrido en mi mente y está todo confuso y mezclado. ¿Ha sido Evans el que me ha quitado al despojado de encima? Ha tenido que ser eso. Ha recuperado su poder y lo ha apartado de mí y de Cas.

—No lo sé. Supongo que Evans...

—No —dice y niega con la cabeza—. Se han peleado entre ellos.

Sus palabras traen un recuerdo a mi mente, pero me mareo y lo dejo ir.

—Eso no tiene sentido, nunca se atacan entre ellos —replico, igual de confundida de lo que parece ella—. Tal vez Evans ha lanzado a uno contra el otro con telequinesis y se han enfadado.

—Tal vez... —dice Cas, asintiendo conforme esa teoría cobra sentido para ambas.

Drake pone el coche en marcha, dejando a Electric Blue y a Evans atrás.

—¿Por qué se han quedado? —quiero saber. Me preocupa la seguridad de ambos.

—Van a esperar a los guardias —replica este—. Ya hemos avisado de que hemos encontrado al grupo de despojados que probablemente atacó Bólid.

Afirmo con un movimiento de cabeza, tratando de tranquilizarme y rogando que estén a salvo.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro con nuestros poderes? —insiste Cas con el rostro contraído por el dolor de su herida.

Drake nos echa un vistazo a través del retrovisor.

—No tengo ni idea, simplemente no funcionaban. Cuando han vuelto, ya os estaban... atacando.

Suspiro sin entender como han logrado bloquear poderes dándonos dentro de la nave y por qué

funcionaba de forma intermitente al igual que la electricidad.

—El mío, sí —dice Cas y se estremece—. Tengo al despojado grabado.

—Bórralo —le indico de inmediato. Me enferma pensar que vuelva a revivir ese momento, aunque sea como espectadora.

Cas asiente y parece estar a punto de desmallarse.

—Lo que no podré borrar son los recuerdos —jadea—. Nunca había vivido nada tan horrible.

—Lo sé. —Le acaricio el brazo antes de volver a dirigirme a Drake. Tengo tantas dudas sobre lo que ha ocurrido allí dentro que no puedo evitarlo—. ¿Cómo habéis arreglado el ascensor?

Drake suspira y por la tensión con la que agarra el volante sé que está casi tan perturbado por lo ocurrido como nosotras.

—No comprendo bien lo que ha ocurrido, Tori —dice—. Pero cuando os estaban... lamiendo, hemos recuperado nuestros poderes. Evans ha saltado al ascensor y ya ha podido bajar hasta vosotras.

—¿Habéis cerrado vosotros el suelo?

Drake niega con la cabeza.

—No entiendo nada de lo que ha ocurrido —exhala, dicho eso sus ojos se encuentran con los míos a través del espejo retrovisor—. Tu despojado, de pronto, se ha apartado de ti y a atacado al de Cas. Nunca había oído hablar de despojados atacándose entre ellos, pero esa es la única razón por la que seguís vivas.

Casi y yo intercambiamos una mirada pesada. La confusión y el estrés hacen que me de vueltas la cabeza y tengo que cerrar los ojos.

—No entiendo por qué el ascensor se movió solo —murmura Cas. Parecía estar vivo y querer que nos atacaran.

—¿Habría alguien más invisible? —propongo.

—Siempre he podido ver a otros dámaros con mi mismo poder, incluso cuando se hacen invisibles y aunque mi poder no funcionaba de primeras, durante el ataque sí, porque volví a veros —razona Drake—. Pero no vi a nadie más allí.

—¿Hay otras formas de hacerse invisible que no sean concretamente tu poder? —indago.

—Puede ser, esto es Dámara —Drake se encoje de hombros.

—Tal vez, era alguien que puede controlar la electricidad a distancia —propone Cas.

Medito esa posibilidad durante unos instantes y acabo por soltar un bufido.

—Es todo tan confuso.

—Lo que no logro entender es por qué fallaban nuestros poderes... —se lamenta Drake. Detiene el coche frente al punto de control de la muralla de Deremen—. Ha sido muy frustrante no poder veros y que Evans no pudiera hacer nada. Kyle tampoco podía prever si alguien iba a palmarla. Eramos unos putos inválidos ahí dentro.

—Solo Parker podría hacer eso —comenta Cas—. Bloquearnos a sus anchas, pero no estaba allí y tampoco iba a hacernos algo así.

Las palabras de Cas me pinchan como un alfiler. Parker es bloqueador, lo que explicaría esa parte.

—No estaría tan segura —mumuro y ella frunce el ceño.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Bloquear a su propio hijo? ¿Lanzarnos a unos despojados? —debate—. No tiene sentido.

Cas no sabe que Parker me dio la paliza y que me amenazó para que me alejara de Evans. Si esta noche nos ha seguido y nos ha visto juntos, tiene motivos y locura suficiente para tratar de

matarme. O como poco asustarme, pero... si Parker estuviera allí le hubiéramos visto.

—Debe haber algún otro bloqueador en el mundo. Suele haber más de uno vivo a la vez —comenta Drake—. Y como no está en los registros, sería el dámalo perfecto para utilizar en crímenes.

—Pero... ¿Quién querría matarnos a mí y a Tori? —deshecha Cas.

«A ti no», pienso, «pero yo si estoy en la lista negra de un bloqueador». La teoría de que Parker está detrás de todo esto empieza a cobrar peso en mi cabeza.

—Si uno de los terroristas es un bloqueador y nos ha visto entrar en su almacén de despojados no sería tan descabellado que trate de matarnos —rebate Drake.

—¿Y cómo es que no le hemos visto? —duda Cas, pensativa—. Aunque le hubieran invisibilizado antes de entrar, lo hubieras visto en alguno de los momentos en los que has tenido tu poder.

Drake se muerde el labio.

—A no ser que, como dice Tori, haya otros tipos de invisibilidad que uno pueda pasar al otro, porque el invisibilizador tendría que pasar su poder al bloqueador, pero eso hace que su poder sea igual que el tuyo...

—¡Por todos los despojados! —grito, interrumpiendo las palabras de Cas.

—¿Qué? —ambos hermanos me miran con atención.

—El hombre de la caja.

—¿Qué? —repite Cas confusa.

Parker podría haber estado ahí dentro con nosotros y manipular la electricidad, la trampilla del suelo y nuestros poderes sin que nadie lo supiera, si el hombre de la caja estaba con él encondiéndolo en su habitación mágica.

—Joder —me tapo la boca. Acabo de averiguar que quien está detrás de los ataques terroristas es el padre de Evans. Y me quiere muerta.

21 EL VILLANO EN CASA

Me he acostumbrado a la adrenalina de estos últimos días. A la forma en la que despierta cada nervio de mi cuerpo y me hace sentir viva. Es lo opuesto a la rutina entumecida que solía ser mi existencia. La zona de confort es como una tumba que te va matando poco a poco sin que te des cuenta.

Desde que volvió Evans, ninguno de mis días se parece al anterior y he vivido un torbellino de situaciones emocionantes a las que creo que me he vuelto adicta. Debe ser por eso que, a las diez de la noche siguiente a haber estado a punto de morir a manos de un despojado, estoy frente a la puerta del dormitorio de Evans.

Respiro hondo antes de golpear la superficie con mis nudillos y sacudo la cabeza enfadada conmigo misma. Es cierto que Parker ya me quiere muerta, pero si me alejara un poco de su hijo, tal vez me dejaría para el final de su lista de tareas pendientes o de gente a la que matar.

Evans no debe de estar en casa porque pasa un buen rato sin que nada ocurra. La idea me alivia y me decepciona a partes iguales, pero cuando pienso en darme la vuelta y volver por donde he venido, la puerta se abre de golpe.

Él me recibe al otro lado con la mano aún en el pomo. Está despeinado, parece que acaba de levantarse del sofá o de la cama, y va sin camiseta.

Me quedo mirando su torso desnudo, un tanto descolocada. Me quedo en blanco, atontada con el espectáculo de músculo definido bajo piel tersa y bronceada, que invita a mis malditas manos a un paseo prohibido.

«¡Idiota!» me digo. Da la impresión de que nunca he visto a un hombre sin camisa antes, porque vivo en una aldea Amish, sin internet, ni televisión o algo por el estilo.

Con esfuerzo, regreso mis ojos a su rostro, pero se me rompe el corazón al ver la impaciencia con la que me contempla.

—No he venido a verte a ti, sino a Electric Blue —espeto a la defensiva.

Evans apoya el brazo en el marco de la puerta y me inspecciona de arriba abajo. Me alegra haberme abotonado la camisa negra hasta el cuello. Lo último que quiero es que piense que vengo a seducirle con una piel que no puede tocar.

—Pues para no haber venido a verme a mí, me miras con mucha atención.

Pongo los ojos en blanco. Aunque sea cierto, no tengo por qué admitir mi crimen. Le empujo, abriéndome paso, entro y le doy la espalda para que no note que me he sonrojado, pero me detengo al reparar en el interior de su dormitorio. Bueno, a eso no se le puede llamar dormitorio.

—¿Tienes un puto apartamento? —exclamo. Es increíble el nivel de favoritismo que hay en esta ciudad. Mientras que el resto de alumnos nos conformamos con compartir tristes dormitorios, Evans tiene un apartamento con una sala de estar que comunica con otras tres

estancias y una cocina de concepto abierto.

—Tu novio no está aquí —me informa y cierra la puerta con una delicadeza sorprendente. Por el rabillo del ojo lo veo caminar hacia la cocina y abrir la nevera.

—¿Tienes hambre?

Mis ojos se deslizan por su musculosa espalda y suspiro, tratando de mantener mi mente sana como una manzana. Evans saca una lechuga y un par de tomates de la nevera y los coloca sobre la encimera de la barra. Me acerco a esta y me subo a uno de los taburetes que hay en el lado del salón. Me cruzo de brazos y le observo desmenuzar las hojas de la lechuga y tirarlas en un colador.

—¿Esto es lo que comes para estar así? —mi intención es fastidiarle, pero mi broma me estalla en la cara cuando él alza sus ojos grises a los míos y se atreve a preguntar:

—¿Así cómo?

Cuando no respondo, sonrío con arrogancia.

Sé que debo alejarme del tema, pero me cuesta concentrarme en nada más. Y verlo cortar tomates sobre una tabla de verduras con ese torso esculpido por Michelangelo resulta fascinante.

—¿Es qué no tienes camisetas?

—¿Y privarte del placer de verme cocinar de esta forma?

Pongo una mueca molesta porque sepa que es porno para los ojos. Seguro que lo ha escuchado de otras bocas...

Por suerte, sé exactamente cómo borrarle esa estúpida sonrisa de autocomplacencia.

—¿Dónde está tu guapo compañero de piso?

Evans guarda silencio durante un instante y por el rabillo del ojo veo que se le ha evaporado la arrogancia. Hasta ese momento, no se había creído que he venido a visitar a Electric Blue.

—Está cenando con su padre.

Aún me choca pensar que es hijo de Víctor Dobrev, el amante de la reina Yadra y el miembro del Parlamento, que no es más que una extensión del poder de esta.

—¿Cómo se lleva Electric Blue con su padre? —Pregunto con curiosidad. Él me entrega un plato y coloca otro a mi lado.

—Supongo que un poco peor ahora que sabe que está detrás del ataque de Bólid —Evans suelta esa bomba como si nada.

—¿Qué? —Casi me caigo del taburete. Evans suspira y se rinde.

—Mientras esperábamos a la guardia dámara, vimos a su padre dentro un coche que estaba aparcado a pocos metros del almacén con los despojados.

No tengo ni idea de qué hacía Victor Dobrev ahí, pero sé que no es el culpable. Me planteo contarle mi teoría sobre su propio padre.

—No quiere decir que sea el terrorista —opto por decir—. Quizá está investigando y sus hallazgos le llevaron a ese lugar.

—Ya... eso es complicado.

—¿Por qué iba Victor... —dejo la frase inacabada porque no quiero formular acusaciones sobre alguien que sé que es inocente.

—No es cosa de él, Tori —razona Evans—. Todo sabemos quién le controla.

—Yadra —digo, dándome cuenta de que Evans cree que ella es la terrorista. Está confundido. Yadra debe tener a Parker bajo vigilancia, porque es su enemigo y porque quizá incluso sospeche de él como autor de las matanzas. Estoy segura de que Víctor Dobrev estaba allí porque debió seguir a Parker y al hombre de la caja hasta el almacén, por orden de la Reina. Y ahora Evans cree

que es el malo. Menudo lío.

—¿Han encontrado pistas en la nave sobre quién dejó a los despojados allí? —pregunto, en lugar de acusar a su padre como quiero hacer. Su relación no es la mejor del mundo, pero es su familia. Tengo que proceder con cuidado.

Evans niega con la cabeza y me pasa una botella de aceite de oliva. Contemplo la etiqueta con su denominación de origen de Dámara Sot, alucinada por el lujo. Es un producto que nunca he tenido en casa, pero lo probé en un restaurante en el cumpleaños de Ellie.

—¿Le has contado a tu padre lo que nos ocurrió en la nave? —Intento sonar indiferente. Evans se detiene y baja los ojos, pensativo antes de negar con la cabeza. Me pregunto si su renuencia se debe a qué no confía en él— ¿Por qué no?

Da la vuelta a la barra y sube al taburete que está al lado del mío, de esa forma que tienen los hombres de sentarse con las piernas abiertas y tomando parte de tu espacio personal. Su rodilla se clava en mi pierna y empieza a comer, ignorando mi pregunta.

—Mi padre no quiere que tú y yo seamos amigos, Tori —dice al fin con sequedad.

—¿En serio? No lo había notado. —Mi sarcasmo no le pasa desapercibido, pero en lugar de mostrarse divertido me mira con una seriedad que me sorprende. Parece que quiere decirme algo más, pero entonces cambia de parecer y continúa comiendo—. Tu padre es el que me ha echado de la escuela, por si no lo habías deducido. Y todo por el numerito de la silla.

Evans se detiene y me mira con el ceño fruncido.

—¿Mi padre? —se extraña—. No, fue cosa de Diana. Le ha dicho a la dirección que amenazas a otros alumnos con tocarlos.

Suspiro en vista de que Evans no tiene ni idea de que tiene al villano en casa y que es Parker el que controla a Diana. Decido que es pronto para contarle que su padre es el terrorista.

—Estoy trabajando en ello, ¿de acuerdo? —prometo en vista de que me he quedado callada. Hace un gesto hacia mi plato y empieza a comer otra vez.

—¿Trabajando en qué?

—En que te readmitan en la escuela —replica, con practicidad—. Pero no es fácil hacerlo sin que parezca que yo he tenido algo que ver y no quiero que mi padre piense que hay algo entre nosotros.

La parte de “porque no hay nada entre nosotros” se sobreentiende del resto. No sé como permito que me duela escucharlo de su boca, pero me duele.

—¿Si no crees que tu padre viene a por mí por qué te molestas tanto en ocultarle que coexistimos en el mismo planeta? —planteo mordaz.

Evans baja la mirada y aprieta la mandíbula.

—Que mi padre no haya tenido nada que ver con tu explosión no quiere decir que sea un corderito inocente y lo último que quiero es ponerte en su mira —declara y recobro la esperanza de que no esté tan ciego ante la verdadera naturaleza de Parker. En cuanto investigue un poco más y obtenga claridad en todo este asunto, podré comunicarle mis sospechas.

—Entiendo —murmuro, removiendo mi ensalada con el tenedor. De pronto me avergüenza estar ahí en su apartamento, aun con la excusa de que he venido para ver a Electric Blue.

Evans suspira a mi lado.

—No, creo que no lo entiendes... —dice en un tono cansado y sus siguientes palabras son más para sí mismo—. Pero quizá es mejor así.

Resoplo.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Qué es mejor así, Evans? ¿Qué finjas

despreciarme para que tu papá no se enfade? ¿Qué nuestra amistad se fuera a la mierda para complacer a tu familia?

Él vuelve a suspirar y se frota una ceja. Aunque se nota que ha descansado y recuperado algo de sueño, sigue estando agotado.

—Es complicado, Tori.

—¿Qué lo es?

—Nosotros...

—No tanto, tú lo complicas —impugno, comenzando a enfadarme—. Éramos amigos hasta que te convertiste en élite y decidiste que ya no querías serlo porque con mi poder no soy digna de ti. Tu familia opina lo mismo. Toda Dámara opina lo mismo. Por lo que es bastante simple, ¿no crees?

Evans chasquea la lengua y parece derrotado.

—Esa no es la razón por la que me alejé de ti. Yo no creo que tu poder te haga indigna de mi amistad. No soy mi padre.

—¿A no? ¿Entonces por qué dejaste de ser mi amigo, Evans? —insisto—. Oh, no vayas a decirme ahora que te alejaste porque tenías sentimientos por mí. Porque eso es un buen cliché para una novela romántica, pero en la realidad no tiene ningún sentido. “Oh Tori, me gustas tanto que voy a tirarme a nuestra profesora mientras dejo de hablarte durante años.” Por favor...

Él contempla paciente mi teatro y como pongo los ojos en blanco al terminar. Después me estudia durante un instante que se me hace inquietante.

—¿Qué debería haber hecho entonces? —Comienza con calma y paciencia—. Haberme quedado junto a ti hasta que...

Enarco una ceja cuando se detiene.

—Hasta que te rozara por accidente —termino por él. Frunce los labios como si no fuera eso exactamente a lo que se refería, pero acaba por hacer un movimiento de mano, tomando el relevo de esa idea.

—¿Qué ocurrió la última vez que estuvimos solos?

Me sonrojo al recordar aquel momento en mi cuarto hace unos días cuando pasamos de una simple conversación a algo que escaló rápidamente.

Sus ojos relampaguean, indicando que está reviviendo ese mismo instante y noto un calor abrasador en mi rostro que desciende por mi pecho hacia mi vientre. Me hago dolorosamente consciente de la zona de mi muslo donde está clavada su rodilla. Evans baja la vista a ese punto de unión, y se baja del taburete, de forma repentina. Me da la espalda y se pone a fregar los platos con gestos enfadados. Hay músculos al rededor de sus omóplatos que no sabía ni que existían. No puedo creer que el dueño de esa espalda se tocara mirándome. Me muerdo la uña y me doy cuenta de que mi pierna rebota rítmicamente. Debería irme a casa de mi madre y comerme un kilo de helado para intentar enfriar lo que se está cociendo en mi interior. Pero en lugar de eso, me levanto del taburete y doy la vuelta a la barra para apoyar el trasero en la encimera junto al fregadero.

Evans me echa un vistazo y coloca el último vaso en el escurridor. Después coge un trapo de cuadros verdes que estaba colgado en mango del horno y se seca las manos mientras me estudia en silencio. Noto como la tensión crece entre nosotros, cruje en el aire que nos separa y acaricia mi piel.

—Evans, lo que pasó en mi dormitorio la otra noche... —comienzo, pero me detengo sin saber muy bien si soy capaz de lanzarme al vacío o si debería regresar corriendo a mi aburrida y

monótona vida de virgen.

Él aprieta los dientes en un gesto muy suyo. Lo hace cuando algo le molesta, pero lo único que consigue es atraer la atención sobre lo bonitos que son. Apoya ambas manos en la encimera y suelta una gran bocanada de aire. Parece que va a decir algo, pero, al final, fija los ojos sobre los míos, dándome la oportunidad de terminar mi frase.

Examino su rostro, intentando discernir si se arrepiente de lo que empezamos, o si, al igual que yo, se siente arder cuando lo recuerda.

—¿Qué estabas diciendo? —murmura al fin, incitándome a continuar.

Me encojo de un hombro, tímida. Es difícil proponer algo así, pero estoy harta de ser una santa. Tengo veinte años y necesito, aunque sea una vez, probar eso que siempre me ha estado prohibido.

—No sé... Hay cosas que podemos... hacer de forma segura.

Electric Blue escoge ese instante para abrir la puerta del apartamento, y Evans se aparta de mí y se frota la nuca con una mano.

—Cariño —me saluda con una de esas sonrisas que muestran sus insólitos dientes. Solo él puede tener esa dentadura y, a pesar de ello, resultar una belleza hipnótica—. Si no fueras tú, pensaría que interrumpo algo.

Su comentario me duele, porque me devuelve a la realidad, pero finjo una sonrisa y me aparto de la cocina sin echarle otro vistazo a Evans.

Electric Blue le dedica una mirada divertida a Evans por encima de mi cabeza y después me recibe de brazos abiertos. Me sorprende plantándome un beso en los labios, que no he visto venir y noto que sabe a vino.

—Que bien sienta cuando eres el único que puede probar a la chica sexy del salón —celebra, y se inclina para darme otro beso.

—Estás borracho —acuso, dando un paso atrás para liberarme de su abrazo. Él me sonríe y le brillan los ojos.

—Estoy borracho y cachondo.

—Pensaba que estabas cenando con tu padre. —Estoy tan chocada por su afirmación que casi no me doy cuenta de que Evans pasa por nuestro lado.

—Buenas noches —refunfuña, con un tono que es todo lo contrario y entra en una de las habitaciones, golpeando la puerta a su espalda.

Electric Blue se ríe en silencio, como si el mal humor de Evans fuera su propia broma privada.

—Estaba comiendo con mi padre... —corrobor a continuación—. Eso es lo que me ha emborrachado, pero no lo que me ha puesto cachondo.

—¿He sido yo? —dudo, teniendo en cuenta de que acaba de besarme. Se carcajea y es obvio que se está riendo de mí, no conmigo.

—No cariño —me acaricia la mejilla—. Ha sido el mensaje que he recibido. Pero me gustan tus labios.

Se quita la cazadora y se tira en el sofá.

Me quedo mirándole y después echo un vistazo a la puerta por la que ha desaparecido nuestro ilustre *copycat*.

—¿Esa es la habitación de Evans? —Es lo único que se me ocurre decir. El chico se ríe, viendo a través de mi fingida indiferencia sin problemas.

—Sí. Dentro se halla un lugar mágico donde se puede experimentar algo cercano a lo divino.

Ese lugar se llama "La cama de Evans" Las que han surcado esas sábanas, no han vuelto siendo las mismas. Y yo voy a conseguirte un pase.

22 RESISTIRSE O NO

—No estoy interesada —respondo demasiado rápido.
—Mentirosa —se burla.

Ignoro su acusación y le doy un golpe en la pierna. He venido a hablar de todo lo ocurrido la noche anterior y quiero preguntarle que siente al haber visto a su padre en la escena del crimen, pero Electric Blue está ebrio y no es el momento de sacar un tema triste. Por lo que pregunto otra cosa.

—¿Quién te ha mandado un mensaje caliente?

Apoya la cabeza sobre su brazo doblado y mira el techo con ojos brillantes.

—No era un mensaje caliente, solo era un mensaje —me corrige—, pero créeme cariño, pronto será tan caliente que se me derretirá el teléfono.

Me imagino su teléfono derritiéndose de verdad y me carcajeo. De pronto, noto una ráfaga de aire y Evans está plantado frente a mí, tiene en la mano el bolso que dejé en la encimera de la cocina. Lo deja caer sobre mi regazo.

—Vete a casa, Tori —ordena y regresa a su cuato, a velocidad normal esta vez.

—¿Estás empezando a impacientarte, Evans? —pregunta su compañero de piso con diversión y, aunque sus hombros se tensan, no se vuelve. Se encierra en su cuarto de nuevo.

Me quedo mirando la superficie de la puerta cerrada con mi bolso en la mano. Electric Blue me da un toqucito en el brazo con su pie.

—¿Vas a hacer lo que te dice? —quiere saber.

—No —resoplo.

—Buena chica, quédate un rato más y te meteré entre esas sábanas del Olympto.

—Deja de torturarme, sabes que no puedo. — Me muerdo el labio de nuevo, mientras me imagino en el interior de la habitación de Evans con él.

—Al contrario... sé que puedes.

Trago saliva.

—Siento no poder decir lo mismo de ti —declaro con tacto y él se extraña—. Sé que el

mensaje que has recibido es de Drake. Pero lamento decirte que es totalmente heterosexual. He crecido con él, he visto su hambre por las mujeres, he visto las revistas que guarda, le he escuchado con Lara Sorensen, incluso le pillamos una vez viendo una película porno con dos chicas muy cariñosas entre ellas.

Lejos de venirse abajo con mi declaración, me escucha plácido y con una sonrisa ladeada.

—¿Crees que miento?

—No —niega con la cabeza ligeramente—. Creo que dices la verdad.

—¿Crees que Drake lleva todos estos años fingiendo se hetero? —deduzco con un tono cargado de incredulidad. Pero vuelve a negar con la cabeza—. Entonces ¿por qué estás tan contento?

Electric Blue hace un abdominal para cogerme de la mano y depositar un beso sobre mis dedos.

—Quiero hacer algo por ti —me informa y se sienta, recostándose en el respaldo del sofá—. ¿Alguna vez has tocado una polla?

La virgen en mí se ríe como una niña tonta.

—Sabes que no.

—Eso es lo más triste que he escuchado hoy —asegura, fingiendo lástima. Se desabotona el vaquero y baja la cremallera—. Quítate el guante, si quieres saber cómo es el tacto.

Lo miro boquiabierta, intentando deducir por su expresión si habla en serio. Se mete una mano en el calzoncillo y me ofrece la palma de la otra.

—Estás loco.

—Ayer estuviste a punto de morir. El sexo, la música y la comida son las mejores cosas de esta vida, cariño. Tenemos que arreglar esa inocencia —argumenta—. Dame tu mano.

No tengo tiempo de reaccionar ni de decidir. Evans vuelve a aparecer frente a mí y me agarra de la muñeca para levantarme del sofá. Me humilla imaginar que me va a echar de su apartamento en esas circunstancias, pero en lugar de llevarme hacia la salida, me está arrastrando hacia su habitación.

Anonadada, echo un vistazo por encima de mi hombro y Electric Blue me guiña un ojo, justo antes de que se cierre la puerta. De pronto, ya no estoy en el salón, sino en el cuarto de Evans Armstrong, y lo que veo a mis pies es la cama del Olimpo.

Me fijo en cosas como que sus sábanas son azúles, para ignorar su presencia a mi espalda. Siempre soy capaz de percibirle en clase, en el pasillo de la escuela o en la cafetería, entre decenas de personas, pero en esta diminuta habitación la sensación resulta arrolladora. Es como el calor de una hoguera en mi piel.

Le oigo moverse, por la fricción del tejido de sus pantalones. Me quedo muy quieta, tontamente pensando, que si no respiro me haré invisible. Pero Evans no es un tiranosaurio rex y es perfectamente capaz de verme parada en medio de su habitación, rígida como un espantapájaros. Me rodea y se para justo frente a mí, obstaculizando las vistas a su perturbadora cama.

Se me dispara el corazón al encontrarme con sus ojos.

Está enfadado.

—Quítate los guantes —ordena.

Mis labios se separan atónitos.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí —me corta antes incluso de que termine la pregunta—. Dame tus guantes, Tori.

—Evans... —comienzo, ladeando la cabeza—. Si quieres que me vaya, me iré ¿de acuerdo?

Me doy la vuelta, pero no he dado ni dos pasos hacia la puerta, cuando de pronto aparece de la nada interponiéndose entre la salida y yo. Me observa con una expresión decidida, mientras apoya la espalda en la superficie y se cruza de brazos.

—Te he dado varias oportunidades de irte a casa... —dice y levanta el mentón. Está aparentemente tranquilo, pero veo señales de agitación que me hacen pensar que está forzando la pose calmada—. Ahora ya no es una opción.

Estoy aturrida. Si no quiere que me vaya a casa... entonces, ¿qué quiere?

Se me acelera el pulso al pensar que está relacionado con lo que empezamos en mi habitación. Admiro sus ojos grises y su torso desnudo, y pienso en todos esos años de frío distanciamiento. No puedo creer que se trate de eso. Su intención es mantenerme alejada de Electric Blue, porque es un niño mimado que ya no quiere un juguete viejo, pero tampoco quiere que lo tenga otro. Me enfurece esa idea y saco fuerzas para caminar hacia él. Me quito un guante y pongo la palma de mi mano, justo frente a su pectoral.

—Déjame salir o te juro que...

—Gracias —sonríe triunfal. Lo que ocurre a continuación es tan rápido que mi pobre ojo no consigue registrarlo. Evans ha desaparecido y vuelvo a ver la superficie de la puerta, pero en lugar de abrirla, me doy cuenta de que me ha arrancado el guante de la mano.

No comprendo del todo sus intenciones, aunque tengo otro juego en el bolso, así que giro el pomo para marcharme de allí y descubro que ha echado la llave. Resoplo, frustrada y decido dar media vuelta con determinación, pero toda mi bravuconería se desvanece al verlo recostado en la cama. No tumbado. La usa como si fuera un sofá con la espalda y la cabeza apoyada en uno de los almohadones que ha colocado contra la pared. Tiene los pies apoyados en el suelo, y un brazo descansa bajo su cabeza. Tengo la ridícula tentación de sacar mi teléfono y hacerle una foto para más tarde. La postura y como se ven sus abdominales es digno de ser immortalizado.

La comisura de sus labios se eleva por un lado porque me he quedado mirándole como si ya fuera una foto y estuviera sola en mi habitación con esa imagen.

Trago saliva, sonrojándome y aparto la vista. Tiene un escritorio a la izquierda, donde hay un montoncito de libros, papeles y bolígrafos de distintos colores, y una lámpara de estudio que es la única iluminación de la habitación. Arroja una tenue luz amarilla que le da un halo de intimidad al cuarto... y un dorado bonito a la piel de su torso.

«Mierda, ya lo estoy haciendo otra vez».

Él palmea la superficie de la cama a su lado con la mano para que me siente.

Sonrío, o más bien es una risita nerviosa, porque Evans Armstrong está medio desnudo, atravesándome con sus ojos e invitándome a su cama.

¿Qué despojados está pasando? Solía pasar mis fines de semana tirada en el sofá viendo películas con Cas o con mis madres. Un bol de palomitas bien saldas como emoción máxima de la velada.

—Va a ser una larga noche si te quedas ahí de pie todo el tiempo.

Me atraganto con mi propia saliva al escucharle. ¿Larga noche? ¿Es que no piensa echarme en cualquier momento? Me da vueltas la cabeza. Debo de estar respirando demasiado rápido porque no consigo pensar con claridad.

—Dame la... —tengo que carraspear antes de seguir—. Dame la llave para que me pueda ir.

Alargo la mano enguantada hacia él. Estoy tensa como el hombre hojalata y no recuerdo cómo ser yo misma, no sé qué solía hacer con las manos y... ¿por qué me mira de esa forma?

—Estás nerviosa.

Río por la nariz y desvío mi atención a la puerta que comunica su habitación con el baño, pero no soy capaz de responderle. Es tan obvio que sí.

—No estabas nerviosa ahí fuera, con Blue.

—Electric Blue es gay.

—¿Te ponen nerviosa los tipos que no lo son?

«Me pones nerviosa tú, idiota. Tú y tu habitación masculina, pero que huele limpia y tiene la luz ideal para... ¡por todos los espíritus de la Fylgja! Tengo que recordar cada detalle para más tarde».

—¿Baker?

Regreso mi vista a él, sorprendida. Hacía años que no me llamaba por mi apellido. Un sentimiento cálido invade mi pecho y me muerdo el labio. Esto es muy peligro, esta combinación de mis hormonas dando saltos y de mi corazón poniéndose tierno es tan intensa, tan... voy a echar a volar y la caída puede destrozarme.

—¿Qué?

—Eres preciosa.

Mi barbilla da contra el suelo. Vale, no llega a dar contra el suelo, pero si fuera un dibujo animado, el asombro por lo que acabo de escuchar hubiera hecho que mi mandíbula atravesara el suelo hasta el piso de abajo. Después del asombro, suelto una risilla nerviosa. Ok, histérica. De verdad, debo de estar soñando que Evans acaba de decir que soy preciosa. No es que crea que soy fea, pero ni en mis mejores fantasías me había dicho algo así.

—Si te dejas salir, hasta Blue sería capaz de follarte. No quiero que eso pase...

Mi capacidad de asombro no da para más.

—¿Por qué? —es lo único que logró emitir y mi voz parece la de una foca estrangulada.

Evans continúa tirado en una postura perezosa, pero sus ojos, las pocas veces que me atrevo a mirarlos, brillan con lo contrario a la calma.

—Porque me moriría de envidia.

Me quedo un rato en silencio. Me avergüenza notar que resuena mi respiración agitada.

—Joder, Evans... —protesto al fin, oscilando el peso de mi cuerpo sobre mis pies. Soy incapaz de mirarle directamente—. Vas a provocarme un infarto.

—Pero si todavía no he hecho nada —se defiende con una sonrisa maliciosa. Le miro de reojo y cuando mis ojos encuentran los suyos se pone serio—. Da dos pasos hacia aquí, Baker.

No puedo resistir más estar ahí de pie frente a él, más que nada porque mis piernas han empezado a debilitarse. Tomo asiento en la punta del colchón, más lejos de él de lo que me había indicado con la mano.

Sé que me está mirando, lo percibo como el mismo sol en mi piel. Pero no dice nada, durante un rato que se me hace eterno.

De pronto, noto una mano en mi hombro. Es solo un estúpido hombro y no la zona erógena más popular entre las mujeres, pero tengo ganas de ronronear y frotar la cabeza contra su calidez. Exhalo y Evans parece interpretarlo como aceptación porque su pulgar empieza a masajear los músculos de mi cuello, sus dedos clavándose por delante en mi clavícula. Cierro los ojos disfrutando demasiado de la presión de su enorme mano. Me gusta que no sea suave.

No me muevo y él continúa con el masajea, atendiendo todas las zonas de la parte alta de mi espalda. Me estremezco cuando roza mi columna.

—¿Te he hecho daño? —susurra en el silencio de su habitación. Su voz suena relajada, pero

despierta. Sacudo la cabeza y murmuro un no, aliviada de que no pueda verme la cara—. Entonces te gusta —concluye para sí mismo.

Digo que sí con la cabeza, incapaz de hablar.

Su mano baja por el centro de mi espalda e incluso a través de la tela de mi camisa disfruto del calor que emana hacia mis músculos. Mataría por un masaje de estos, cada noche.

Evans detiene la mano en mis lumbares y la desliza hacia mi cintura. La mano que lleva mi guante de látex aparece en el lado opuesto, después las desliza ambas hacia arriba por mis costados, pero la fricción no es la misma que la del masaje. Es más lenta, deliberada. Ya no busca aliviar mis músculos, sino provocar mi piel. Sus dedos trepan ligeros por mis costillas, hasta mis axilas y entonces se aventuran por los laterales de mis pechos.

Trago saliva, enamorándome de las cosquillas placenteras que envía a mis pezones. Ese punto entre mis piernas reacciona también. Evans desliza sus dedos por la parte baja de mis senos recorriendo mis costillas en un masaje suave.

Sus manos masculinas son una delicia. Hay algo distinto en su tamaño, temperatura y la fuerza que ejercen que yo nunca podré reproducir con las mías. Dejan una estela de cosquillas y un calor agradable por donde pasan y me gustaría darle las gracias por tocarme, pero me doy cuenta de que la idea es ridícula, y que es mejor que me la calle. Con la que no lleva guante dibuja círculos lentos sobre mi estómago por encima de la tela de mi camisa. Inconscientemente, me echo para atrás para facilitar sus caricias.

De pronto, lo tengo sentado detrás de mí, apretándome las caderas con sus fuertes piernas, y me veo envuelta por su pecho y su perfume.

—Ten cuidado —murmuro, agachando la cabeza para no rozarle la cara con mi nuca. ¡Dios mío, esto es tan peligroso! Debería pararlo, pero mi cuerpo me ha abandonado. No responde a las órdenes de mi cerebro.

—¿Qué le pasa a tu voz? —se interesa con tono socarrón y me hubiera muerto de la vergüenza de no ser porque le falta el aliento y su pecho sube y baja, respirando de forma agitada. Quiero protestar por su arrogancia, apartarme y levantarme; pero tenerle alrededor de mí es lo mejor que he probado en mi vida. Sus anchos hombros por encima de los míos, sus brazos parecen estar echos de roca cálida y su pecho arde contra mi espalda... Me he pasado toda mi adolescencia sufriendo por el contacto humano que me está prohibido, cuando ni siquiera había imaginado de cerca lo bien que se siente.

La mano desnuda se detiene en mi estómago con la palma abierta y me empuja contra él, contra su sólido abdomen. Me dejo ir, subyugada. Todo mi cuerpo hormiguea de una forma muy placentera, pero bajo la barbilla hacia mi pecho, consciente de lo fácil que sería rozarle con mi propia piel.

—Estamos demasiado cerca —protesto, después de aclararme la voz—. Mi cara está al descubierto.

Haciendo caso omiso, sube la mano enguantada a mi rostro, me acaricia la mejilla y el lóbulo de mi oreja. Me dejo caer más contra él, en contra de mi propia voluntad.

—Esto es peligroso —jadeo.

—Lo sé, ya vamos a parar —promete y me siento tan decepcionada que podría llorar. A la vez sé que es lo correcto. Empiezo a entender por qué se alejó de mí. Pero en lugar de apartarse, Evans pasa los dedos enguantados por mis labios. Sé que es látex lo que noto y no su piel, pero no puedo evitar que ese punto entre mis piernas reaccione.

—No puedo besarte —me dice, aunque parece más que se lo está recordando a sí mismo.

—Lo sé.

—¿Sí? —pregunta con tono impaciente—. Siempre creí que era algo en lo que no pensabas.

Me he imaginado besándolo tantas veces, que su comentario me parece ridículo. Roza el guante por mi barbilla, por el centro de mi garganta. Me gusta el tacto suave en mi piel, pero me gusta aún más saber que es su mano la que lo guía, enseñándome los sitios de mí que le gustaría tocar si pudiera.

—¿Por qué tan abotonada? —me pregunta, llegando al cuello de mi camisa.

—La gente odia ver mi piel —murmuro.

—La gente odia ver tu piel y saber que no pueden probarla —me corrige y abre el primer botón.



23 PELIGROSA

—Evans, ten cuidado —protesto, pero mi tono es tan débil que suena a ruego más que protesta. Llevo demasiado tiempo creyendo que mi piel es una aberración ofensiva que debo ocultar a los demás, que me siento culpable por mostrarla delante de él.

—Ya vamos a parar. —Se contradice, abriendo otros dos botones de mi camisa. La mano desnuda sube de mi estómago por las costillas y cubre mi pecho.

Mis labios se separan al notar el calor de su palma en mi carne. Sin darme tregua, la mano enguantada se cuela por el hueco de la camisa que acaba de abrir y prosigue hasta colar dos dedos por el escote de mi sostén. Mi cuerpo se revoluciona cuando roza mi pezón. La idea de que es Evans Armstrong quien me está tocando, aun a través de mi guante, me vuelve loca.

Evans no se ha confundido de lugar. Me lo demuestra jugando con mi pezón y provocando que el punto entre mis piernas palpite furioso. Arqueo mi espalda contra él. Todo pensamiento racional sobre mi miedo a rozarle ha abandonado mi mente. Me termina de abrir la camisa, y a mí no se me ocurre protestar esta vez. Tira del tirante de mi sujetador con cuidado de no destapar mi hombro. Lejos de alarmarme, hago lo mismo con el otro tirante, permitiéndole que me lo baje hasta la cintura. Tengo los pechos al aire. Debería estar aterrada, pero hay algo tan necesario y ensoñador en la situación que no me detengo a pensar.

Evans regresa la mano enguantada a mi pecho, después, como si cambiara de idea, la lleva a su rostro y chupa los dedos índices y anular para humedecer el látex y volver a jugar con mi pezón.

Me sorprendo a mí misma con los sonidos que salen de mi boca, pero al igual que el miedo, el pudor no tiene lugar en mi actual estado. Me sostengo en sus piernas, porque todo mi cuerpo ha perdido fuerza. Me percató, a continuación, de que está deshaciendo el lazo del cinturón de mis pantalones.

—Evans...—el último resquicio de mi cordura resurge al ver como su mano se cuela por dentro de la cintura.

—No digas mi nombre así, Baker. No me lo pongas más difícil.

¿Por qué todo lo que dice tiene que resultar tan excitante? Como si no tuviera suficiente, ya

con sentir su musculoso cuerpo contra el mío, o notar su perfume, o con lo que me están haciendo sus manos.

Evans baja sus dedos por mi vientre y me pongo nerviosa.

Llevo rato notando como me humedezco y aunque lleve mi guante es posible que lo note también. Pero antes de que pueda detenerle, sus dedos pasan por encima de mis bragas y el placer que me embarga hace que me olvide de todos mis pudores.

—No deberías haber venido esta noche —me regaña, pero su tono es tan cariñoso que le da el efecto contrario—. Ya estaba pensando en ti antes de que llegaras. Cuando te he visto en la puerta, he creído que era un puto sueño. Si pudieras leer la mente, habrías salido corriendo.

Sus palabras son brasas que me calientan todavía más. Y es por lo preparada que me tienen que, cuando su dedo empieza a rozar mi clítoris, me retuerzo, notando como las oleadas de placer se extienden por varias partes de mi cuerpo.

Es un desastre porque me humedezco aún más, demasiado como para que en cuando baje un poco la mano no lo note, incluso con los guantes.

—¿Te haces esto a ti misma? —pregunta en un susurro—. ¿Lo haces pensando en mí?

Froto sus cuádriceps y los aprieto con mis manos, intentando dejar salir algo de la energía que ha empezado a acumularse dentro de mí.

—¿Eh, Baker? Estás tan mojada... —gruñe— ¿Piensas en mí cuando te tocas?

No le respondo, aun cuando es verdad.

Evans introduce un dedo dentro de mí, despacio y progresivamente. Me adapto rápido a la intromisión, por lo que empieza a mover la mano con más vigor mientras utiliza el pulgar para reanudar el masaje sobre mi clítoris. Ambas cosas a la vez son demasiado. palpito y él parece saber perfectamente cómo adaptar el ritmo de su mano a mis contracciones. Pierdo la noción del tiempo, del espacio, de todo, hasta que una descarga de felicidad barre mi mente a la vez que mi cuerpo llega al máximo.

La caída es hermosa. Evans me abraza como puede mientras me tranquilizo y recupero la respiración y la cordura.

—Joder... —exclamo cuando la razón vuelve a mí de golpe. Me aparto de él, me tapo y doy un salto para ponerme de pie—. Joder Evans, eso ha sido... peligroso.

Enarca las cejas y me contempla con la expresión de arrogancia que deben poner todos los hombres después de provocar un orgasmo.

—Sí, parecías muy asustada hace un momento.

La vergüenza vuelve a mí también, con dolorosa contundencia. Quiero enfadarme con él, solo para aliviar mi bochorno.

—¡Joder!

—Sí, es la tercera vez que lo dices.

Lo fulmino con la mirada.

—Podría haberte rozado... no tendrías que haberte acercado tanto. Quizá te haya tocado y no lo hayas notado. —Empiezo a ponerme nerviosa.

Evans se levanta de la cama y se despereza como un gato, delante de mí, sin parecer nada preocupado. Una erección asoma a través la tela de su pantalón. Mis mejillas arden conforme aparto la mirada avergonzada y él se ríe.

—Como puedes ver, sigo sintiendo lo mismo por ti que hace una hora —asegura para tranquilizarme, pero mi corazón se dispara.

Evans se tira sobre la cama, esta vez a lo largo, y se pega contra la pared para hacerme hueco.

—Apaga la luz y vamos a dormir.

Me quedo mirándolo boquiabierto.

—Definitivamente, te has vuelto loco. —Levanto ambas manos al aire.

Me responde palmeando el colchón frente a él y mi corazón se derrite por la invitación a dormir juntos. Quiero ponerme a bailar, abrazarlo y besarlo; pero no puedo.

—No voy a dormir contigo Ev, es muy peligroso.

—Así que solo usabas mi cuerpo... —insinúa. Pongo los ojos en blanco, pero él parece pensar en algo y se apoya en un codo para acribillarme con la mirada—. De ahora en adelante, Baker, cuando quieras descubrir el tacto de un hombre, ya sabes dónde tienes que ir —me comunica, y la fuerza de lo que está implicando me golpea de forma brutal. Mi sonrisa se expande en mi rostro y no creo que pueda borrarla nunca más.

Él me sonríe de vuelta.

—Nada de acudir a Blue.

—¿A Drake entonces? —pregunto inocente y él me tira uno de los cojines de su espalda.

Después señala el guante que ha lanzado sobre el escritorio.

—Ponte tu escudo y ven a la cama.

Estoy demasiado contenta y honrada como para negarme, por lo que hago lo que me pide. Pero dejo la luz encendida al acostarme de espaldas a él.

Evans me rodea el estómago con su brazo.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, chalado.

Sonrió mirando la pared de su cuarto. No pienso quedarme a dormir con él, es demasiado arriesgado, pero voy a disfrutar de este milagro un rato más.

Cuando me despierto un par de horas más tarde, me embargan dos sentimientos contradictorios: Uno es la culpa por haberme quedado dormida junto Evans, quien sigue sin camiseta y podría haberme tocado el rostro dormido. El segundo es una intensa felicidad que parece estar a punto de hacer estallar mi pecho.

Sus facciones están relajadas mientras duerme profundamente. Por una vez, parece en paz y tranquilo. Me gusta verle de esa forma.

Querría besar su mejilla, pero me conformo con acariciarla con mi guante. No puedo creer que se me permita hacerlo. No solo eso, tengo una invitación explícita de Evans a acudir a él en el futuro. Durante todo el proceso había creído que estaba viviendo un momento único que no volvería a repetirse. Siempre tengo esa sensación con él, quizá porque ya le perdí una vez y me dolió tanto que cada instante juntos lo vivo con ese miedo.

Miro el reloj de su pared. Son las dos menos diez de la mañana y debo regresar a mi dormitorio para poder dormir sin miedo a hacerle daño. O al menos era mi dormitorio antes de que me expulsaran. Mis cosas siguen allí y nadie me ha pedido la llave todavía.

Retiro la mano que tiene caída por mi cintura, echando de menos su calor y presión de inmediato, pero esa no tiene por qué ser la última vez.

Tengo cuidado de no hacer ruido, mientras me aliso las ropas y busco la llave con la que cerró la puerta. La ha dejado encima de su escritorio. Vuelvo a sonreír porque ha sido capaz de encerrarme dentro de su habitación para alejarme de Electric Blue. Pasar de creer que no le importaba lo más mínimo a presenciar su despliegue de celos... en fin, en lugar de caminar, me deslizo de la habitación en una nube rosa. Pero antes de cerrar la puerta, escucho voces envueltas en secretismo nocturno. Vuelvo a esconderme en la habitación de Evans. Solo que no cierro la

puerta del todo. Echo un vistazo por la rendija.

Electric Blue está sentado sobre la barra de la cocina, con la atención puesta en la persona que está junto al sofá. Me sorprende ver que se trata de Drake. A esas horas... ¿Le habrá ocurrido algo a Cas? Es la única explicación que se me ocurre a que esté a las dos de la mañana en el apartamento de Evans.

Voy a salir de la habitación para averiguarlo, pero sus siguientes palabras me inmovilizan.

—¿Qué me has hecho Kyle?

Se me corta la respiración al ver que Drake parece no encontrarse bien, está inclinado hacia delante con la cabeza agachada y la vista fija en nuestro nuevo amigo.

—No te he hecho nada —se limita a responder el rubio sin inmutarse.

Drake mira hacia la salida, parece indeciso con algo. Quizá con su decisión de enfrentarse al dámaro que parece atormentarlo tanto. Me choca porque siempre ha sido un chico relajado, pero últimamente parece taciturno y preocupado.

—No te creo... todo el mundo dice que tienes el poder de mostrar la muerte, pero a mí me hiciste otra cosa —lo acusa.

Mis sospechas se confirman. Aquella noche, en la habitación de Drake, no fue su muerte lo que le mostré, sino algo más. Algo que explica el extraño comportamiento de Drake, esa mezcla entre temor y fascinación que tiene con él. Se me acelera el pulso, imaginando de qué más es capaz el misterioso Kyle Dobrev.

—Pensaba que ya lo habías deducido —responde Electric Blue, inalterable. Juega con un bolígrafo que ha cogido de la encimera, pasándolo de un dedo a otro, mientras contempla a Drake sin un ápice de culpabilidad. Desconozco si es porque de verdad no le ha hecho nada o porque carece de consciencia.

—Lo que tú me mostraste... eso es algo que nunca me ha ocurrido y que... nunca ocurrirá. —La gramática de Drake, parece afectada por su estado de nerviosismo. Me cuesta sacar conclusiones de lo que dice.

—Lo que yo te mostré es parte de tu futuro, pero... puedes evitar que ocurra, si esa es tu pregunta.

—No, esa no es mi puta pregunta —estalla Drake—. Mi pregunta es... —se lleva las manos al pelo, agobiado—. Mi pregunta es ¿qué coño me has hecho?

Electric Blue se mantiene igual de calmado, pero detiene el movimiento del bolígrafo.

—Ya te lo he dicho, no te he hecho nada —su tono es firme, pero amable—. Me adjudicas poderes que no son míos. Yo solo puedo mostrarle a una persona dos de los momentos más intensos de su vida: su muerte y su mayor orgasmo. Eso es todo lo que hago.

Drake se frota la cara y lo entiendo entonces, no es malestar físico lo que tiene, sino vergüenza y miedo.

—Yo nunca... nunca he pensado en ningún... vas a creer que estoy mintiendo, pero te aseguro que nunca me han gustado los hombres —su voz está cargada de emoción, como si llevara días dándole vueltas a aquello y por fin lo dijera en alto—. ¿Cómo puede ser que de pronto llegas tú y yo...? ¡Me lo has metido en la cabeza con esa escena de ti y de mí!

Electric Blue no se amilana ante el dedo acusador y el tono furioso de Drake.

—Vuelves a adjudicarme habilidades que no tengo. Yo solo muestro el futuro... pero no quiere decir que no puedas evitar acostarte conmigo si no quieres que ocurra. Puedes elegir.

Drake sacude sus rizos, enfadado.

—No te creo. Me has hecho algo. El Drake de antes nunca se hubiera sentido así... con-

contigo, y lo que me mostraste de ti y de mí es algo que él nunca hubiera permitido, ni disfrutado, ni se lo hubiera planteado siquiera.

El vidente se baja de la barra y da pasos lentos hasta colocarse frente al su atormentado visitante nocturno, quien lo observa entre temeroso y expectante.

—Drake... —musita el nombre cargado de tanta intensidad que su dueño abre la boca, extasiado—. Tus labios han sido lo mejor de esta puta semana de mierda.

Dicho eso, lleva la mano a la mejilla de Drake y este cierra los ojos con el ceño fruncido. Se permite solo un momento de disfrutar del contacto, después agarra la muñeca de la mano que le toca.

—Por favor Kyle, deshazlo. No quiero sentirme de esta manera —le ruega desolado—. Deshaz lo que sea que me has hecho.

Le responde con un suspiro cansado y acto seguido coge a Drake por la nuca para acercarlo más a su rostro. Creo que va a forzar un beso, pero se detiene antes de que se toquen sus narices.

—Sabes perfectamente que te gusto desde el momento en que me viste, sabes que te sentiste así por mí antes de que te mostrara la predicción. Yo no te he hecho esto, Drake. Ha sido una casualidad que empezara el mismo día que yo llegué a Dámara. Al principio pensé que eras bisexual o uno de esos homosexuales reprimidos, pero ayer tu hermana me lo mostró en el coche.

Drake parece confuso, pero el tono de Electric Blue es firme y convincente.

—Cas me mostró un recuerdo suyo que la atormenta. Ocurrió el día que los despojados atacaron la escuela. Tú te desmayaste después de invisibilizar a un grupo de alumnos. Cas y Tori se inclinaron sobre ti, preocupadas, y cuando recuperaste la consciencia e intentaste incorporarte, le rozaste la cara a Tori. Estabas demasiado aturdido como para notarlo y ella demasiado nerviosa. Pero Cas lo vio... supongo que tenía la esperanza de que no hubiera habido contacto real y por eso no te dijo nada, pero por lo que vi de nosotros y lo que me dices ahora, sí que lo hubo, Drake. Yo no te he cambiado, fue Tori. Ella te ha cambiado para siempre.

Toda la sangre se me agolpa en la cabeza y suelto un quejido que cubro inmediatamente con mi mano. Por la Fylgja, ¿qué he hecho? ¿Qué le he hecho a Drake? Las lágrimas empiezan a bajar por mis mejillas sin avisar antes. Me mojan la mano con la que me cubro la boca para no hacer ruido. Mientras, Drake observa a Electric Blue completamente blanco.

Un instante más tarde, lo aparta de sí mismo y sale furioso del apartamento. Electric Blue mira estoico la puerta por la que acaba de desaparecer, con la conciencia tranquila al saber que no ha sido él quien le ha “hecho algo” al pobre muchacho.

He sido yo... y no es la primera vez. Soy tan peligrosa y detestable como me han hecho pensar todos estos años. Parker tenía razón sobre mí.

Debería estar muerta.

CONTINUARÁ...

AVISO IMPORTANTE

La escritora de esta novela también es dámara. Tiene el poder de hacer que dejes una puntuación y reseña para que más lectores se animen a descubrir el universo dámara.

No te queda otra que someterte a su voluntad
y puntuar muy alto. Muajajajaja.

(A no ser que seas bloqueador y
su poder no funcione sobre ti, claro)

O, bueno, si no te ha gustado la historia, también puedes saltarte este paso.
Ejem, ejem.

Gracias por leer
Beca

Sígueme en Amazon e Instagram para no perderte nada: @Beca_aberdeen

PARTE 2



CON
MI PIEL
DÁMARA



TORNA
INSTINTOS



LA CONCLUSIÓN
DE LA BILOGÍA
MÁS ORIGINAL
QUE VAS A LEER
ESTE AÑO

